



Z-466

Leviatán

REVISTA DE HECHOS E IDEAS

Otoño/Invierno 1994

57/58

II Epoca

REFLEXION DE
EUSKADI

José María Benegas

CRECIMIENTO, COMPETITIVIDAD
Y EMPLEO

Joan Colom

POR UN CRECIMIENTO
CUALITATIVO

Hans Matthöfer

PARTIDOS SOCIALISTAS
Y CONSTRUCCION EUROPEA

José Lamego

PROGRESO POLITICO
Y PROGRESO ECONOMICO

Albert O. Hirschmann

LAS TRANSICIONES
AMBIENTALES

Manuel A. Garretón

EL INDIVIDUO
DE LOS OCHENTA

Ana Noguera

ETICA, MARXISMO
Y SOCIALISMO

Tony Blair

LETRA INTERNACIONAL

NUMERO 35 (Invierno 1994)

RYSZARD KAPUSCINSKI: Masacre en el paraíso

PASCAL BRUCKNER: La arbitrariedad del corazón

BREYTEN BREYTENBACH: El escritor y la política

HANS-GEORG POTT: El siglo de Musil

RAFAEL GARCIA ALONSO: Licencia para perturbar

PRENSA: MATERIALES PARA UN DEBATE

CRISTINA SANTAMARINA Y JOSE MIGUEL MARINAS:

La aldea trivial

EDGARDO OVIEDO: Símbolos, señales y ruidos

JOSE MANUEL PEREZ TORNERO: Periodismo vacío,
democracias banales

CLAUDE-JEAN BERTRAND: La información protestada

CESAR ALONSO DE LOS RIOS: Industria informativa en la
era electrónica

EDUARDO HARO TECGLEN: Servidumbre y grandeza de la prensa

RAFAEL FRAGUAS: Los males del columnismo

EUGENE GOODHEART: Ser o no ser políticamente correcto

JIM DANA: Lenguaje de la aversión y lenguaje políticamente correcto

MAS LE VALE TENER SENSIBILIDAD

ROSA MARIA PEREDA: La cultura del eufemismo

POEMAS: Mario Merlino

Sergio Benvenuto, Marina Warner: Correspondencias

Suscripción 6 números:

España: 3.600 ptas.

Europa: correo ordinario 4.150 ptas.

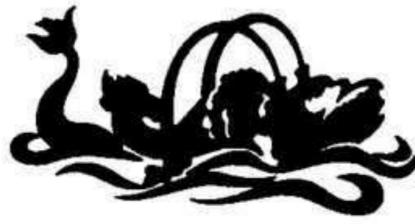
correo aéreo 6.200 ptas.

América: correo aéreo 7.500 ptas.

Forma de pago: Talón bancario o giro postal.

Redacción y Administración:

Monte Esquinza, 30 2.º dcha. Tel. 310 46 96. 28010 Madrid



Leviatán

Revista de hechos e ideas

Reflexión de Euskadi, José María Benegas	5
Crecimiento, competitividad y empleo, Joan Colom y Naval	11
Los partidos socialistas y la construcción europea, José Lamego	21
Crecimiento cualitativo, Hans Matthöfer	37
Perú e Italia: partitocracias en crisis, Luis E. González Manrique	55
Progreso político y progreso económico, Albert O. Hirschmann	65
Transiciones ambivalentes, Manuel Antonio Garretón	75
El individuo de los ochenta: crítica a Jon Elster, Ana Noguera	85
Ética, marxismo y verdadero socialismo, Tony Blair ..	95
Socialismo y cristianismo, Lluís Duch	103
El socialismo austuriano en el exilio, Adolfo Fernández Pérez	113

LIBROS

Propuestas mínimas, Hans Magnus Enzensberger, André Glucksmann (Miguel Porta Perales)	123
--	-----

Leviatán

Revista de hechos e ideas

Fundada en 1934 por Luis Araquistain

Director:

Salvador Clotas

Coordinador:

Manuel Ortuño Armas

Comité de Dirección:

Andrés de Blas

Antonio G. Santesmases

Julio Rodríguez

Ludolfo Paramio

M. Reyes Mate

Miguel Satrustegui

Ramón Vargas-Machuca

Comité Asesor:

Pedro Altares

Joaquín Arango

Carlota Bustelo

J. María Castellet

Elías Díaz

M. A. Fernández Ordóñez

X. Rubert de Ventós

F. Fernández Santos

Salvador Giner

Enrique Gomáriz

J. A. González Casanova

E. Haro Tecglen

Francisco Laporta

Marta Mata

J. Martínez Reverte

Secretaria de Redacción:

Mary Carbone

Editada por la Fundación Pablo Iglesias.

Las ideas vertidas en cada artículo son responsabilidad de sus autores. LEVIATAN no se identifica necesariamente con sus contenidos. LEVIATAN no se compromete a devolver los artículos que no hayan sido solicitados, ni a mantener correspondencia sobre los mismos.

Redacción y Administración: Monte Esquinza, 30.

28010 Madrid. Tel.: 310 46 96.

D. Legal: SE. 446-1978. I.S.S.N. 0210-6337.

Distribución:

En España: Librerías, Siglo XXI; Tel.: 759 49 18, Madrid.

En Argentina: El Cielo por Asalto; Tel.: 952 50 65, Buenos Aires.

En Chile: Editorial Contrapunto; Tel.: 223 30 08, Santiago de Chile.

En Uruguay: Ediciones Trecho; Tel.: 98 36 06, Montevideo.

Realización Gráfica: Carácter, S.A. - C/. Cristóbal Bordiú, 35 - 28010 Madrid.



Esta revista es miembro de
ARCE (Asociación de Revistas
Culturales Españolas)

REFLEXION DE EUSKADI

José María BENEGAS

Desde mi experiencia, un buen libro es, por lo general, nuestro mejor aliado para traspasar las urgencias más inmediatas y reflexionar sosegadamente sobre vivencias, muchas de ellas personales, que forman parte inequívocamente del trayecto de una sociedad para ganar, día a día, espacios a la intolerancia y edificar un horizonte cargado de expectativas de paz y convivencia para todo un pueblo; en este caso, el pueblo vasco. Para todos aquellos que, con independencia de su origen y condición, viven y sienten a Euskadi.

Cuando me sumergía en la lectura del libro de Ramón Jáuregui (*El País que yo quiero; memoria y ambición de Euskadi*) no podía evitar sustraerme a la impresión de que quizá la carencia de memoria en torno a nuestro pasado más reciente, estaba hurtando a la sociedad vasca, y también a la española, la necesaria aproximación a uno de los procesos más fructíferos y apasionantes del cambio histórico operado en nues-

tro país a lo largo de las dos últimas décadas. Sin el conocimiento de las claves que nos han permitido salir de la espiral de violencia e incompreensión que era Euskadi a finales de los setenta, difícilmente podríamos llegar a entender un presente en el que la paz sigue siendo nuestra primera aspiración.

Aunque hay quien todavía intenta ignorarlo, el conocimiento histórico sigue cons-

*Gracias al coraje de
los demócratas, la convivencia
es hoy una realidad que se afirma
en el quehacer diario
de Euskadi.*

tituyéndose en uno de los elementos fundamentales para que los pueblos reflexionen con rigor sobre su experiencia y evalúen adecuadamente su propio presente. Por encima de todas las pasiones incontroladas que, todavía con demasiada frecuencia, atraviesan las relaciones políticas y sociales en Euskadi, la reconstrucción histórica de lo vivido durante los últimos veinte años nos ofrece la perspectiva más objetiva de cuánto terreno hemos ganado a la solución de nuestros problemas.

La convivencia es hoy una realidad que se afirma —pese a la locura con la que todavía actúan sus detractores— en el quehacer diario de Euskadi, y esta conquista tan sólo ha podido llevarse a cabo porque la razón y el coraje de los demócratas se han logrado imponer a los prejuicios y a la sinrazón de aquellos para los que la convivencia tan sólo es aceptable si se atiene a sus propias reglas; esto es, las de la imposición violenta de sus posiciones con independencia de las opiniones, expectativas e inquietudes de la mayoría.

Intento tan sólo afirmar que lo que hemos librado —y seguimos librando— en Euskadi es un combate entre la razón y el fanatismo. Los fanáticos —aquellos para quienes la razón democrática carece de significado— nos golpean, vencen a la razón, con cada uno de sus ataques; sin embargo, una mirada en perspectiva a los últimos veinte años, nos permite concluir que en Euskadi finalmente se ha impuesto en la mayoría de sus ciudadanos, frente a todas

las amenazas y temores, la «autonomía de la razón», entendida como ejercicio de libertad, y que es esta la condición que nos garantiza que el triunfo sobre el terrorismo es ya irreversible.

Desde esta convicción, el libro de Jáuregui constituye una excelente reconstrucción historiográfica de la evolución política y social de Euskadi; un testimonio personal, pero no por ello menos valioso, de un proceso político tan repleto de tensiones y traumas que hoy, a muchos de quienes participamos en él, nos resulta difícil de reconocer, porque sospecho que nuestra memoria es selectiva y tiende a arrinconar y tratar de olvidar aquellos momentos que nunca hubiéramos deseado vivir. Y sin embargo, tan sólo seremos capaces de disfrutar y vivir con plenitud el presente si alcanzamos a percibir cuanto nos separa de un pasado aún tan próximo en el tiempo.

Avanzando en este apunte de reflexión histórica desde la vivencia personal, el proceso de pacificación y normalización política de Euskadi aparece inevitablemente ligado, y no concibo que haya lectura rigurosa y honesta que trate de ignorarlo, al trayecto recorrido por los socialistas, a su toma de posiciones, durante el periodo que, aproximadamente, comprende desde el inicio de la década de los ochenta hasta nuestros días. La voluntad por incidir con decisión y desde la responsabilidad en la conformación del proceso político vasco, constituye un innegable valor socialista que, despreciando incluso cualquier coste político que esta actitud pudiera comportar, ha representado un poderoso factor de estabilidad en el seno de una sociedad que vivía instalada en la inquietud, inevitable producto de un clima caracterizado por la cotidiana exacerbación de las tensiones.

El recuerdo de los primeros años de la década aparece atravesado por el doloroso recuerdo del asesinato de Enrique Casas; un

episodio traumático en especial para todos los socialistas vascos y, permítaseme expresarlo, de una manera todavía más singular para aquellos quienes nos sentíamos sus amigos. Quizá con este asesinato, ETA empezó a dar muestras de que perdería su combate pues, atentando contra Enrique, atentaba contra toda una sociedad civil que, superando los recelos y prejuicios, aspiraba ya mayoritariamente a una convivencia pacífica y democrática, y a quien repugnó —como deben repugnar todos los crímenes— la brutalidad ejercida contra un hombre bueno que había vivido en un permanente compromiso con las libertades.

Algún tiempo después, en 1985, aparece lo que, a mi juicio, representa una fecha clave para comprender la viabilidad del proceso de normalización desarrollado posteriormente, con la subscripción del «Pacto de Legislatura» entre el Partido Socialista de Euskadi y el Partido Nacionalista Vasco. En una coyuntura política atravesada por la, ya de hecho, fractura del nacionalismo vasco, la estrategia socialista, antes que apuntarse a una fácil labor de oposición frontal al Ejecutivo autónomo, decidió optar por comprometerse responsablemente con la gobernabilidad de Euskadi, anteponiendo este objetivo a cualquier otro de naturaleza exclusivamente partidista.

Hoy, casi diez años más tarde, no es gratuito recordar este comportamiento de los socialistas, pues con demasiada frecuencia asistimos al espectáculo de algunos sectores políticos obcecados exclusivamente en satisfacer su objetivo de alcanzar a toda costa el poder, no deteniéndose a reflexionar sobre los riesgos que algunas actitudes frontales pueden comportar para la fortaleza de las instituciones democráticas.

¿Qué habría sucedido si el Partido Socialista hubiese optado en aquella ocasión por una línea de confrontación con el nacionalismo vasco?; ¿hasta qué punto la inestabili-

dad política que esta estrategia hubiese provocado, no habría producido retrocesos irreversibles en el proceso de afianzamiento de una convivencia pacífica de Euskadi?; ¿cuál sería hoy la realidad de una sociedad a la que sus responsables políticos habrían añadido polarización, antes que dotarla de la estabilidad y la confianza imprescindibles para salir adelante? En todas las respuestas, se coincidirá en valorar muy positivamente la aportación de los socialistas vascos a la superación de una difícil coyuntura política. Para quienes participamos en aquella decisión, nos queda la íntima satisfacción de haber estado a la altura de los acontecimientos y haber antepuesto Euskadi a cualquier otro interés, por legítimo que fuese.

Las elecciones autonómicas de 1986, dieron un triunfo histórico a los socialistas quienes nuevamente optamos por la responsabilidad, cediendo la jefatura del Gobierno vasco de coalición —que legítimamente nos hubiera correspondido al representar la primera mayoría electoral— al PNV, con el objetivo de garantizar la estabilidad política, condición imprescindible para avanzar hacia la generalización de la paz en Euskadi.

Tomando tan sólo como referencia los dos ejemplos citados (Pacto de Legislatura y Gobierno de coalición), es importante insistir en la reivindicación del comportamiento de responsabilidad que ha caracterizado el trayecto recorrido por los socialistas de Euskadi, y que ha resultado imprescindible para sacar a nuestro pueblo del atolladero en el que vivía

Negando la participación socialista en la construcción de Euskadi, el nacionalismo mutila su propia experiencia.

atrapado. Frente a la tentación —tan aparentemente neutral como hipócrita— de interpretar todo lo sucedido en términos globales (renunciando a singularizar y analizar el papel que a cada sector o fuerza política le correspondió), es preciso rebelarse, no por un afán de autocomplacencia sino por adentrarse con honestidad y rigor en las decisiones que nos permiten explicar la evolución del proceso político en Euskadi.

Renunciar a recoger adecuadamente la inequívoca aportación de los socialistas a este esfuerzo, sería llevar a cabo un ejercicio de sectarismo que, al fin y al cabo, presentaría una visión falseada de la propia historia del pueblo vasco.

Esta reflexión a la que me induce el libro de Jáuregui, viene al hilo de la tendencia a un sectarismo antisocialista que todavía observo —y en momentos electorales con especial crudeza— en los sectores nacionalistas de Euskadi.

Se trata, en definitiva, de negar cualquier protagonismo, cualquier valor a nuestra trayectoria, presentándonos como una suerte de invitados incómodos a los que es preciso prestar, en aras de las buenas costumbres, alguna atención pero a los que, en cuanto tratamos de hacer valer los derechos de igualdad que nos asisten, inmediatamente se nos dirigen duros reproches, recordándonos nuestra supuesta condición de pasajeros en tránsito.

De este modo, el nacionalismo insiste en su vieja pretensión de patrimonializar en

***Los resultados electorales
no deben empañar la voluntad de
reelaborar y relanzar
nuestro proyecto
en Euskadi.***

exclusiva la historia de todo un pueblo, dirigiéndose a los sentimientos para, maniqueamente, trazar una raya que distinguiría entre lo bueno (nosotros) y lo malo (ellos).

En este sentido, el nacionalismo debe entender que negando la participación decisiva de los socialistas en la construcción de la convivencia en Euskadi, está perpetrando una mutilación de su propia experiencia, pues una de las novedades políticas más relevantes de la última década es la cooperación entre dos proyectos políticos diferenciados que cimentaron su aproximación en torno a objetivos prioritarios y compartidos por la inmensa mayoría de los ciudadanos.

De otra parte, la participación socialista en la gobernabilidad de Euskadi ha contribuido valiosamente a la identificación de todos los ciudadanos que viven y trabajan en esta Comunidad en la acción política impulsada desde las instituciones del autogobierno, restando espacio, de este modo, a esa tendencia a la exclusión que forma parte casi inevitablemente de los proyectos nacionalistas.

Detenerse en recordar esta valiosa, y también laboriosa, experiencia de negociación y acuerdo, resulta especialmente adecuado desde la presente coyuntura política española, en la que se asiste a una ofensiva conservadora contra cualquier fórmula de colaboración entre fuerzas políticas distintas, intentando presentar a los ciudadanos una visión deformada del sentido del pacto en la actividad política. Esta actitud irresponsable de la derecha debe inducir a la preocupación, pues añade obstáculos en el lento pero sostenido proceso para la definitiva articulación de una cultura democrática en España, en la que se ha venido avanzando progresivamente desde la recuperación de las libertades.

Las evidencias electorales más próximas —escasamente satisfactorias para los socialistas en su última cita con las urnas— no deben en modo alguno ocultar el acierto de

una prolongada trayectoria cuyo principal destinatario ha sido el pueblo vasco, ni empañar la voluntad por trabajar intensamente en los próximos años para reelaborar y relanzar nuestro proyecto en Euskadi.

Sin embargo, la redefinición del proyecto socialista vasco no debe detenerse en sus propios límites sino que, a la vez, plantea un reto al propio nacionalismo democrático que tras la profundización de la experiencia del autogobierno y las transformaciones políticas y sociales de la última década, se encuentra en una encrucijada histórica en la que debe optar por mantenerse en una actitud defensiva de mera reivindicación o afrontar sus responsabilidades y comprometerse, sin ambigüedades, por la estabilidad de Euskadi.

Los más significados responsables políticos nacionalistas deben entender que tienen ante sí la oportunidad de llevar a cabo un esfuerzo de racionalización para desbordar los estrechos límites entre los que aún se mueven sus ofertas, renunciando a la sistemática manipulación de los sentimientos colectivos, y propiciando nuevas aperturas en su pensamiento para asegurar el progreso del pueblo que, al igual que las restantes opciones democráticas, representan. Y el progreso de un pueblo no se construye ni sobre el sistemático victimismo reivindicativo carente de toda justificación, ni sobre el recurso permanente a lanzar mensajes que arrojan incertidumbres en torno a su propio futuro.

No es esta una cuestión menor, y el nacionalismo vasco está obligado a abordar este reto que, a la vez, se implica en un debate más general con el conjunto de las fuerzas políticas en torno al Euskadi al que aspiramos para el fin del presente milenio.

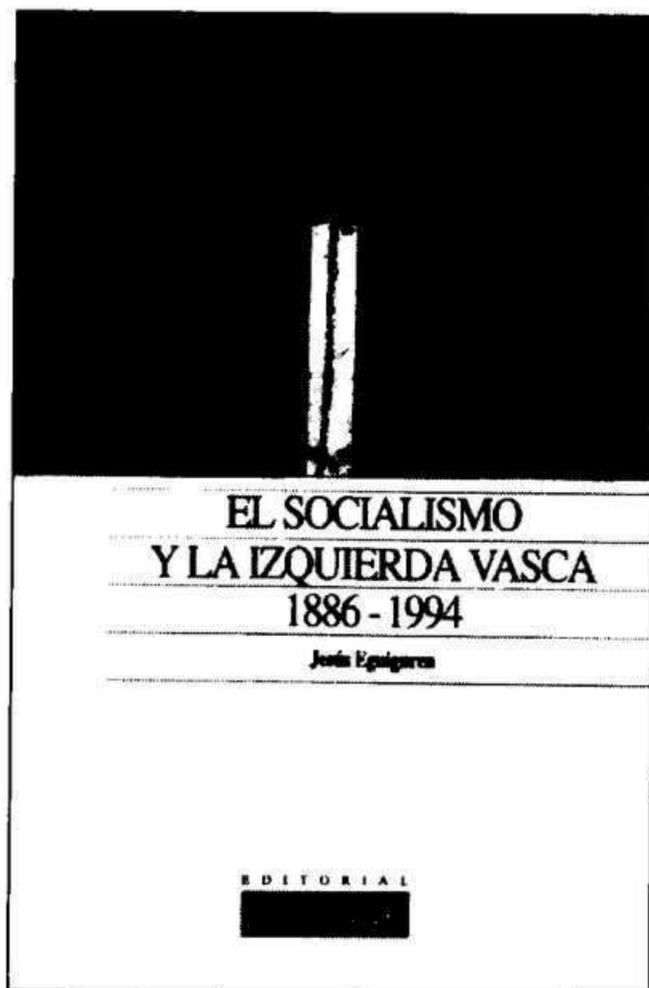
Euskadi sigue precisando, hoy como ayer, un permanente ejercicio de racionalidad e inteligencia de sus dirigentes políticos para ser capaces de superar definitivamente el atolladero histórico en el que ha vivido nuestro pueblo, y que ya comenzamos a dejar atrás para siempre. La reconstrucción de las dos últimas décadas es fundamentalmente una apuesta por reivindicar para el futuro el comportamiento de una sociedad que ha expresado su firme voluntad por abrirse paso frente a todas las dificultades e incomprendiones. Si somos capaces de ser coherentes con nuestro pasado, estaremos en condiciones de ganar nuevamente un porvenir al que aspiran todos los hombres y mujeres de bien de Euskadi.

Me he permitido, a partir del excelente trabajo de Ramón Jáuregui, apuntar algunas reflexiones que, en lo fundamental, son coincidentes con las tuyas, pues nos unen más de veinte años de trabajos y experiencias compartidas. Y quiero entender en las elogiosas palabras que dedica a mi persona una suerte de reivindicación del comportamiento de la mayoría de los socialistas, que hemos logrado atravesar, no sin temores e incertidumbres, pero con el coraje que proporciona saber que nos asiste la razón democrática, las difíciles circunstancias de la política en Euskadi.

En la reconstrucción de la historia más reciente de Euskadi, identifico lo que se ha constituido en la razón y la pasión que ha alimentado mi propia experiencia y que da sentido al trayecto recorrido por tantos socialistas: comprometernos con el tiempo que nos ha tocado vivir, no limitándonos a ser meros espectadores y trabajar intensamente por los valores en los que creemos. Razón y pasión para la paz y la libertad.

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



**EL SOCIALISMO
Y LA IZQUIERDA VASCA
1886-1994**
Jesús Eguiguren

155 págs.

2.150 ptas. (IVA)

En la idea de reflexionar sobre los problemas actuales del socialismo vasco, Jesús Eguiguren se adentra en su trayectoria histórica, desde sus orígenes en 1886 hasta la época actual.

A través del análisis y la interpretación de los rasgos específicos del socialismo vasco —su implantación en el movimiento obrero, sus respuestas a cuestiones como nacionalismo y demanda de autogobierno, sus relaciones con el PSOE en las distintas etapas de la historia de España en este siglo—, el autor extrae aquello que, más allá de lo meramente coyuntural, hay de permanente y sólido en la política vasca.

Pedidos:

**Monte Esquinza, 30, 2º dcha.
Telfs.: 310 46 96 y 310 47 98**

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal**

CRECIMIENTO, COMPETITIVIDAD Y EMPLEO

Joan COLOM y NAVAL

Si hoy se pregunta a los ciudadanos europeos qué les preocupa más, dos respuestas encabezarán aquellas que surgen espontáneamente: Bosnia y el paro. Sin duda con diferencias según los países, la edad o la clase social, pero ambos problemas aparecen siempre muy destacados en las encuestas disponibles.

La generalizada preocupación por Bosnia o por el conflicto de los Balcanes, manifiesta al mismo tiempo la extensión de una sensibilidad, probablemente mayor que en otras épocas, por la política internacional y la solidaridad —aunque quizás sea producto de la cultura televisiva— y la expresión de la frustración popular por la impotencia de la Comunidad ante el drama yugoslavo, por mucho que los expertos puedan argüir respecto de la falta de competen-

cias comunitarias en materia de política exterior antes de la entrada en vigor del Tratado de la Unión en noviembre de 1993, muchos meses después de iniciado el conflicto. Sin duda, sería éste un posible tema de reflexión europeísta, pero las líneas que siguen se dedicarán, exclusivamente, a la segunda de las preocupaciones citadas, es decir, el paro.

El paro y, más aún, el tríptico crecimiento, competitividad y empleo que le está

vinculado, exige, demanda, una respuesta urgente y constituye, asimismo, un reto a largo plazo. Incluso, me atrevería a decir que esas reflexiones y esa respuesta son particularmente exigibles a la izquierda política y sindical. Resulta imposible e inadmisiblemente resignarse a la existencia de veinte millones de parados en la Comunidad, y no es tolerable esperar que una recuperación espontánea de la actividad económica disuelva por sí sola el problema, sobre todo sabiendo que una fracción importantísima del paro actual ya no es coyuntural ni friccional.

Las soluciones a tan complejo problema no pueden ser sencillas pero, por ello, cabe descartar primero algunas recetas demasiado simplistas, ya sean ultraliberales, ya sean neoproteccionistas o producto de cualquier otra tentación monista aunque enlace con la más rancia tradición arbitrista ibérica.

Con referencia al primer grupo de recetas, las ultraliberales, especialmente aquellas que pretenden la reducción del coste social del trabajo, por mucho predicamento que puedan tener entre algún sector de la derecha europea, me parecen no sólo insolidarias sino erróneas y carentes de fundamento: jamás —y, cabría añadir, afortunadamente— Europa podrá competir con los bajos salarios y la falta de protección social del Este (europeo o asiático) o del Sur en sentido económico. Puede decirse que, precisamente, Europa se define por la conjunción de libertad, progreso y

***Las auténticas soluciones
al paro deben buscarse
en la adaptación a
las mutaciones económicas y
tecnológicas.***

bienestar social, y que algunos logros son irreversibles aunque puedan precisar adecuaciones a nuevas circunstancias. Pero además, en el mejor de los casos, se trataría de una posibilidad ejemplar de aplicación del refrán «Pan para hoy y hambre para mañana». Cuando Major, en Maastricht, rehúsa firmar la Carta de los Derechos Sociales Fundamentales de los Trabajadores (*Carta Social*) quizás consigue un balón de oxígeno para su economía, pero implícitamente también proclama a los cuatro vientos que, para el Primer Ministro de Su Majestad, el «*dumping social*» constituye la única salida para la economía británica, la cuna de la Revolución Industrial, a dos días del comienzo del siglo XXI. A pesar de la posibilidad de algún repunte inmediato de la actividad económica, no parece que tal política sea la publicidad más deseable.

Por otra parte, las brasas de la vieja tradición proteccionista están prestas a reavivar el fuego a la primera ocasión tras un periodo de represión y ostracismo, pero lo curioso es que ahora han tentado con un éxito sin precedentes a algunos que pretenden representar la izquierda social o política. Así, se puede ver u oír la defensa al alimón del restablecimiento de aranceles, contingentes o barreras técnicas por parte de algunos representantes empresariales y sindicales. Es más, no siempre la exigencia de introducir la cláusula social en los acuerdos con países menos desarrollados parece fundarse en razones de prístina solidaridad. Sin embargo, ¿cómo la primera potencia comercial del mundo puede pretender limitar unilateralmente el acceso de terceros a su propio mercado sin esperar fundadas críticas y represalias? ¿No contribuiría a reforzar el círculo vicioso de la crisis? En román paladino, ¿no estaría tirando piedras a su propio tejado?

Desde las propias filas de la izquierda, entendida en sentido amplio, se han formu-

lado otros dos tipos de propuestas que, a mi juicio, pecan un tanto de ingenuidad y mio-pía. Por una parte, ante la problemática de este mundo mutante y desconcertante, algunos han creído poder hallar la solución volviendo a los clásicos, lo que para gran parte de la izquierda educada en los sesenta-se-tenta se traduce por Keynes (John May-nard, por supuesto!) aunque muchos no pa-recen haber pasado del capítulo 1.º de la *Teoría General...* o conocerla sólo por artí-culos de divulgación. Por otra, empecina-dos supervivientes de la resistencia contra la política de oferta del primer Reagan han creído llegado su momento de gloria. De ahí que se oigan salvas esporádicas a favor de la reactivación artificial de la demanda nacional, olvidando los numerosos cambios acaecidos desde 1936, que van desde la in-corporación del contenido básico de la *Teo-ría General* al acervo común de cultura económica, al enorme grado de apertura e interdependencia económicas ahora vi-gente. Resumiendo, el gobierno de un Es-tado miembro de la Comunidad Europea que estuviera insuflando unilateralmente la demanda de su economía, podría ver cómo muchos de sus esfuerzos se dilapidaban mediante fugas por incremento de las im-portaciones que podrían llegar incluso a au-mentar la depresión interna.

Por último, algunos han resucitado el re-parto del tiempo de trabajo o el reparto del trabajo —que no son sinónimos— y que el propio PS francés, entre cuyas filas abun-dan los defensores de tal propuesta, des-cartó a comienzos de los ochenta a poco de alcanzar el gobierno pese a haberla llevado en su programa electoral. Realmente es una idea atrayente y sugestiva pero no ha lugar a confundir la tendencia histórica, sociológicamente verificable, a la disminu-ción paulatina del tiempo de trabajo con la posibilidad de introducir, en plena recesión europea, reducciones drásticas y generales —es decir, en todos los sectores— en el horario laboral. Sin duda, este grupo de

*Se ha dejado naufragar
la economía y la política
de los países del Este
sin sacar partido
alguno.*

propuestas se merece un análisis más fino y no puede refutarse con argumentos tan primarios como los que, a menudo, son usados a su favor. Sin embargo, aparte de que esa innegable reducción del tiempo de trabajo —al menos en los sectores indus-triales y de servicios— a lo largo de los úl-timos ciento cincuenta años —acompañada de unos fuertes incrementos de la producti-vidad—, ha sido propiciada por importantí-simas mejoras tecnológicas, no puede des-cuidarse el profundo cambio del marco económico internacional. En tal sentido, cabe tener muy presente que en todas las ocasiones en que, hasta ahora, se había acelerado este proceso histórico —1870, transición del siglo XIX al siglo XX, década de los treinta— el mundo de-sarrollado, es decir esencialmente unos po-cos países o áreas: Europa occidental, Es-tados Unidos y Japón, prácticamente, sólo competían entre sí; mientras que actual-mente —más allá de los fenómenos de des-localización industrial— la competencia potencial a muchas industrias —especial pero no exclusivamente las manufactureras e incluso las de cierto nivel de sofistica-ción tecnológica—, está diseminada por el atlas: no sólo los famosos *dragones del Pacífico* sustituyen o pueden sustituir pro-ducciones comunitarias: en el margen com-petitivo están situados países latinoameri-canos, asiáticos o norteafricanos. Por tanto, algunas propuestas tan bien intencio-nadas como ingenuas podrían acabar, sobre todo si no hay amplios acuerdos interna-cionales (OCDE, OMC = ex-GATT), ex-portando empleos desde la Comunidad a

***Pese a destruir empleo,
las innovaciones
tecnológicas a la larga
mejoran la calidad
de vida.***

terceros países, y no precisamente del Tercer Mundo. Más atención, a mi juicio, merecería el análisis de las posibilidades y potencialidades de un acuerdo multilateral para una reducción programada a largo plazo (15-20 años) del tiempo de trabajo; pero su influencia en la tasa de paro actual sería inframarginal.

En mi opinión, las auténticas soluciones a corto o medio plazo deben buscarse en la adaptación a las mutaciones económicas, sociales, industriales, y particularmente, tecnológicas tomando lecciones de nuestras dificultades y fracasos. A este propósito y a título de ejemplo, cabría plantearse el porqué del escaso aprovechamiento de la *a priori* magnífica oportunidad que significaba el desmantelamiento del sistema comunista de la Europa central y oriental y en la antigua Unión Soviética. Al margen de algunas desaprensivas operaciones especulativas, se ha dejado naufragar la economía de esos países, con unos inconmensurables costes sociales y unos riesgos políticos asimismo considerables, sin sacar prácticamente partido alguno, apenas el ideológico, en una actitud próxima a la del estúpido cipolliano que se perjudica a sí mismo y a los demás. Sin negar su importancia, ¿han estado los programas PHARE y TACIS a la altura del envite?, ¿bastaba con la creación del BERD?, ¿no hubiéramos debido nosotros, los europeos occidentales ahítos de consumo pero con un nivel de paro desconocido, liderar un gran programa general político y económico que aunara un proyecto institucional futuro

para los pueblos de Europa con la reconstrucción económica del Este? Es cierto que no supimos prever el día de la caída del muro de Berlín y que estimar la magnitud de los problemas era, ciertamente, difícil, aunque sólo fuera por falta de precedentes. Pero, desde 1989, quizás haya habido tiempo de repensar todo ello, y por ejemplo, inspirarse en la experiencia del Plan Marshall para aprobar y pactar un gran programa de ayuda económica del Este sobre nuevas bases —conjugando donativos a fondo perdido con créditos blandos a largo plazo con aval comunitario—, que también contribuyera a acelerar la salida de la Europa occidental de la recesión. En este ámbito, seguro que hasta la empresa media española, si se mentalizara debidamente, sería competitiva.

En todo caso, comparto con Delors el análisis de que una de las principales causas del paro actual en la Unión Europea reside en la insuficiencia, por no decir incapacidad, de adaptación a las mutaciones y, ante todo, a las tecnológicas. A este respecto, creo que debe recordarse que la mutación tecnológica constituye un elemento recurrente en el progreso, a pesar de que su primer impacto suela ser ahorrar puestos de trabajo, por lo que provoca un lógico rechazo por parte de los trabajadores. Pero se trata de un fenómeno de realimentación: la destrucción o el incendio de las fábricas con telares mecanizados o que aplicaban la máquina de vapor —en Barcelona como en muchos otros puntos— forman parte de los hitos de la historia del movimiento obrero del siglo XIX si bien, obviamente, a largo plazo esas innovaciones tecnológicas son las que permitieron mejorar la calidad de vida de los trabajadores y ahora nadie estaría dispuesto a retroceder a la situación *ex ante*. Por ello, parecería mucho más adecuado prepararse lo más rápidamente posible para las mutaciones tecnológicas en lugar de oponerse a ellas en un combate de retaguardia cuyo

desenlace más previsible es ver desde el andén como el tren se va.

Dada su íntima conexión con la ocupación, permítaseme una pequeña excursión al campo de la competitividad. Conviene ser muy cauto en el propio uso del término «competitividad.» En su reciente y difundido artículo (1) Krugman ironiza sobre la floración de «toda una industria de consejeros en competitividad» en torno a la Administración Clinton, pero, sin duda, sus dardos podrían cruzar fácilmente el Atlántico y caer en los alrededores del *rond-point* Schuman de Bruselas, por no decir en las cercanías o el mismo entramado de la mayoría de los gobiernos europeos. Se requiere cierta precaución en el uso de dicho término aplicado a distintos países. Así, por ejemplo, cabría interrogarse acerca de si no se trata de un empleo abusivo del concepto cuando se afirma que dos países o regiones —Francia/España o Norteamérica/Europa— compiten; ello sólo puede hacerse por una extensión interpretativa muy benevolente. Si la competencia es la relación existente entre las empresas, ¿cómo puede aplicarse a los países? La competencia puede existir entre British Airways y Lufthansa pero, ¿cabe hablar de competencia entre Gran Bretaña y Alemania? Llevando las cosas quizás a su extremo lógico: el mercado —vía pérdidas, quiebras, etcétera— marca un punto crítico para las empresas, que desaparecen una vez superado éste, pero no existe tal punto crítico para los países y éstos no se retiran nunca de la competición, no tienen mínimo absoluto y siempre pueden —aunque sea con elevados costes sociales— modificar sus condiciones y reglas de juego internas. *Last but not least*, la competencia internacional no es un juego de suma cero, antes por el contrario, la mejoría en las exporta-

***La mejoría en las exportaciones
de un país puede redundar
en mayores oportunidades
de mercado para
todos.***

ciones de un país puede redundar en mayores oportunidades de mercado para otros.

La acerba crítica de Krugman contra el empleo con desparpajo y sin rigor del concepto de competitividad, prosigue ilustrando su aserto con ejemplos de primera línea. Las inconsistencias estadísticas, los prejuicios y las manipulaciones conceptuales parecen abundar en este debate. Por ello, y por su posible aplicación al caso español, resumiré algunos de los casos citados por el profesor del M.I.T.

1) El propio Lester Thurow es uno de los primeros en ser puesto en la picota al haber argumentado ante Japón —cuando defendía la reducción del excedente de la balanza comercial japonesa respecto de EE. UU.— que los salarios norteamericanos habían caído 6 puntos durante los mandatos Reagan y Bush debido al déficit comercial americano en bienes manufacturados, lo que había significado el desplazamiento de un millón de bien pagados obreros de las manufacturas hacia empleos peor remunerados (un 30% en promedio horario) del sector servicios: difícilmente casan las cifras aunque se las dé por buenas, puesto que ese millón de trabajadores significaba menos del 1% de la población activa americana, por lo que su cambio laboral podría implicar, a lo sumo, una reducción del 0,3% del salario medio, o sea, 20 veces menos que el 6% argüido.

2) Suele asociarse la competitividad con el aporte de un alto valor añadido, sobre

(1) Paul Krugman «Competitiveness: A Dangerous Obsession», *Foreign Affairs*, marzo-abril, 1994.

todo en términos *per cápita*. Dado que el concepto de «valor añadido» está perfectamente definido por la contabilidad nacional y se mide estadísticamente con bastante precisión, resulta fácil pero, por lo que se ve, inhabitual calcular el valor añadido por trabajador a partir de los datos de cualquier Anuario Estadístico. Al menos en el caso norteamericano, los cocientes resultan un tanto desconcertantes y van contra las ideas preconcebidas: en efecto y aunque tenga una clara explicación técnica, sorprende que los sectores de mayor valor añadido por trabajador sean la elaboración de cigarrillos (448 mil dólares) y el refinado del petróleo (283) mientras que la media de las manufacturas se sitúa en torno a los 66 mil dólares, por encima de la electrónica (64) y justo por debajo de la aviación (68). Evidentemente, no parece que sea precisamente ésta la idea que se tenga en la mente cuando se propugna la inversión en sectores de «alto valor añadido.»

3) Finalmente, la diatriba alcanza la intervención de John Major en el propio Consejo Europeo de Copenhague, que tanta importancia concedió a la reactivación económica y al empleo en Europa. En efecto, siguiendo una tónica harto habitual entre sus seguidores, Major exhibió en dicha cumbre una tabla en la que demostraba el mayor crecimiento relativo de los costes laborales unitarios frente a los de Estados Unidos y Japón —lo que, según su lógica, entrañaba una creciente pérdida de competitividad europea— sin tomar la elemental

***La estabilidad
de precios es condición
necesaria para
un crecimiento económico
sostenido.***

precaución estadística de ajustarlos por las modificaciones del tipo de cambio. De haberlo hecho, su argumento se hubiera derrumbado puesto que, en el periodo considerado por Major, los costes laborales europeos no han crecido en términos relativos. Pero la argumentación de Major no parece ajena a la utilizada en ciertas polémicas en España.

Así desbrozado el terreno, cabe plantearse qué acciones puede emprender la Administración, desde el municipio de la Unión Europea, para procurar un marco que facilite la competitividad de las empresas que son las que, en definitiva, han de crear duraderamente la mayor parte del empleo. En el contexto de este artículo debo rehuir la deriva macroeconómica limitándome a indicar que, en la actualidad, la estabilidad de precios puede considerarse como una condición necesaria para el crecimiento sostenido de la actividad económica y, por ende, del empleo, por lo que debe ofrecerse, a nivel agregado, una acertada combinación (*policy mix*) de políticas monetarias y presupuestarias. En una relación más inmediata con la lucha contra el paro y compartiendo la línea del *Libro Blanco*, parece que parte de la solución puede venir de una adecuada conjunción de políticas de demanda y de oferta.

Ya con anterioridad se han indicado las posibilidades no suficientemente explotadas del Este europeo; cabría seguramente añadir una iniciativa simétrica para con la cuenca mediterránea, donde la amenaza del fundamentalismo islámico, o regímenes no menos autoritarios, se cierne sobre países subdesarrollados de demografía galopante con los consiguientes riesgos de desestabilización de la región, de emigraciones masivas, de desarrollo del racismo a uno y otro lado del Mediterráneo, etcétera. A mayor abundamiento, una futura confederación israelo-palestina, cuyo papel para el equilibrio y la paz en Oriente Medio no tiene que ser sub-

rayado, no tiene por qué ser más utópica que lo fuera el eje París-Bonn en 1948, pero requiere para su éxito la colaboración de la Unión Europea.

En cuanto a políticas internas cabría citar en primer lugar, desde la mayoría de criterios de ordenación posibles, la política educativa y de formación. Una de las bazas europeas es, sin duda, la calidad de su mano de obra pero hay importantes fallos de formación. Todos, pero España en particular, hemos de revisar nuestros sistemas educativos desde la preescolar a la enseñanza universitaria, pasando por el aprendizaje y partiendo de la hipótesis de que, en el futuro, será habitual e imprescindible el reciclaje periódico: hay pues que formar bien para poder recibir nuevas formaciones a lo largo del currículum profesional. Se debe repensar la formación profesional y romper su minusvaloración social, única en la Comunidad. Ello ha de permitir descongestionar nuestras universidades que, en demasiadas ocasiones, se convierten en discretos refugios para jóvenes parados de larga duración, disminuyendo la excelencia que debieran perseguir: cualquier índice que se tome para comparar nuestras universidades con las extranjeras, arroja un resultado desfavorable a las españolas a pesar de las mejoras logradas en los últimos años.

Y ello nos lleva a otro elemento destacable, el gasto en Investigación y Desarrollo. La Comunidad Europea se ha quedado rezagada respecto a Japón y EE. UU. en este campo, lo que no era cierto hace algunos años, y debe recuperar el terreno perdido. Delors cifra el umbral de impacto en un 3% del PNB comunitario, lo que nos indica cuál es la distancia que nuestro país, en particular, tiene que recorrer todavía para situarse en un nivel consistente con las apetencias competitivas. Pero aquí estamos, por supuesto, en un área donde el sector público no puede —aunque pudiera y quisiera— actuar en orgulloso aislamiento.

Desde hace unos años, la CE ha quedado rezagada en el gasto para Investigación y Desarrollo.

Para ser eficientes y eficaces conviene una concertación entre los esfuerzos públicos y los privados. Y cabría, desde estas líneas, apuntar la importancia que para el empleo futuro puede tener la investigación en los sectores de la biotecnología y de la ecotecnología.

A riesgo de ser malinterpretado, debo aludir a la necesidad de flexibilizar el mercado de trabajo que no significa, adelanto, el abandono de logros históricos ni el desmantelamiento de ciertos elementos del Estado del bienestar. En el *Libro Blanco*, el equipo de Delors se explaya sobre los dos planos en los que debe desarrollarse tal flexibilización: la interna, que corresponde a mejoras de gestión empresarial, y la externa, que supone incrementar el número de personas en paro que pueden responder a la oferta de trabajo. Es indudable que ambas vertientes ofrecen importantes potenciales de mejora en España y que, en cierto modo, la mejora en la formación, a la que se ha aludido anteriormente, constituye un elemento de aumento de la flexibilidad de la mano de obra. Sin embargo, el mercado de trabajo español manifiesta ciertas rigideces en un grado más elevado que otros países comunitarios. Hace breves fechas, Viñals ha publicado (2) una interesante —y a mi juicio a menudo acertada— crítica al mercado laboral español que cabría sintetizar en los siguientes puntos:

(2) José Viñals «El reto europeo: riesgos y oportunidades para la economía española», *Papeles de Economía Española*, n.º 57/1993.

***El punto flaco
de la competitividad
reside en el alto coste
del trabajo menos
cualificado.***

- 1) Inflexibilidad de los salarios reales españoles para el conjunto de la economía.
- 2) Inflexibilidad de la estructura salarial.
- 3) Escasa movilidad sectorial, funcional y geográfica.

Quizás cabría añadir la acotación que hacen Fuentes Quintana y otros (3) en el sentido de que gran parte de los problemas de nuestro mercado de trabajo tienen que ver con el hecho de que los sindicatos españoles son ante todo sindicatos de ocupados.

En todo caso, esa flexibilización debería verse acompañada por un esfuerzo encaminado a la disminución del coste relativo del trabajo menos cualificado. En efecto, la productividad del trabajo más cualificado resulta altamente remunerativa para la empresa, y suele aventajar a la de sus competidoras extracomunitarias; el punto flaco si no el talón de Aquiles de la competitividad de muchas empresas europeas reside en el alto coste del trabajo menos cualificado. Por ello, debería diseñarse algún dispositivo que aliviara parte de estos costes, como las cargas sociales. Es más fácil hacer el diagnóstico que hallar un tratamiento adecuado sin excesivas contraindicaciones. Sin abundar en el problema de equidad que supone de por sí cualquier aumento relativo de los impuestos indirectos, regresivos por defini-

ción, cabría plantearse si esa deseable reducción de las cargas sociales de los trabajadores menos cualificados sería financiable y aceptablemente soportable, por ejemplo, aumentando los impuestos especiales sobre consumos (alcoholes, tabacos, carburantes) a la usanza escandinava, por así decirlo. O alternativamente, si podría asumirse con un aumento del IVA sin, por ello, destapar el genio de la inflación, impuesto regresivo donde los haya. Sin pretender contribuir a la desmoralización, debo añadir que conservo cierto escepticismo —vencible pero todavía vivo— a la eficacia y las posibilidades reales de los llamados impuestos ecológicos (*ecotax*) y, en concreto, de los que podrían gravar el consumo de energía o la generación de CO₂, aunque sólo fuera porque la Comunidad no suele ser el único oferente de sus productos, por lo que el impuesto ecológico podría comportar un desplazamiento de la demanda hacia productos de países terceros no gravados por dicha exacción.

Finalmente, dos grupos de acciones a desarrollar en los límites contrapuestos del arco de posibilidades. Por una parte, resulta imperativo disponer de una auténtica política comunitaria para las PYMEs creadoras de más del 90% de los empleos en toda la Comunidad, y que por su propia esencia resultan mucho más adaptables y flexibles. Ello coadyuvaría también a crear puestos de trabajo en servicios de proximidad hasta ahora insuficientemente atendidos.

En el otro extremo, aparentemente, cabe incluir todo el programa de inversiones en redes transeuropeas de información, transporte, energía, etcétera, de manera que se aminoren —cuando no se anulen— las ventajas diferenciales de estar emplazados en el eje Londres-Francfort, y que muchos trabajos se puedan realizar desde el propio domicilio. Las llamadas «autopistas de la comunicación» allanarán profundamente nuestro

(3) Enrique Fuentes Quintana, Víctor del Valle y Julio Alcaide Inchausti, «La ciudadanía del empleo», *Cuadernos de Información Económica*, n.º 80/91, noviembre-diciembre, 1993, págs. 3-14.

marco de referencia. ¿Qué implica cultural, política, económicamente, que se conviertan en rutinarias las videoconferencias continentales —con participantes en Inglaterra, Canarias, Baviera y Epiro, por ejemplo? El teletrabajo puede suponer una flexibilización liberadora de los trabajadores, un cambio de la vida familiar, del ocio, etcétera, o permitir la incorporación a ciertos trabajos de personas con minusvalías, pero también puede implicar un golpe de muerte al sindicalismo y a la sociabilidad tal como todavía los entendemos.

Descartada la existencia de panaceas elementales para la erradicación duradera del paro, conviene elaborar un plan de medidas coordinadas y complementarias. El *Libro Blanco* de la Comisión Europea constituye un buen borrador o documento de trabajo, aunque con las limitaciones inherentes a la institución redactora. Pero el catálogo está esbozado. Las soluciones al paro derivado de las mutaciones tecnológicas y sociales comprenderán necesariamente:

- 1) La inversión en capital humano, enfatizando la formación.
- 2) Potenciación de las actividades de Investigación y Desarrollo, especialmente en el área de la bio y de la ecotecnología.
- 3) El replanteamiento de las relaciones de la Unión Europea con la Europa central y

oriental, la cuenca mediterránea, los grandes mercados asiáticos y el Tercer Mundo.

4) Inversión en las grandes redes trans-europeas.

5) Flexibilización del mercado laboral manteniendo el acervo del Estado del Bienestar. Adecuación del diálogo social.

6) Combinación de políticas (*policy mix*) en aras de fundar un desarrollo sostenible sobre una política de estabilidad económica.

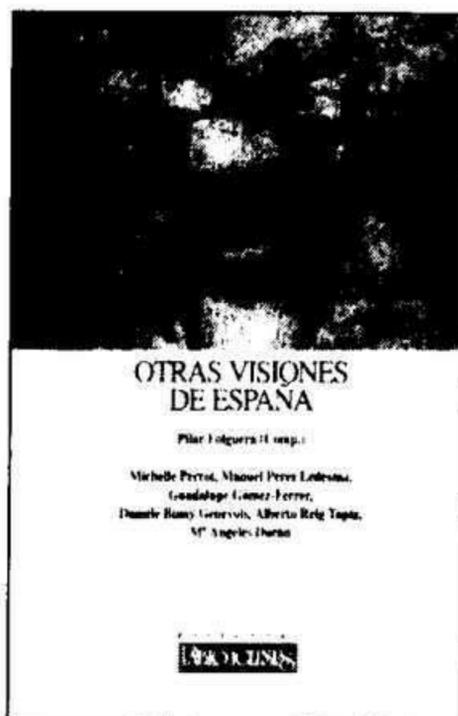
7) Programación internacional de la reducción del tiempo de trabajo a largo plazo y análisis de las alternativas sociales y económicas, internas y externas, que implica.

8) Planificación social del desarrollo de las telecomunicaciones y del teletrabajo.

Ahora hay que completar y desarrollar este guión, sin duda incompleto. Pero es básico y urgente hacerlo porque la gravedad del problema del paro así lo exige, y porque se trata de una auténtica revolución cultural en ciernes, y la izquierda europea debe prepararse a sus desafíos o suscitarlos. Estoy convencido que la Unión Europea jugará un papel coordinador, sinérgico en toda esta lucha por la creación de empleo, pero habrá que poner todo el empeño para que la Unión también se ponga a trabajar a fondo con ese objetivo y los socialistas, aunque sea mediante artículos deslavazados como éste, deben anticipar nuevas respuestas solidarias.

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



OTRAS VISIONES DE ESPAÑA
Pilar Folguera (Comp.), Michelle Perrot, Manuel Pérez Ledesma,
Guadalupe Gómez-Ferrer, Danièle Bussy Genevois, Alberto Reig Tapia,
M.ª Angeles Durán

282 págs.

2.500 ptas.

Es hoy ampliamente reconocida la importancia de temas como el amor, los sentimientos o la familia para una comprensión más cabal de la historia. Sin cuestionar la validez de los análisis historiográficos tradicionales, los textos del presente volumen responden al creciente interés por enfocar el estudio de la historia también hacia temas referentes a la vida privada de los individuos, en especial en aquellos aspectos que afectan a las mujeres, indudables partícipes y, en muchos casos, protagonistas de esta historia de la vida privada. Con ello los autores ofrecen, tanto al investigador como al lector interesado, la posibilidad de acercarse a la historia contemporánea de España desde una óptica que no es la habitual.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30 2.º dcha.
Tels. 310 46 96 y 310 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal

LOS PARTIDOS SOCIALISTAS Y LA CONSTRUCCION EUROPEA

José LAMEGO

La primera dificultad que surge al analizar las actitudes de los partidos socialistas, socialdemócratas y laboristas, frente al proceso de construcción europea, es la comprobación de la inexistencia de una identidad programática en materia de construcción europea y, por tal razón, la imposibilidad de superar cierto descriptivismo y factualismo.

Esa dificultad se deriva, precisamente, de lo que ha sido, principal determinante de esas actitudes, es decir: la proyección de estrategias nacionales y de política nacional y no un objetivo global asentado en premisas ideológicas.

Esta afirmación ya anticipa la idea, que intentaré fundamentar en el análisis histó-

rico factual, de que los partidos socialistas democráticos contribuyeron a la gestación del «*consenso europeo*» a partir de enfoques pragmáticos y gradualistas, apoyados, en primer término, en una interpretación de los intereses de la política exterior y de seguridad de su Estado nacional y, además, en las representaciones sobre el impacto de la integración europea en las estructuras

***Los partidos socialistas
contribuyeron a la gestación del
«consenso europeo a partir de
enfoques pragmáticos».***

económicas y sociales del país al que pertenecen.

Existe una primera excepción a esta tesis general en lo tocante al periodo que precedió a la segunda guerra, en que las afirmaciones sobre la unidad europea constituían, en rigor, declaraciones generales vagas e ideológicas, orientadas por intenciones pacifistas y manteniendo aún vivo parte del espíritu internacionalista y pacifista que inspiraba la II Internacional, pero que había zozobrado sin gloria y de manera trágica en vísperas de la primera guerra mundial.

Del mismo modo, el proyecto de una Europa unida y democrática fue un factor estimulador de la resistencia al nazifascismo y un elemento determinante en la atmósfera política e ideológica de la segunda posguerra. Para todos aquellos que rechazaban el fascismo y el comunismo, la idea de una Europa unida, asentada en la libre adhesión de las naciones democráticas, constituyó en la posguerra un depósito de «energías utópicas» y, simultáneamente, un aporte de *realpolitik* en la estrategia de contención del bloque soviético.

La tesis general de la motivación predominantemente nacional de la actitud europea de los partidos socialistas europeos ya no goza hoy de validez absoluta, si tenemos en cuenta los intentos actuales de integración de la acción política en el plano europeo (por ejemplo la creación, en el Congreso de La Haya del 9 y 10 de no-

viembre de 1992, del Partido Socialista Europeo, en sustitución de la Unión de Partidos Socialistas y Socialdemócratas de la Comunidad Europea) y de la construcción de bases programáticas comunes (por ejemplo el manifiesto electoral del PSE para las recientes elecciones europeas; el *Informe Larsson* sobre crecimiento, competitividad y empleo). La izquierda europea, pese al reconocimiento del Estado nacional como forma básica de integración política, ha puesto a la par las cuestiones de las sociedades multiétnicas y multiculturales y la cuestión de las identidades posnacionales, con la disociación progresiva de la forma política «Estado» de la realidad cultural «Nación». La idea de ciudadanía europea, reconociéndose bajo formas de identidad nacional diferente, es una «adquisición» jurídica e institucional del Tratado de Maastricht, cuyo alcance político y cultural sólo puede medirse en consonancia con una idea de Europa posnacional. En términos simplistas, digamos que también el movimiento socialista democrático europeo sufre el impacto del paso de una filosofía de «*integración sistémica*» (mercado único, moneda única) a una filosofía de «*integración social*», en que será fundamental compartir valores y crear un «*espacio público europeo*».

Una de las batallas culturales fundamentales de la izquierda portuguesa y europea será, en los próximos años, la que podría denominarse, en términos filosóficos, «*educación del sentimiento nacional en el sentido de la universalización*», es decir, la defensa del europeísmo y de los derechos ciudadanos contra el resurgimiento de los populismos nacionalistas. Asimismo, una de las mayores virtualidades de la extensión de la Unión Europea al este podrá ser la resolución pacífica de los problemas de las minorías nacionales en el marco de los estados existentes. La izquierda europea deberá mantener el ideal europeo como elemento fundamental de identificación

programática y constituirse como impulsora constante de la profundización de la construcción europea. La estabilidad política en Europa, el restablecimiento de la competitividad tecnológica, la lucha contra el desempleo y un crecimiento sostenido y sostenible de la economía no podrán alcanzarse si los movimientos de regresión nacionalista consiguen moldear la opinión pública y las políticas de los gobiernos, en el sentido del bloqueo de esta formidable empresa común de progreso que es la construcción europea.

Hechas estas observaciones de orden general, pasemos a reseñar las posiciones de los partidos socialistas sobre el proceso de construcción europea. Analicemos, en primer lugar, el periodo anterior a la segunda guerra, periodo en que, como se ha observado, la actitud ante la unificación de Europa está determinada por motivaciones ideológicas, de intención pacifista.

El periodo anterior a la segunda guerra

La primera referencia en el movimiento socialista democrático a la idea de unidad europea aparece en el Programa de Heidelberg, del SPD alemán, de 1925, que se manifestaba «a favor de la creación de la unidad económica europea, una unidad que se ha hecho necesaria por razones económicas, y también a favor de la fundación de los Estados Unidos de Europa».

Los planes para la unificación europea, surgidos en el periodo intermedio entre las dos guerras, se encontraron, en rigor, con una actitud positiva por parte de los socialistas europeos. El *Memorandum* Aristide Briand fue apoyado por un conjunto de partidos socialistas, incluido el francés. Ernest Bevin había hablado en 1927, en el Congreso de la Central de los Sindicatos (TUC) británicos, de la necesidad de «inculcar el

El proyecto de una Europa democrática y unida fue un factor de resistencia al nazifascismo.

espíritu de unos Estados Unidos de Europa, por lo menos en el aspecto económico, aunque no lo consigamos totalmente en el aspecto político».

A pesar del rechazo del gobierno laborista del *Memorandum* Aristide Briand, sus ideas encontraron un enorme eco en el movimiento laborista británico. En diciembre de 1939, Clement Attlee escribía: «En favor del interés común, habrá de tener reconocimiento de una autoridad internacional, superior a los estados nacionales, y dotada no sólo de derechos sobre ellos, sino también con poder para hacerlos efectivos, actuando tanto en la esfera política como en la económica; Europa tendrá que federarse o perecerá» (1). El mismo año, León Blum tomaba posición, en *Le Populaire*, a favor de una Europa federal. Escribía Blum: «Las soluciones en que pensamos los socialistas son las que favorecerían la integración de Alemania en una organización de Europa que proporcionase por sí garantías sólidas contra el regreso a los atentados de la fuerza, ofreciendo ella misma los elementos de una verdadera seguridad y de una paz duradera. Volvemos siempre, de este modo, a las mismas fórmulas, a la misma conclusión: la independencia de las naciones en el seno de la Europa federal y desarmada. Éstos son nuestros “objetivos de guerra”, lo que significa que tales son para nosotros las condiciones de la paz».

(1) Cf. Clement Attlee, *Labour's Peace Aims*, ed. del *Labour Party*, 1939, p.13.

La resistencia y la unificación europea

La idea de una Europa federal asentada en la libre adhesión de las naciones democráticas, tuvo un nuevo impulso en el periodo de la resistencia (1939-1945), como contrapunto al belicismo y al nacionalismo de las ideologías nazifascistas. Durante los años treinta, un conjunto de intelectuales pensaba encontrar en la solución federalista el antídoto a la eclosión de la guerra.

En la propia Alemania nazi, Carl Friedrich Goerdeler, un opositor a Hitler, defiende en un documento clandestino de 1943 la «unificación de Europa a partir de los estados europeos independientes; ¡esa unificación se hará por etapas! Se creará de inmediato una unión económica europea, con un consejo económico reunido de manera permanente. La unión política no será anterior, sino que deberá suceder a la unión económica».

Meses más tarde, Goerdeler especifica mejor la estructura de esa Unión federal, previendo la creación de un ministerio europeo de Economía, un ejército europeo y un ministerio europeo de Asuntos Exteriores.

En Gran Bretaña, se reanudó la discusión de la temática federalista durante el periodo de la guerra a través del Federal Union Research Institute, presidido por Sir William Beveridge, y con la participación de personalidades tan distinguidas y brillantes como Ivor Jennings, Lionel Robbins, Friedrich von Hayek o Harold Wilson, del ala iz-

***La idea de
la ciudadanía europea
es una «adquisición»
institucional del Tratado
de Maastricht.***

quierda del *Partido Laboralista* y futuro primer ministro de Gran Bretaña (1964-1970 y 1974-1976).

Pero la idea federalista europea quedó ligada sobre todo al nombre de Altiero Spino, un ex comunista, deportado por Mussolini a la isla de Ventotene, que, junto con Ernesto Tossi, publica clandestinamente el *Manifiesto de Ventotene*, en junio de 1941, y será una de las principales personalidades impulsoras del proceso de construcción europea.

El 31 de marzo de 1944, resistentes de nueve países (entre ellos el representante de un grupo de resistentes alemanes) se reúnen en Ginebra, en el primero de una serie de cinco encuentros que conducirán a un proyecto de declaración común de los resistentes europeos. En esa declaración, los movimientos de resistencia «se comprometen a considerar los respectivos problemas nacionales como aspectos particulares del problema europeo en su conjunto» y defienden la organización de la *unión federal de los pueblos europeos*. Según los términos de la declaración, la unión federal deberá estar dotada de:

1. Un gobierno responsable no ante los gobiernos de los diferentes estados miembros, sino ante sus pueblos, por intermedio de los cuales deberá poder ejercer una jurisdicción directa dentro de los límites de sus atribuciones;
2. Un ejército colocado bajo las órdenes de ese gobierno y con exclusión de cualquier otro ejército nacional;
3. Un tribunal supremo que juzgue todas las cuestiones relativas a la interpretación de la constitución federal y decida sobre las eventuales diferencias entre los estados miembros o entre los estados de la federación (2).

(2) Mencionado en Hubert Halin, *L'Europe unie objectif majeur de la Résistance*, cit., p.49.

La misma declaración contenía también propuestas para el desarme y democratización de Alemania —colocándola transitoriamente bajo la tutela federal— y para la integración del futuro estado alemán democrático en el seno de la unión federal de los pueblos europeos.

La idea federalista europea germina en los movimientos de resistencia de los diferentes países, con excepción de los movimientos inspirados por los comunistas o por los nacionalistas conservadores. En la inmediata posguerra, se funda el Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa, que tiene como contrapunto, del lado demócrata cristiano, los Nuevos Equipos Internacionales. A estas dos corrientes se añade, más tarde, el Movimiento Liberal para la Europa Unida. Las familias políticas socialista y demócrata cristiana llegarán a conformar las bases fundamentales del proceso de construcción europea hasta nuestros días, estando hoy organizadas en el plano europeo en el *Partido Socialista Europeo* y en el *Partido Popular Europeo*.

El Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa aspira inicialmente, bajo la presidencia de Paul-Henri Spaak, a la creación de los Estados Unidos Socialistas de Europa a partir de 1948; no obstante, el proyecto europeo de los socialistas se refiere más bien a la idea de una Europa unida, pluralista y con fuerte dimensión económica y social, contribuyendo así, de forma mucho más decisiva que la afirmación inicial de un mero propósito programático socialista, a la gestación del «consenso europeo».

El Congreso de La Haya de 1948: «unionistas» y «federalistas»

En diciembre de 1946 se funda en París la Unión Europea de los Federalistas, como corriente supranacional y suprapartidaria.

Entre el 27 y el 31 de agosto de 1947, la Unión Europea de los Federalistas se reúne en el Congreso de Montreux, que define los principios del federalismo europeo. En ese Congreso destacan las contribuciones de Denis de Rougemont sobre la actitud federalista y de Maurice Allais, premio Nobel de Economía, que se refiere a los aspectos económicos del federalismo. En este Congreso de Montreux, los federalistas europeos adoptan el proyecto de los «Estados Generales de Europa», con vistas a la dinamización de una construcción federal de Europa.

En ese entonces Winston Churchill, en el discurso de Zúrich donde apelaba a la unión de los Estados de Europa, propone la realización de un Congreso para Europa Unida. Ese congreso, que surge como consecuencia del Congreso de Montreux y de las propuestas de Winston Churchill, tendrá lugar en La Haya, entre el 7 y el 10 de mayo de 1948. Uno de los principales organizadores del Congreso será el propio yerno de Churchill, Duncan Sandys. Churchill será presidente del Congreso, estando la comisión política presidida por el ex primer ministro socialista de Francia, Paul Ramadier, la comisión económica por el ex primer ministro belga, Paul van Zeeland, y la comisión cultural por el conocido intelectual español Salvador de Madariaga.

El Congreso de La Haya destaca por la confrontación entre las filosofías «federalista» y «unionista». Los británicos protagonizaron sobre todo, tanto del lado conserva-

***La izquierda europea deberá
mantener el ideal
europeo como elemento
de identificación
programática.***

*En los años treinta se pensó
en una solución federalista como
antídoto a la eclosión
de la guerra.*

dor como del laborista, las posiciones «unionistas», anticipando lo que ha sido la línea de fondo de las posiciones británicas sobre la construcción europea, opuesta a una profundización institucional y a la «continentalización» del centro de gravedad de Europa, e intentando mantener abiertos el espacio euroatlántico y las líneas tradicionales de vinculación exterior de cada Estado nacional. Por parte de los «federalistas» surgieron propuestas diferentes, ya en la línea de un federalismo radical —como la presentada por Paul Reynaud, para la elección por sufragio universal (sobre la base de un diputado por cada millón de habitantes) de una Asamblea Constituyente de Europa, y que recogió sólo nueve votos—, ya en la línea de un federalismo defensor de la «unidad en la diversidad», posición que se hizo mayoritaria entre los defensores del federalismo europeo.

El Congreso de La Haya estuvo en la base de la creación del Consejo de Europa, del Tribunal Europeo de los Derechos del Hombre, del Centro Europeo de Cultura y del Colegio de Europa, y dio origen al nacimiento del Movimiento Europeo, bajo la presidencia de Churchill, De Gasperi, Adenauer, Robert Schuman, Spaak y Coudenhove-Kalergi. Este Movimiento Europeo acabó preparando e impulsando la iniciativa Monnet-Schuman, que dio origen a la creación de las Comunidades europeas.

La reacción de los socialistas ante el Congreso de La Haya no fue unánime. Algunos partidos, como el italiano y el holandés,

apoyaron con entusiasmo la iniciativa. Otros partidos, como el SPD alemán o el Partido Laborista británico, fijaban sus políticas sobre bases y preocupaciones nacionales y permanecían, por ello, alejados del proyecto de unificación europea. Pero aun en esos partidos, algunas personalidades y grupos minoritarios (que se mantenían en contacto a través del Movimiento Socialista para los Estados Unidos de Europa, fundado por André Philip en 1947), mostraron un fuerte empeño en el proceso de construcción europea. Entre estas personalidades se contaban Max Brauer y Ernst Reuter, en el SPD alemán, y R. W. G. Mackay, en el Partido Laborista (Mackay había sido el único en el Congreso en romper la unanimidad británica de conservadores y laboristas a favor de tesis «unionistas» y contra la idea de una Europa federal).

El SPD alemán no participaba, en estos años, de una filosofía de apoyo firme de Alemania Oeste y de defensa de su integración en el sistema de seguridad occidental, tal como la que fuera fijada por Konrad Adenauer y que se mantuvo como el eje fundamental de la política exterior alemana hasta la reunificación. El líder del SPD de entonces, Kurt Schumacher, se apoyaba en una retórica nacionalista para oponerse tanto a los comunistas (partidarios de la integración de las zonas ocupadas por la Unión Soviética en su esfera de influencia) como a los demócrata-cristianos, plenamente integrados en la lógica bipolar de la guerra fría y en la estructuración económica, militar y política de Europa Occidental en ese marco bipolar.

Por otras razones, también los laboristas británicos y las socialdemocracias nórdicas permanecieron al margen del propósito de unificación europea anunciado en el Congreso de La Haya. Estos partidos concentraban sus objetivos en la creación de una sociedad de pleno empleo y redistribución de las rentas, recurriendo a instrumentos econó-

micos de base keynesiana como la gestión de la demanda y la redistribución por vía fiscal, razón por la cual se resistían a abandonar estos instrumentos de política económica nacional. Las socialdemocracias nórdicas estaban más interesadas en la cooperación que en la integración. En 1952 crearon el Consejo Nórdico, concentrando sus energías en la cooperación nórdica y, en términos económicos y comerciales, adhiriéndose a la Asociación Europea de Libre Comercio (EFTA). Las socialdemocracias nórdicas articularon una filosofía de política exterior que procuraba sustraerse a la camisa de fuerza de la lógica bipolar de la segunda posguerra, desarrollando la cooperación con el Tercer Mundo, una política activa de promoción de los derechos humanos y de colaboración con las Naciones Unidas.

En cuanto a otra de las decisiones del Congreso de La Haya, la creación del Consejo de Europa (concretada en 1949), los partidos socialistas y socialdemócratas esperaban más, teniendo en cuenta el clima en que transcurriera el Congreso, que su base meramente intergubernamental y las ambiciones escasas de la práctica de su funcionamiento. El SPD alemán expresó, de forma moderada, alguna reticencia en cuanto a la inclusión de la República Federal Alemana en el Consejo de Europa, partiendo del hecho de que inicialmente sólo se le había ofrecido un estatuto de miembro asociado y de que se había previsto una adhesión autónoma del Sarre, lo que, desde el punto de vista del SPD, acabaría legitimando su estatuto autónomo.

El sistema bipolar de la posguerra y la unificación europea

La consolidación de una estructura bipolar en el plano político, económico y de seguridad en la Europa de la posguerra, será el factor unificador fundamental del proceso de construcción europea. Claro que esta explicación «estructural» del proceso

de construcción europea, a partir del proyecto del sistema internacional de la posguerra, no debe dejar de tener en cuenta que otros factores, como la recuperación económica nacional y la creación de «economías de escala» al nivel de un mercado integrado europeo, constituyeron también motivaciones fuertes en el sentido de la integración europea. Tampoco el énfasis que hemos puesto en la determinación geopolítica y geoestratégica del proceso de construcción europea tiene por qué traer como consecuencia lógica la conclusión de que, desaparecida la lógica bipolar del sistema internacional, el proceso de construcción europea habría perdido sus factores impulsores fundamentales.

Debe decirse, de paso, que el nuevo proyecto del sistema internacional y de seguridad se enfrenta hoy con inmensas perplejidades. Pero las dificultades de estabilización política y económica en la Federación Rusa y en otras repúblicas ex soviéticas siguen funcionando hoy como factor de cohesión europea occidental y aconsejan el mantenimiento del interés norteamericano por los problemas de seguridad en Europa, como se deriva, por otra parte, del discurso de Bill Clinton en la Cumbre de Bruselas de los países de la OTAN, en enero de 1994, y de su propuesta de «asociación para la paz» a los países de Europa Central y del Este, anteriormente sometidos a la tutela soviética. El grado de agitación en el este determinará en gran medida las prioridades de la política exterior de Alemania en el futuro, los niveles de co-

***En La Haya,
laboristas y nórdicos
permanecieron al margen del
proyecto de unificación europea
propuesto.***

operación europea con Estados Unidos y la filosofía de reforma de la OTAN. Implicará igualmente, a corto plazo, una opción europea por la extensión —como necesidad prioritaria de acomodar y estabilizar en términos políticos y económicos las nuevas democracias del Este— y, eventualmente, una Unión Europea de «geometrías variables». Los condicionantes políticos y de seguridad del proceso de construcción europea siguen siendo el factor de cohesión fundamental, aunque en un marco muy diferente del de la segunda posguerra.

En la segunda posguerra, el fortalecimiento de Occidente se llevó a cabo a partir de dos ejes: la creación de la alianza militar denominada Organización del Tratado del Atlántico Norte (OTAN) —apoyada con la presencia de tropas americanas en Europa Occidental y escudada en el potencial nuclear norteamericano—, y el desarrollo de la integración europea occidental, cuyos principales pilares los constituyen la creación de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA) y el Tratado de Roma (que instituye las Comunidades Europeas).

Los norteamericanos impulsaron en este periodo el desarrollo de la integración europea occidental y defendían incluso la existencia de instituciones supranacionales europeas. La construcción europea desempeñó, junto con la OTAN, un papel fundamental en la estrategia occidental de contención de la Unión Soviética. El Congreso norteamericano expresa en 1952 su apoyo «al nuevo progreso en la federación política, en la integración militar y en la unifi-

cación económica europea y reafirma su creencia en la necesidad de un esfuerzo más vigoroso para la consecución de estos objetivos como un medio para la construcción intensa, el establecimiento de la seguridad y el mantenimiento de la paz en la zona del Atlántico Norte». La política norteamericana frente a Alemania constituía entonces el pivote de su política europea en el marco de la estrategia de contención de la Unión Soviética en Europa. El presidente Harry Truman y su secretario de Estado, Dean Acheson, así como el presidente Dwight Eisenhower y su secretario de Estado, John Foster Dulles, persisten en la opción estratégica de que una Europa occidental fuerte y estructurada, en el marco de un continente dividido, sería preferible a una Europa unificada, pero «finlandizada» por la Unión Soviética. Durante los años cincuenta, se rechazan varias propuestas soviéticas de revisión del «statu quo» en Alemania.

Los Estados Unidos favorecieron asimismo en este periodo la visión de una Europa posnacional. La cuestión alemana ocupaba el centro de un proyecto europeo posnacional, de acuerdo con una estrategia que sería denominada de «doble contención»: la estrategia norteamericana se proponía el fortalecimiento de Alemania occidental, al mismo tiempo que tranquilizaba a los franceses y a los restantes europeos con respecto al poderío alemán.

El plan Schuman

En octubre de 1949, el secretario de Estado norteamericano Dean Acheson y el primer ministro francés, Robert Schuman, acordaban que, con la OTAN ya establecida, se trataría ahora del momento adecuado para una iniciativa francesa tendente a la integración definitiva de la RFA en Europa Occidental. La iniciativa de Schuman para la creación de una Comunidad Europea del

***La inestabilidad
política del Este sigue
siendo un factor
de cohesión europea
occidental.***

Carbón y del Acero habría de ser, según las palabras del general Bradley, «la iniciativa más importante llevada a cabo desde la guerra para detener el comunismo».

¿Cuál es la posición de los partidos socialistas y socialdemócratas con respecto al Plan Schuman? El plan fue apoyado por los partidos de Holanda y de Bélgica. En Francia, la SFIO encaró el plan con algunas reservas, pero acabó por darle un apoyo reticente: la protección de los intereses de los trabajadores y del potencial francés en carbón y en acero justificaban, según el discurso de la SFIO, el interés en la integración. El partido socialista italiano se opuso vigorosamente al plan, invocando los efectos perniciosos que podría llegar a tener para la débil producción italiana de carbón y de acero. Muy interesante es la declaración de la Comisión Ejecutiva Nacional del Partido Laborista británico, explicitando las razones de oposición al Plan Schuman. La declaración revela simultáneamente una constante de la política británica frente al proyecto de integración europea, la salvaguardia de su espacio propio de relación exterior, y una constante del pensamiento económico laborista de la dirección partidaria, asentada en políticas de cariz keynesiano de estímulo de la demanda y del empleo y de la redistribución por vía fiscal, así como de la creencia en la necesidad de un sector público fuerte. Decía la declaración de la Comisión Nacional Ejecutiva: «¡El Partido Laborista nunca podría aceptar ningún compromiso que limitase su propia libertad —o la de otros— de proseguir en la vía del socialismo democrático y de aplicar los controles económicos necesarios para alcanzarlo! Cualquier alteración en las relaciones de Gran Bretaña con Europa Occidental no puede poner en entredicho su posición neurálgica de centro de la Commonwealth y de banquero del área de la libra esterlina. Una cooperación estrecha con Asia y América es vital para la paz y la prosperidad de Europa. Hasta que la Unión

La consolidación de una estructura de seguridad bipolar fue el factor fundamental de unificación europea.

Soviética permita que las Naciones Unidas funcionen como deberían funcionar, el primer objetivo inmediato de la política exterior británica deberá ser la construcción de una unidad orgánica a través de todo el mundo no comunista. Ningún partido socialista con el propósito de formar gobierno podría aceptar un sistema por el cual se delegasen áreas importantes de la política nacional en una entidad representativa europea supranacional, dado que una entidad tal tendría una mayoría permanente antisocialista y suscitaría la hostilidad de los trabajadores europeos» (3).

Pero la oposición más vigorosa al Plan Schuman en el conjunto de los partidos socialistas europeos fue la del SPD alemán, basándose en la línea programática que caracterizó al partido en el periodo Schumacher. El SPD se oponía a la no atribución a la República Federal Alemana de un estatuto de igualdad (*gleichberechtigung*), al carácter insuficientemente democrático de la CECA y al papel de una Alta Autoridad considerada excesivamente tecnocrática, y temía que la creación de la CECA pusiese término al control público de la industria alemana del carbón y del acero, lo que era para la dirección del SPD un elemento importante de su política económica. Pero el SPD temía sobre todo que la integración económica de Europa occidental tuviese un

(3) Cita extraída de Stephen Padgett y William E. Paterson, *A History of Social Democracy in Postwar Europe*, Londres, 1991, p. 248.

*En un tiempo,
los EE.UU. favorecieron
la visión de una Europa
posnacional.*

impacto negativo en sus propósitos de reunificación alemana.

La Comunidad Europea de Defensa

El estallido de la guerra de Corea en junio de 1950 y el consiguiente aumento de la tensión entre los dos bloques, replanteó el problema de la necesidad de la participación de la RFA en la defensa de Occidente y, en consecuencia, la inevitabilidad del rearme alemán. Francia decidió, en una estrategia de anticipación y control de daños, tomar la iniciativa y, en 1950, presentó el llamado *Plan Pleven*, que preconizaba la creación de un ejército europeo, bajo la autoridad de un Ministro Europeo de Defensa, nombrado por los gobiernos de los estados participantes y asistido por un Consejo compuesto de «ministros nacionales, responsables ante una Asamblea Europea». Los puntos esenciales del *Plan Pleven* acabaron por incorporarse en el *Tratado de París*, celebrado el 27 de mayo de 1952, que instituyó la Comunidad Europea de Defensa.

El fracaso del proyecto de la Comunidad Europea de Defensa, en agosto de 1954, debido a la negativa de ratificación por parte de la Asamblea Nacional francesa, puso término a una discusión que causó innumerables fricciones en los partidos socialistas europeos: 53 diputados de la SFIO francesa votaron contra la ratificación, tal como lo hicieron 29 diputados del PS belga; el Partido Laborista británico se había opuesto a la participación británica y rechazaba igual-

mente el principio del rearme alemán. Sólo en la Conferencia de París de 1954, y con muchas resistencias, llegó a ser admitido ese principio.

Los socialistas y la creación de las Comunidades europeas

La creación de la Comunidad Económica Europea (CEE) y de la Euratom fue apoyada por los partidos socialistas de los seis países miembros de la Comunidad Europea del Carbón y del Acero (CECA). Paul-Henri Spaak, líder del partido socialista belga, desempeñó en esta fase un papel de especial importancia en la conversión de las propuestas de la conferencia de Messina en 1945, a la realidad de las instituciones europeas. Del mismo modo, los socialistas franceses tuvieron con respecto al Tratado de Roma una posición mucho más positiva de la que habían tenido respecto al Tratado de París y a la Comunidad Europea de Defensa: el primer ministro de Francia era entonces el líder de los socialistas franceses, Guy Mollet, que consiguió comprometer al conjunto de su partido en el apoyo a la participación de Francia en la construcción europea. Jean Monnet, considerado por los socialistas una personalidad muy próxima a sus posiciones, tuvo asimismo una importante acción persuasiva entre los socialistas europeos a favor del proceso de construcción europea, influyendo notablemente en el voto positivo de los socialistas en la Asamblea Nacional francesa y en el Bundestag alemán. En la República Federal Alemana, el SPD había integrado, en octubre de 1955, el Comité Monnet para los Estados Unidos de Europa y el movimiento sindical, organizado en la DGB, era también partidario de la integración europea. Lejos estaban ya los tiempos de Kurt Schumacher, fallecido en 1952; el SPD, liderado ahora por Erich Ollenhauer, recorría ya el camino del cambio programático que habría de consolidarse en el Congreso de Bad Godesberg, de 1959,

afirmando al PSD como un *Volkspartei* de amplia base social y con vocación de poder, cambio que tuvo en Willy Brandt su figura emblemática. Favorecía esta actitud proeuropea del SPD un conjunto de nuevos factores de orden internacional: la autonomización progresiva de la integración europea de cuestiones de defensa y seguridad, el irrealismo de las propuestas de reunificación alemana en el marco de una Europa inserta en la lógica bipolar de la posguerra, el retorno del Sarre a la República Federal Alemana y la disposición del SPD a aceptar las estructuras de la OTAN.

Extensión y participación: los laboristas británicos y las socialdemocracias nórdicas

La actitud de los laboristas británicos y de las socialdemocracias nórdicas con respecto a los proyectos de unificación europea fue al principio, tal como observábamos a propósito de las conclusiones del Congreso de La Haya de 1948, bastante reticente. La actitud de esos partidos ante Europa fue sucesivamente objeto de oscilaciones, oscilaciones que reflejan intentos de ajuste programático y, al mismo tiempo, permiten identificar las diversas corrientes internas. En términos simplistas, podríamos decir que las actitudes proeuropeas eran asumidas por los modernizadores y pragmáticos, mientras que las corrientes más a la izquierda se caracterizaban por posiciones contrarias a la integración.

El Partido Laborista británico, entonces en la oposición, se opuso a la primera solicitud de adhesión de Gran Bretaña, en 1961-1962. La oposición de los laboristas podría sintetizarse en los siguientes términos, según las palabras de Frank Bealey: «Los sentimientos inspiradores predominantes eran la independencia nacional, en especial el derecho a planificar la propia economía, la falta de confianza en los europeos, coincidiendo este

El SPD temió que la integración económica de Europa perjudicara su propósito de una reunificación alemana.

último sentimiento con un renovado interés por la Commonwealth» (4). Por ello, el Partido Laborista planteó cinco condiciones para la adhesión plena: el derecho de Gran Bretaña a la planificación de su economía y la posibilidad de proseguir una política exterior propia, la defensa de los intereses de la agricultura británica y la salvaguardia de las relaciones con la Commonwealth y con los países miembros de la EFTA. Sin embargo, el gobierno laborista presenta en 1967 una nueva solicitud de adhesión, dejando de referirse a las cinco condiciones previas. El cambio de actitud del gobierno de Harold Wilson —que en 1964 había llegado al poder, anunciando el propósito de reforzamiento de la Commonwealth— se debe, según las explicaciones más plausibles, a las dificultades de la economía británica de entonces y a la necesidad de modernización económica y tecnológica.

Después de 1970, cuando los laboristas regresaron de nuevo a la oposición, se hizo sentir de nuevo la presión del movimiento sindical y de algunas personalidades del partido contra la integración. Como resultado de esa presión, el Partido Laborista fue conducido a una posición algo ambigua: continuar defendiendo el principio de la adhesión, pero manifestándose contra los términos en que la había llevado a cabo el gobierno conservador de Edward Heath. Esta ambigüedad llevó a la dimisión de Roy Jenkins como vicelíder y al

(4) Apud Stephen Padget y William E. Paterson, *A History of Social Democracy in Postwar Europe*, p.252.

abandono de sus puestos en el gobierno-sombra laborista de David Owen, Bill Rodgers y Shirley Williams, quienes acabarían abandonando el *Partido Laborista*, en 1981, para formar el Social Democratic Party, que sólo tendría una suerte política efímera.

Vuelto al gobierno en 1974, Harold Wilson intentó la renegociación del tratado de adhesión, pero sin resultados concretos. En el referéndum de 1975 sobre la participación de Gran Bretaña en las comunidades europeas, la mayoría de los miembros del gobierno laborista apeló al «sí», mientras que los sindicatos más influyentes defendían la salida. Del mismo modo, diputados del «ala izquierda» del *Laborista*, como Tony Benn, emprendían verdaderas cruzadas contra la continuación de Gran Bretaña en las comunidades. Después de la derrota electoral de 1979 y la sustitución de James Callaghan por Michael Foot en el liderazgo del partido, en 1980, se produjo un notable «viraje a la izquierda» en la política exterior y de seguridad del *Partido Laborista*. El Manifiesto laborista de 1983 defendía la salida de Gran Bretaña de las comunidades y la adopción de una política económica más proteccionista.

La derrota electoral de los laboristas en las elecciones de 1983 llevó a la sustitución de Michael Foot por Neil Kinnock en el liderazgo del partido. Kinnock hizo un enorme esfuerzo en la modificación de la actitud europea de los laboristas, abandonando la estrategia proteccionista —formulada en el documento titulado *Alternative Economic Strategy*, con cuyas bases se presentara el

***Los buenos resultados
en las elecciones de 1989
alentaron la actitud laborista
en pro de la construcción
europea.***

Partido Laborista a las elecciones de 1983—, y apostando antes por «*securing the best deal for Britain within the EEC*» y por la modernización de la industria y sociedad británicas, mediante el refuerzo de una economía de mercado con fuerte dimensión social. Simultáneamente, Kinnock llevó a cabo un conjunto de reformas internas que tenían como intención distanciar al partido del movimiento sindical y convertirlo de nuevo en un partido electoralmente viable. A finales de los años ochenta, el Partido Laborista presentaba sobre las cuestiones europeas una posición mucho más positiva y unificada que sus adversarios conservadores. Los buenos resultados en las elecciones europeas —34 diputados en 1984 y 45 en 1989, sobre un total de 81, lo que representaba una considerable mejora frente a los pésimos resultados de 1979, en que obtuviera 17 diputados sobre un total de 78—, alentaron y reforzaron la actitud de los laboristas británicos en pro de la construcción europea. El rosario de contradicciones sobre política europea pasó a ser atributo del Partido Conservador: desde el abandono de Margaret Thatcher (debido en gran parte a su oposición a la profundización institucional de la Comunidad Europea), los conservadores británicos tienen en la política europea su punto principal de fricción interna, con Thatcher avivando las tomas de posición de los «euroescépticos» y debilitando progresivamente el respaldo político de John Major. La negociación por el gobierno conservador inglés del Tratado de Maastricht basada en la exigencia de un *opting out* en materia de política social, permitió a los laboristas afirmarse en Europa en defensa de políticas sociales más progresivas.

De todos modos, la actitud positiva del Partido Laborista británico con respecto al proceso de construcción europea no erradicó por completo algunas ambigüedades y fricciones internas, que volvieron a asomar a propósito del debate de ratificación del Tratado de Maastricht, ni representa una inflexión real del enfoque tradicional britá-

nico del proceso europeo, reticente a profundizaciones institucionales bruscas y más inclinado a una posición gradualista y prudente con respecto a la profundización.

En las socialdemocracias nórdicas, la tendencia general es, para las direcciones partidarias, alentar el refuerzo de los lazos con la Unión Europea, mientras que las alas izquierda y ambientalista de los respectivos partidos se oponen a la participación. El estancamiento de la política social europea y el temor de que las pautas europeas de protección social y ambiental hagan disminuir las pautas vigentes en los países nórdicos, así como la oposición al centralismo y a la burocracia, en nombre de la participación y de la transparencia, han sido los fundamentos de cierta falta de atracción del ideal europeo en el conjunto del movimiento socialdemócrata de los países nórdicos, falta de atracción que, no obstante, se esfuerzan por desmentir las respectivas direcciones partidarias: Ingvar Carlsson, en Suecia, y Harlem Gro Brundtland, en Noruega, han demostrado un empeño personal en el ingreso de sus países en la Unión Europea; del mismo modo, fue con el primer ministro socialdemócrata, Poul Rasmussen, con quien se realizó una inflexión en el electorado danés a favor del «sí», electorado que había optado por el «no» a la Unión Europea en el primer referéndum.

Los partidos socialistas de la Europa del Sur

En Portugal y España, la integración europea representó un factor de estabilización democrática en unas sociedades que salían de un largo periodo de dictadura. Mientras que en España la integración europea era vista inicialmente como un factor de disuasión de eventuales tentaciones de la derecha militar para poner término al proceso democrático, en Portugal la opción europea representaba a la vez la búsqueda de un nuevo

marco de inserción exterior —después de acabado el ciclo colonial—, un factor de presión en el sentido de la liberalización económica (después de la ola de nacionalizaciones producida a partir del 11 de marzo de 1975) y un elemento de estabilización de las instituciones democrático-parlamentarias.

El Partido Socialista portugués declaraba en su primer congreso celebrado en la legalidad (diciembre de 1974) que «la construcción del socialismo en Portugal está ligada de manera indisoluble a la construcción de una Europa democrática y socialista». La campaña electoral para la Asamblea Constituyente de 1975 se encara bajo el lema *Europa con nosotros*, como referencia a la solidaridad de las socialdemocracias europeas en el combate al Partido Comunista y al proyecto nacionalmilitar y como alusión a los valores democrático-pluralistas de las sociedades europeas. Consiguientemente, el primer ministro del primer gobierno constitucional, Mário Soares, presentó el 28 de marzo de 1977 la solicitud de adhesión de Portugal a la CEE, a la CECA y a la CEEA.

La filosofía del partido socialista de integración plena en las Comunidades europeas y de afianzamiento de la participación portuguesa en la OTAN representó en el momento un poderoso factor de divergencia, no sólo con el Partido Comunista y la extrema izquierda, sino también con otras agrupaciones de izquierda socialista, que pretendían la articulación del proyecto na-

***La oposición al centralismo
y a la burocracia restan
atractivo al proyecto
europeo en
los países nórdicos.***

***En Portugal y España,
la integración europea
fue un factor de estabilización
democrática.***

cional-militar con el mantenimiento de las instituciones democrático-representativas, al menos como «garantía de la limitación de poderes que asegure el pluripartidismo como expresión política de las contradicciones existentes en el bloque revolucionario», como decía entonces el *Grupo de Intervención Socialista* (GIS). La izquierda socialista exterior al PS se sumergía entonces en proyectos nebulosos de un «socialismo mediterráneo», como alternativa a la práctica reformista de los partidos miembros de la Internacional Socialista y buscaba una relación con el espacio comunitario distinta de la integración plena.

De modo semejante al partido socialista portugués, también el PSOE entendió que la integración europea era una condición esencial de la consolidación de la democracia y de la modernización económica de España. En materia de política de seguridad y de defensa, el PSOE tuvo que modificar, no obstante, las posiciones que defendía antes de llegar al poder, de abandono de la OTAN: en el referéndum de marzo de 1986, Felipe González hizo campaña a favor del mantenimiento de España en la OTAN y el «sí» alcanzó el 52,5 por ciento. El PSOE y Felipe González han surgido como defensores de la profundización de la integración europea y del refuerzo de la cohesión económica y social, y el gobierno socialista español ha desarrollado una política europea particularmente activa, intentando asegurar la participación de España en el «núcleo duro» de decisión de los asuntos europeos.

En contraposición a los partidos socialistas portugués y español, la posición del PASOK griego con respecto al proceso de integración europea fue de una reticencia mucho mayor: en las elecciones de octubre de 1981, nueve meses después de la adhesión de Grecia a las Comunidades europeas, el PASOK apeló a un referéndum, defendiendo la posición de salida de Grecia de las Comunidades, propuesta de referéndum que, no obstante, fue rechazada por el entonces presidente Karamanlis. Con el paso del tiempo, el PASOK invirtió sus posiciones antieuropeas, llegó a aceptar la integración de Grecia y aprobó el Acta Unica Europea. La decisión de la Cumbre de Bruselas de febrero de 1988 de duplicar los fondos estructurales y el refuerzo de la filosofía de cohesión económica y social, por influencia de Jacques Delors, contribuyeron a reforzar el empeño del PASOK en el proceso de construcción europea.

La integración europea y la identidad programática de la socialdemocracia

Analicemos ahora, a manera de conclusión de lo expuesto y de modo muy somero, cuáles son los efectos de la integración europea en la identidad programática de nuestro movimiento socialista democrático. Constituye ya una afirmación trivial entre nosotros decir que los años ochenta registraron el final de la solución cooperativa en el plano nacional y el bloqueo de la «coordinación keynesiana». Para algunos autores, la socialdemocracia europea tradicional atraviesa hoy una crisis prolongada, tanto desde el punto de vista ideológico como electoral y organizativo. Los factores de esa crisis se identifican en los siguientes términos: crecimiento de la internacionalización y de la interdependencia económicas, declinación de la clase obrera tradicional y complejidad creciente de las sociedades capitalistas avanzadas, quiebra de las soluciones keynesianas de base nacional y crisis del Estado del bie-

nestar socialdemócrata. La respuesta al bloqueo de la «coordinación keynesiana» por parte de las fuerzas conservadoras consistió en conjugar las recetas del monetarismo ortodoxo, de la flexibilización de las relaciones de trabajo, de la disminución de la carga fiscal y de la disminución de las prestaciones sociales. Esa respuesta falló: la prioridad absoluta atribuida al combate contra la inflación y la excesiva liberalización de los movimientos de capitales tuvieron como efecto más visible una enorme redistribución a favor de las aplicaciones financieras; el desempleo en Europa aumentó exponencialmente; las sociedades europeas perdieron cohesión social; surgieron nuevas formas de desintegración y nuevos conflictos sociales. Puesta frente a los factores de su propia crisis y frente a la comprobación del fracaso de las recetas conservadoras, la socialdemocracia europea enfrenta hoy la necesidad de nuevas respuestas a nuevos problemas.

La socialdemocracia europea tiene hoy por delante, entre otros desafíos, reconducir la economía hacia un nuevo ciclo de crecimiento y reabsorber el desempleo o, como alternativa, establecer esquemas financieros de garantías de rendimiento. Comprobado como está el fin de la solución cooperativa nacional —que caracterizó las propuestas de la socialdemocracia en los años sesenta y setenta—, la izquierda europea tendrá que encaminarse hacia una solución cooperativa en el plano europeo. Es esta solución cooperativa en el plano europeo la que ha defendido con insistencia Jacques Delors y que el Partido Socialista Europeo comenzó a esbozar programáticamente, en especial en su documento sobre la Iniciativa Europea para el Empleo (*Informe Larsson*). Pero es obvio que esta solución cooperativa en el plano europeo sólo se va afirmando de modo muy tímido y paulatino, como lo demuestran los intentos malogrados de Jacques Delors, en 1992, de ampliar el presupuesto comunitario, o el hecho de que la vía esco-

gida para la realización de la Unión Económica y Monetaria no prevea como mecanismo estabilizador una unión presupuestaria relativamente fuerte...

Otro factor de aceleración del cambio de la identidad programática de la socialdemocracia europea —y que también es inducido por la integración europea— consiste en la gestación de una nueva cultura política, en la que preponderan los valores que Ronald Inglehart denominó «post-materialistas» (por ejemplo los nuevos derechos, la participación política, la calidad de vida y del ambiente, el acceso a bienes culturales, etcétera). Según Inglehart, la integración europea favorece la dilución de la identidad clasista y la pérdida de radicalidad de los movimientos obreros y la expansión del empleo industrial cualificado y de las nuevas clases medias es un factor propulsor de los valores «post-materialistas». El ascenso de los valores «post-materialistas» corresponde a la superación del paradigma industrialista, como momento histórico en que el eje de la decisión política estaba exclusivamente centrado en la distribución de la riqueza y de la renta, paradigma en que se inserta el movimiento socialista democrático tradicional. Los cambios estructurales que están en la base de la nueva cultura política tienen que ver, en el plano económico, con la aceleración de los ciclos de producción, con la expansión del empleo cualificado en los servicios y con la elevación del poder adquisitivo y de los niveles educacionales de la población.

***Felipe González y el PSOE
han surgido como
defensores de la profundización
de la integración
europea.***

En estos términos, los partidos socialistas deberían ser capaces de conjugar la defensa de los intereses de su base de apoyo socioeconómica tradicional (trabajadores asalariados) con la sensibilidad a los temas de la «nueva cultura política». Esta «nueva cultura política» trae consigo el deseo de participación ciudadana e implica la pérdida de atracción de las organizaciones políticas burocratizadas tradicionales (por ejemplo partidos, sindicatos), a favor de iniciativas cívicas temáticas y no burocratizadas. Además de ello, la «nueva cultura política» coloca el punto de divergencia izquierda/derecha en zonas distintas de aquellas en que lo situaba el paradigma industrialista y la socialdemocracia tradicional: pone el acento en la defensa de los derechos cívicos, en la defensa del medio ambiente y de la calidad de vida, pero no presenta la divergencia izquierda/derecha a partir de opciones de política económica globalmente diferenciadas.

Los partidos socialistas europeos tienen que mostrar sensibilidad ante esta «nueva cultura política». En este aspecto, el «nuevo kennedysmo» de Bill Clinton y de la izquierda democrática americana constituye un aliado estimulante para una reformulación programática de la socialdemocracia europea: el *Informe Larsson* representa ya un buen ejemplo de ese fructífero diálogo. Por otro lado, en un nivel de exposi-

ción más filosófico, las propuestas de Habermas de un reformismo radical, como sustituto de la experiencia reformista socialdemócrata (pero que supera sus límites industrialista, productivista y estatalista), me parece que incluyen, desde la izquierda, una elaboración bastante articulada de los «tópicos» de la «nueva cultura política».

En vez de una reflexión abstracta y en un círculo cerrado, es mejor que los socialistas portugueses sepamos movernos en el marco de una cultura política en tránsito, superar los límites y las formas de la acción política partidaria: pienso que la iniciativa, ya anunciada, de los «Estados Generales», así como las líneas programáticas fundamentales de nuestro proyecto de revisión constitucional concuerdan con esta «nueva cultura política». Saber potenciar debidamente un programa de cambio político y conseguir su adecuación a la sociedad portuguesa es lo que se pondrá en juego en el próximo año y medio. El colapso del discurso modernizador y europeo del PSD deja al PS la posibilidad y la obligación de constituirse en instrumento político de un vasto bloque social de progreso, susceptible de ser movilizadopor mensajes positivos de modernidad política y cultural y de aumento del bienestar y de la cohesión social.

Traducción de Mario Merlino.

CRECIMIENTO CUALITATIVO

Hans MATTHÖFER

¿Es viable el crecimiento cero? Dado que hasta la fecha el crecimiento económico ha ido ligado a un aumento de la inversión energética y de materia prima, parece que el previsible estrangulamiento de las reservas de energía y materias primas disponibles, así como la creciente sobrecarga del sistema ecológico, impondrán la necesidad de un crecimiento menor.

Cualquier persona razonable convendrá en que el camino seguido hasta ahora, marcado por un crecimiento indiscriminado en lo ecológico y basado en el consumo intensivo de energía y materias primas, no puede seguirse indefinidamente. Por otra parte, nuestro sistema económico reviste una estructura y posee una serie de mecanismos que requieren la producción incesante de más bienes y servicios, así como de consumidores, con el fin de evitar las dificultades de venta, la reducción de las in-

versiones, el desempleo, la pérdida de ingresos, es decir: para no desembocar en un receso económico que se autoalimenta.

Quien, por lo tanto, afirme que no desea crecimiento, ha de proponer otro orden económico. La economía que tenemos tiene por objetivo el crecimiento. Tampoco es posible alterarla mediante un proyecto cualquiera ideado en una mesa de despacho, y mucho menos a corto plazo. Ya el comportamiento empresarial característico del crecimiento

***Es inaceptable
exigir al Tercer Mundo
que renuncie al
crecimiento.***

económico capitalista implica necesariamente crecimiento.

Pero hay también otras razones: y es que la mayor parte de la población —incluso en los *länder* occidentales— no ha alcanzado aún el nivel de bienestar al que aspiran. Alrededor de seis millones de personas viven, en Alemania Occidental, en la pobreza. Cerca de 3,8 millones recibieron ayuda social en 1990, más que en otros años. En la antigua RDA, la situación es aún más preocupante.

Resulta de todo punto inaceptable exigir la renuncia al crecimiento en el Tercer Mundo, donde faltan miles de millones de puestos de trabajo. Los países industriales y en vías de desarrollo necesitan crecimiento para crear empleo, con el fin de poder responder, mediante el aumento de la productividad, nuevas tecnologías y productos, a las condiciones ecológicas, y a la estructura de costes y de demanda de una división del trabajo modificada.

Tampoco merece la pena preguntarse si ha de incrementarse el producto social tal y como se calcula hoy. El crecimiento del producto nacional expresado en unidades monetarias ha dejado de constituir un índice adecuado de progreso: las oportunidades educativas y laborales, la salud y las condiciones de convalecencia, la seguridad, los valores del ocio y la posibilidad de participar activamente en la vida cultural no están necesariamente emparejados con un volumen de negocios en auge. Si el baremo esta-

dístico producto social resulta poco expresivo, entonces no es necesario ni útil rechazar de plano su crecimiento.

Es cierto que no ha habido aún intentos realmente satisfactorios de expresar cuantitativamente la calidad de la educación, la salud, la vivienda, el trabajo, el medio ambiente o el ocio; pero sí es posible dictaminar si se da un crecimiento según se produzcan o no progresos en estos campos.

Dado que el bienestar no puede medirse ya únicamente con ayuda de la unidad de medida producto social, y como las cifras sobre el crecimiento expresado en los términos tradicionales de producto social no son unívocas al no revelar nada acerca de la destrucción o el agotamiento acelerado de las bases energéticas y las materias primas, o sobre la contaminación medioambiental, por ejemplo, parece pertinente encontrar indicadores para la medición del crecimiento cualitativo con el fin de explicar qué es lo que conviene modificar:

—¿Qué debe crecer en particular, en interés de quién, con qué medios?

—¿A qué tipo de crecimiento debemos aspirar, por tanto, y qué modalidades debemos evitar?

—¿Cómo y con qué instrumentos se impulsa el crecimiento técnico y el crecimiento económico?

—¿Cuánto tiempo requiere modificar las estructuras económicas o determinados ámbitos como por ejemplo el suministro energético?

A pesar del gran número de trabas comerciales patentes o implícitas, la vida económica está determinada en última instancia por la competencia internacional. El que crea poder soslayar este factor se verá rebasado sin piedad y será expulsado de la carrera. La capacidad productiva de la economía de una nación —es decir, la suma de capacidades, conocimientos y fuerzas creadoras de las personas que trabajan en ella,

así como el nivel científico y técnico de sus medios de producción, productos y procedimientos— determina quién subsiste en esta competición. A la larga, sólo se garantiza en el mercado mundial la presencia de producciones competitivas y los puestos de trabajo que éstas requieren.

No podemos detener el progreso técnico, aunque lo quisiéramos. La investigación y su traducción en innovaciones tecnológicas sigue su curso en universidades, comunidades independientes, pero ante todo en la industria, financiando el Estado tan sólo una mínima parte de estos proyectos. Tampoco podríamos influir en el avance de la técnica en otros países, avances que a su vez revierten en nosotros. Los progresos impulsados por los Estados Unidos de América y por Japón, por ejemplo, en los ámbitos de la electrónica y la informática, en los que participan activamente otros países, son imparables.

Por doloroso que resulte someter a un proceso de «racionalización» más puestos de trabajo, siendo tan elevado el número de personas que buscan empleo, no parece muy sensato responsabilizar al desarrollo tecnológico del desempleo. Personalmente, no admitiría dejar de fomentar una innovación sólo porque reduzca el número de puestos de trabajo. Asegurar la ocupación plena, pero no cada puesto por separado, constituye una obligación insoslayable y esencial de la política económica y financiera de un país.

Una producción que se ajuste a la racionalidad económica y productiva y a su rentabilidad está obligada a incrementar incessantemente su productividad, a un ritmo que determina el progreso general de la tecnología, los conocimientos y la organización empresarial, y no la demanda. La productividad crece así independientemente de que sea posible vender la correspondiente cantidad de bienes o servicios.

Para garantizar el empleo, la renta nacional ha de crecer en la misma medida en que lo hace la productividad laboral. Pero la política no ha de limitarse a confiar en que será el crecimiento quien le gane la carrera al progreso en materia de productividad. Ha de anticiparse y garantizar con medidas efectivas que esto ocurra.

Del crecimiento que contamina y dilapida las materias primas al crecimiento cualitativo, respetuoso del medio ambiente

La producción tecnificada, a la que debemos nuestro alto nivel de vida, ejerce una presión cada vez mayor sobre nosotros y limita nuestras condiciones de vida. De ello no se deriva la necesidad de renunciar al crecimiento, pero sí de enmarcarlo en una serie de requisitos y coordenadas ecológicas sensatas.

Pero, ¿cómo pasar progresivamente del crecimiento industrial cuantitativo a uno cualitativo, manteniendo, eso sí, un alto nivel ocupacional y sin perder los objetivos y logros de nuestra forma tradicional de producción, y en particular la humanización de las condiciones de trabajo y la protección del medio ambiente?

Quien quiera favorecer tal evolución debe tener en cuenta qué mecanismos naturales pueden ayudarnos y en qué medida estamos sobrecargando el metabolismo hídrico, las zonas agrícolas útiles y los bosques. La ari-

***Es necesario
enmarcar el
crecimiento en
coordenadas ecológicas
sensatas.***

dez de suelos que fueron fértiles, el avance de los desiertos, el colapso de los ríos, la esquilación de maderas nobles debido a la ausencia de una gestión forestal racional, son ejemplos de ello. Si llegan a verse afectados el equilibrio ecológico o la capacidad regenerativa de la naturaleza, si se destruyen bases alimenticias vitales o se provocan alteraciones atmosféricas que perjudiquen seriamente las condiciones climáticas, la base vital de ulteriores generaciones se verá amenazada.

No es deber del presente legar a nuestros descendientes, junto a los residuos industriales y un medio ambiente destruido, gruesos tomos que recojan discusiones elementales, sino que es deber de la generación actual hacer todo lo posible para, desde su conocimiento de lo que puede depararnos el futuro, reducir la hipoteca que lo empañará, para que podamos dejar a las generaciones que nos sigan un mundo en el que merezca la pena vivir.

Hoy parece inconcebible que durante generaciones los economistas considerasen natural que pudiésemos disponer gratuitamente y sin restricciones del agua y del aire. Proliferan las dudas sobre la utilidad de un crecimiento incontrolado que implica el despilfarro de energía y materias primas. El ecosistema no debe ser sometido por más tiempo a presiones que sobrepasan claramente su capacidad regenerativa. La contaminación mortal acumulada en ciertas zonas de aglomeración, los ríos sucios, nuestros bosques enfermos y una reserva pesquera en

***Los efectos colaterales
del crecimiento
industrial perjudican
nuestra calidad
de vida.***

declive, prueban que debemos dejar de saquear a la naturaleza.

Casi no hay día en que no escuchemos nuevos ejemplos de cómo amenazan la técnica y la industria al medio ambiente, y con ello al hombre. Con pasmosa alegría permiten por ejemplo los gobiernos que barcos con bandera de conveniencia contravengan las normas de seguridad y que, como consecuencia de tal negligencia, se produzcan nuevos accidentes que conllevan el vertido de petróleo en el mar. ¿Quién garantiza que no se estén vertiendo sustancias aún más peligrosas que el petróleo, que de algún modo volverán a la superficie por efecto de los ciclos naturales provocando daños tal vez irreversibles?

Un ejemplo de ello es el peligro que entrañan los clorofluorocarbonados, que durante mucho tiempo se consideraron inocuos y que hoy siguen utilizándose en muchos países en aerosoles y otros productos industriales, para la capa de ozono de la estratosfera inferior. Como esta contaminación no suele provocar efectos nocivos inmediatos, resulta a menudo difícil demostrar su peligrosidad. Pero allí donde se perciben peligros de consecuencias irreversibles es necesario actuar de inmediato en el caso de que, de acuerdo con los conocimientos actuales, no puedan descartarse riesgos importantes, como ocurre con el agujero de ozono, cada vez mayor, sobre la Antártida.

Eso significa que hoy mismo debemos proponer medidas concretas que reviertan en una modificación en la orientación de nuestro crecimiento industrial, aunque por el momento puedan parecer intrascendentes. A largo plazo es posible que un cambio de curso de muy pocos grados nos ayude de forma decisiva a alcanzar nuestra meta.

Los efectos colaterales del crecimiento industrial perjudican nuestra calidad de vida

por la contaminación del aire, el *smog*, el nivel de ruidos de las ciudades, las zonas de aglomeración, el envenenamiento de ríos y aguas, y la destrucción de zonas de recreo. En el centro de las ciudades un tráfico cada vez más denso y la edificación de oficinas va desplazando la vida humana urbana. Los habitantes de los barrios dormitorio de la periferia no se sienten a gusto, el trayecto que deben recorrer hasta el puesto de trabajo en la ciudad, circulando por autopistas colapsadas, es cada vez más largo. La vida es cada vez más frenética y contiene más factores irritantes.

Es preciso detener esta evolución. Debemos admitir de forma clara y firme que esto es el resultado de la actuación humana y, por ende, política, y que nuestra actuación ha de adoptar un rumbo enteramente nuevo si queremos evitar que este tipo de crecimiento degenerare en un proceso incontrolable que ignore las necesidades de las personas y supere la capacidad regenerativa de la naturaleza.

Por ello no debemos posponer, por ejemplo, la tarea de combatir el ruido —tanto el ruido del tráfico como el nivel de ruido en el puesto de trabajo—. El ruido no sólo molesta. A la larga supone, junto con presiones de otra índole, una amenaza para la salud. Sin embargo, sería un error reforzar el hormigón que rodea ciudades y parajes, y aislar las viviendas con muros de protección acústica.

Si queremos disfrutar de un mundo acogedor para la infancia y de una vida urbana humana necesitamos calles por las que puedan moverse peatones y ciclistas, y donde puedan conversar tranquilamente. Por ello es aconsejable combatir el ruido en su raíz —es decir, en el propio vehículo— en lugar de permitir que se produzca y luego tratar de aislarlo.

La riqueza social debería complementar el bienestar individual y permitir a todos

¿Qué debe crecer, en interés de quien y con qué medios?

una vida responsable, saludable y sensata. ¿De qué sirve el coche si las calles están atestadas? ¿Quién puede hacer deporte si el aire está viciado? ¿Cómo van a aprender los niños si faltan profesores en escuelas y universidades?

¿De qué sirve disfrutar de un alto nivel de vida si se padece una enfermedad grave y prolongada, si faltan hospitales modernos, si se descuida la formación continuada de médicos, porque no disponen de equipamiento adecuado ni pueden mantenerse informados de los descubrimientos más recientes de su especialidad?

Debemos demostrar que podemos alcanzar sin crisis y sin desempleo un crecimiento cualitativo y analizar los procesos que ello requiere con el fin de señalar cada una de las medidas que deben adoptarse para que el elector pueda distinguir claramente cuál será la próxima medida y su importancia en el marco de una evolución a largo plazo.

Ahorro energético y adecuación energía-calor

El creciente consumo energético y el previsible agotamiento de las reservas de combustibles fósiles, la industrialización del Tercer Mundo y el rápido crecimiento demográfico del globo nos obligan a manejar con cuidado la energía, a desarrollar nuevas técnicas para un uso más razonable de la misma y a descubrir nuevas fuentes

energéticas, por ejemplo mediante el aprovechamiento de la energía solar. Los trabajos de investigación y desarrollo que ello requiere son lo bastante costosos y largos como para que el Estado se vea obligado a apoyarlos. Una política energética que desee reducir el crecimiento del consumo exige una política económica distinta, un cambio en las prácticas, y el apoyo de los votantes para crear ciertas condiciones marco.

La quema de combustibles fósiles provoca la emisión de gases y, en el caso de la hulla y el petróleo, de polvo en suspensión. Inevitablemente, produce dióxido de carbono. El consumo no debe, por tanto, crecer al mismo ritmo que en los últimos decenios. Ni las fuentes energéticas de la Tierra, ni los plazos insoslayables que introducen las nuevas técnicas, ni, desde luego, los problemas ecológicos que tenemos, permitirían tal crecimiento. Ciertamente que hace años que el producto social y el consumo energético ya no crecen en la misma medida. Una ulterior disociación de ambos índices, es decir, un crecimiento aún menor del consumo, podría alcanzarse si lográsemos ahorrar y utilizar de un modo más razonable la energía.

Más de la mitad de nuestro consumo energético primario depende del petróleo y del gas natural. La reserva total de materias primas fósiles utilizables como fuentes de energía se compone en un 90% de carbón, y sólo un 10% es petróleo y gas. Utilizamos fundamentalmente energías cuyas

***Debemos demostrar
que podemos alcanzar sin
crisis y sin desempleo
un crecimiento
cualitativo.***

reservas no tardarán en agotarse. No es posible predecir con exactitud cuándo se agotarán, pero no pasará de unos pocos decenios.

En cualquier caso resulta acertado desarrollar hoy técnicas que impliquen un ahorro energético, y tratar de descubrir y utilizar prioritariamente otras fuentes energéticas seguras, baratas, ecológicas y que admitan un uso continuado, es decir, agua, aire, sol y energía geotérmica. Estas conllevan menos riesgos en cuanto al suministro, son más baratas de importar, no dañan el medio ambiente y ofrecen tantas ventajas que a menudo vale la pena incurrir en gastos de instalación más elevados.

En el caso del suministro de calor de baja temperatura, se ha descubierto que la mayor parte de la energía se dilapida. Al caldear podemos ahorrar gasóleo mediante un aislamiento mejor, la recuperación del calor, el aprovechamiento del calor periférico mediante bombas térmicas y la combinación de producción energética y calorífica. Las centrales térmicas podrían, gracias a una planificación razonable, y sin gastos adicionales indefendibles, utilizar su producción calorífica para la calefacción.

El 40% de las necesidades energéticas de los antiguos *länder* de la República Federal se refería a la calefacción de locales. Reducir en un 20% esta cantidad mediante un mejor aislamiento y la planificación del consumo significaría ahorrar anualmente cerca de 20 millones de toneladas de unidades de hulla. La producción de electricidad implica que más del 60% de la energía utilizada se pierde como calor de escape. Este podría utilizarse para caldear las ciudades con ayuda de redes de distribución de calor. El suministro de calor mediante la combinación de calor y energía protege el medio ambiente y ofrece mayores garantías de fiabilidad. Ya sólo por estas razones debería ser fomentado por el Estado.

Las empresas que quieran suministrar calor deberán satisfacer una serie de requisitos que permitan gestionar estos sistemas de forma que sean rentables, aunque sólo sea para que el medio ambiente no se vea aún más sobrecargado por el recalentamiento de los ríos y por la emisión de sustancias nocivas procedentes de muchos miles de pequeños quemadores de gasóleo, que —si a esto le añadimos que generalmente se usan y se mantienen mal— son en gran parte responsables de la contaminación del aire en las ciudades.

Garantizar el suministro de calor transportable a todas las ciudades de más de 40.000 habitantes de la antigua República Federal y mediante la canalización del calor de escape de las centrales eléctricas podría suponer un ahorro anual de más de 40 millones de toneladas de gasóleo. Conectar el 50% de las casas, y el 20% de las instalaciones industriales a una red de calor transportable implica que dejarán de quemarse aproximadamente 800 millones de toneladas de hulla por año.

Aprovechamiento de las fuentes de energía renovables

En la actualidad consumimos casi exclusivamente combustibles de reservas limitadas (carbón, petróleo, gas natural), así como uranio como fuente de energía nuclear. La principal fuente energética primaria de reservas ilimitadas es la energía solar. Junto a la transformación inmediata de los rayos solares en calor o en electricidad, cabe aprovechar los procesos que provoca el sol en la superficie terráquea, como por ejemplo el viento, las olas o la circulación del agua, así como ciertos procesos biológicos, garantizando, a ser posible, su equilibrio con el crecimiento y la regeneración (por ejemplo, con una explotación y planificación forestal razonable). Aprovechar la energía solar incrementa la fiabilidad del suministro. Es

más ecológica que cualquier otro combustible. No produce ninguna sustancia contaminante, y apenas altera el equilibrio térmico periférico.

Con los precios actuales, la energía solar aún tiene dificultades para competir con otros tipos de combustible. Sin embargo, podría utilizarse comercialmente en Alemania para suministrar calor y agua caliente. Mediante el desarrollo y perfeccionamiento de los diversos elementos y sistemas, y el paso a otras dimensiones productivas, existen buenas perspectivas de que podamos llegar a explotar la energía solar en nuestro país.

Hemos realizado progresos considerables, a pesar de que las condiciones geográficas, meteorológicas y climáticas de Alemania requieren una técnica que garantice un alto rendimiento y un consumo considerable. Pero las dificultades no son sólo de tipo técnico.

Es cierto que en Alemania la energía solar tardará mucho tiempo en hacerse cargo de una parte mínimamente importante del suministro energético, pero también en esta fase inicial merece la pena tener en cuenta que cualquier reducción de la quema de carburantes fósiles protege el medio ambiente y reduce nuestra dependencia con respecto a los proveedores foráneos.

La energía solar ofrece mejores perspectivas para la exportación industrial que para la producción de electricidad en nuestro

***La producción de electricidad
implica que más del 60%
de la energía se pierde
como calor de
escape.***

*En la actualidad consumimos
casi exclusivamente
combustibles de reservas
limitadas.*

país. La producción energética por medio de generadores solares resulta particularmente adecuada para un suministro energético descentralizado y resulta vital para el Tercer Mundo. Lo mismo puede decirse del desarrollo y aplicación de hornos solares de menor envergadura que reducirían la cantidad de madera quemada —por ejemplo en la zona del Sahel—.

En vista de que hoy no resulta fácil trazar los límites entre combustibles y materias primas, no resulta deseable quemar mejor el combustible fósil para producir calor. El petróleo, el gas natural, y también el carbón, son elementos cada vez más importantes en la industria química y farmacéutica. Quemarlos sería dilapidarlos, y ya no parece justificable frente a las generaciones futuras. Su quema ha de detenerse, por tanto, a tiempo, con el fin de conservar las cantidades necesarias de reservas no excesivamente costosas para otras formas de utilización.

Consumo de materias primas

Hace 25 o 30 años, el suministro de energía y de materias primas no constituía un problema particular. El petróleo —del que podía disponerse fácilmente y sin grandes costes— suplantó al carbón en todo el mundo. En el curso de los debates que surgieron en aquella época en torno a la energía, el Parlamento alemán trató fundamentalmente los problemas sociales que acarrea el declive de la minería.

A partir de la primera crisis de precios del petróleo en 1973 se produjo un cambio sustancial. Ahora vemos más claramente cuál es el vínculo entre crecimiento económico y suministro de energía. Nos hemos dado cuenta de que el crecimiento, tal y como se ha dado hasta la fecha, no depende únicamente de las innovaciones tecnológicas u organizativas, sino también en gran medida del expolio de las riquezas del subsuelo y de la destrucción de la naturaleza.

En países industrializados como Alemania, que cuentan con unas reservas propias muy limitadas, no se ha puesto coto al consumo de materias primas. El 90% de las materias primas que consumimos procede de fuentes foráneas. Nuestra responsabilidad frente a las generaciones futuras no nos permite confiar en las soluciones que pueda aportar el futuro. La esperanza de descubrir nuevas reservas y que éstas basten para cubrir un consumo incontrolado sólo es válida —si es que lo es— para un periodo de tiempo limitado.

Si las materias primas de que disponemos son limitadas, y si verdaderamente queremos proteger el medio ambiente, debemos pasar de circuitos abiertos a otros relativamente cerrados y recuperar los materiales de productos utilizados o desgastados, evitar la producción de residuos o darles un uso y hacer productos reciclables. Cada productor debería estar obligado a retirar sus productos al concluir su ciclo de vida, así como a presentar balances de materiales, planificar los ciclos, y evitar en lo posible residuos y desechos. Sería deseable alcanzar un circuito lo más cerrado posible que permita recuperar la materia prima para la producción tras su utilización por el consumidor.

Alemania, un país densamente poblado que carece prácticamente de recursos y fuentes energéticas propias, a excepción del carbón —que no es barato—, situado a la cabeza de los países con un nivel de vida

más alto, consume aproximadamente el 10% de las materias primas del mundo y sólo produce un 1%. En una época en que resulta cada vez más difícil obtener y explotar estos recursos, sería muy beneficioso para nosotros reducir nuestra dependencia con respecto a la importación mediante nuevos métodos de prospección, explotación y preparación de los materiales, o bien mediante un uso más cuidadoso y el reciclado de los materiales utilizados.

Una fuente importante de recuperación de materias primas son los residuos domésticos. Pero el alto coste de instalación de muchos métodos demuestra que aún no resulta rentable: teniendo en cuenta el coste de la mano de obra en nuestro país, la recogida, clasificación y preparación de estos materiales resultaría más cara que comprar materias primas a otros países.

Muchos costes medioambientales aún no se incluyen en las cuentas empresariales, porque no resulta fácil calcularlos o bien porque es el conjunto de la sociedad quien carga con ellos. Y, así, se producen falsificaciones que conducen a decisiones que conllevan una presión aún mayor para el medio ambiente y que pueden ser erróneas desde una perspectiva económica global. Por ejemplo, hoy no se trata únicamente de preguntar cuánto debe costar la retirada de basuras, sino cómo podríamos incluir esta actividad en un plan con que, ante la perspectiva de unas reservas de materias primas cada vez menores y más caras, y de los daños ya causados, alejarnos de la modalidad de producción de usar y tirar y pasar a producir objetos con una vida útil más larga y fácilmente reparables o reutilizables.

Política viaria

La ordenación del espacio, la planificación y estructura de las obras viarias, la organización de los servicios de comunica-

Cualquier reducción de la quema de carburantes fósiles protege el medio ambiente.

ción y transporte, la ordenación misma de estos servicios, son competencia del Estado. La economía necesita sistemas de comunicación y transporte eficaces. La calidad de la vivienda, del trabajo y del ocio, así como la calidad de la circulación, suministro y recogida de mercancías depende de ellos.

El aumento de la circulación de camiones conlleva la apertura de nuevos espacios de trabajo, vivienda y ocio. Pero también acarrea importantes problemas en una Alemania superpoblada. Cada vez resulta más difícil conservar un alto grado de movilidad, financiar las ofertas públicas de transporte eficientes a precios asequibles, adjudicar polígonos industriales conservando al mismo tiempo las reservas naturales y mejorando las medidas de protección del medio ambiente.

Los medios de transporte público resultan decisivos a la hora de determinar la calidad de vida en ciudades, comunidades y zonas de aglomeración. En las horas punta, éstas están atestadas, mientras que en las horas de menor actividad a menudo hay que esperar mucho para encontrar transporte. En las regiones menos pobladas, los medios de transporte estatales abarcan un número reducido de destinos. Quien no posea un vehículo propio tiene menos posibilidades que otros.

Sin embargo, las ciudades se ven perjudicadas al encomendarse gran parte de las necesidades de transporte al automóvil. El nivel de emisiones y el ruido resultan a

menudo insoportables. Los objetivos de la evolución urbana, como son la conservación de ciertas zonas históricas o garantizar la comunicación social, entran cada vez más en conflicto con las necesidades de la circulación de vehículos. Ni siquiera nuestra imponente red viaria es capaz de regular el tráfico en las horas punta, y recortarla contradice los objetivos de la ordenación territorial o de la protección de los espacios abiertos.

El alto número de accidentes de carretera, la dependencia con respecto al petróleo y la presión ejercida sobre el entorno han reforzado nuestra conciencia de la necesidad de ahorrar energía y proteger nuestro medio ambiente. Yo abogaré por reforzar la oferta de los servicios locales y dotarlos de mayores atractivos para que toleren la competencia con el vehículo propio en cuanto a los parámetros de rapidez, periodicidad, densidad de tráfico o comodidad. En interés de todos, hay que aprovechar al máximo las ventajas del tráfico ferroviario: mayor seguridad, muy pocos perjuicios medioambientales y un consumo energético menor.

En este punto habría que recordar de nuevo la necesidad de transformar el impuesto de vehículos en un impuesto sobre los aceites minerales. Así, parte de los costes del vehículo a motor, que hasta ahora son fijos, pasarían a depender de su uso: quien lo utilice más o posea un vehículo que consuma más, deberá pagar más que el conductor moderado. Los coches que con-

sumen menos también emiten menos gases nocivos.

La elevación del impuesto sobre los aceites minerales afecta en mayor medida a los vehículos grandes, mientras que los conductores de vehículos que consumen menos pagarían menos. Los fabricantes tendrían que adaptarse rápidamente a esta nueva situación y ofrecer motores que consuman menos y no presenten los inconvenientes —en cuanto a impacto medioambiental, vida útil y consumo— de los motores cuyo volumen ha sido reducido con el mero propósito de conseguir un ahorro en el impuesto sobre vehículos motores. Aunque sin duda el gravamen del consumo de gasóleo afectará particularmente a quienes deban trasladarse desde regiones con escasa infraestructura, que no encuentran puestos de trabajo cerca de su vivienda y a menudo tampoco la oferta necesaria de transporte público de cercanías necesaria.

El coche del futuro será más *verde* y más moderado en su consumo. La industria tendrá que invertir más para desarrollar motores que requieran una cantidad menor de carburante. Cada vez hay más consumidores concienciados que prefieren coches menos ruidosos y que presentan unos índices menores de emisiones. Sólo quien se prepare para todo ello tendrá éxito en los mercados extranjeros e internos.

«El objetivo aparentemente lejano: fabricar un coche que no emita sustancias nocivas, que requiera pocos materiales, consuma poco y sea sistemáticamente reutilizable, que circule sin ruidos y sin gases, y basado en la medida de lo posible en fuentes de energía renovables. Habrá que fabricarlo cuanto antes si no queremos que en el futuro la producción de coches y su uso, en lugar de realizarse en armonía con el hombre y la naturaleza, conlleve la ruina de nuestra base natural ...

***Alemania consume
aproximadamente el 10%
de las materias primas
del mundo, y sólo produce
un 1 %.***

Por todo ello abogamos por que se conciba la producción de vehículos basándose en una velocidad máxima de 150km/h y no de 250 km/h, que la optimización del aprovechamiento energético, la disminución de las emisiones y del nivel de ruido sea el interés primordial de la innovación tecnológica y la difusión de la imagen, en lugar de la aceleración y la potencia del motor; que se retome la idea del vehículo de larga duración por medio del reciclado sistemático de ciertos componentes de gran valor.» (1)

Ciertos estudios demuestran que es posible fabricar un coche de estas características, y que es costeable, y que supondría una aportación esencial a la reducción del consumo energético y de materias primas. Pero por otra parte también está claro que mediante la introducción masiva de automóviles de dichas características se producirían importantes alteraciones en la estructura económica y laboral de nuestra sociedad. Pues a la larga la producción automovilística ocuparía a menos personas, aunque se incrementaría el número de los trabajadores dedicados a su reparación y mantenimiento.

Mientras asistimos a una incesante ampliación de la infraestructura viaria debido a un creciente aumento del tráfico, en muchas ciudades no contamos con una oferta razonable de medios de transporte públicos. Incluso admitiendo que el vehículo privado constituyese en el tráfico de cercanías el medio de transporte ideal —que no lo es—, no podemos sacrificar nuestros objetivos políticos más altos en aras del tráfico de vehículos particulares.

Por lo tanto, hay que elaborar un sistema viario que haga más habitables las ciudades,

(1) Franz Steinkühler en el Foro del SPD sobre *Uso racional del coche*, 30.04.1992 en Bad Godesberg. Citado según *Der Gewerkschafter*, 40,1992, p.32-33.

***Debemos apartarnos
de la modalidad de producción de
usar y tirar y producir objetos de
larga vida.***

donde las personas respiren un aire limpio y tengan la posibilidad de moverse libre y cómodamente. También hay consenso en cuanto a que ya no es necesario construir calles a toda costa, y a conceder primacía a la calidad de vida y de la vivienda por encima del tráfico automovilístico.

Pero no es posible transformar de la noche a la mañana las estructuras de asentamiento y tráfico que se planificaron con criterios menos favorables al hombre y a la naturaleza que los que hoy defendemos, es decir, instaurar un sistema que permita un tráfico menos ruidoso que sea asimismo eficaz, ni siquiera con unos recursos económicos altos.

El SPD exige una planificación espacial y regional basada en criterios moderados en cuanto al tráfico, y, por el momento, se propone:

—eliminar las distorsiones que crea la competencia entre las diversas modalidades de transporte y las ventajas de que gozan en este marco las empresas extranjeras, mediante un reparto más justo de los costes totales —también externos— de acuerdo con el principio de que el que contamina paga;

—dar prioridad a la vía ferroviaria, relegada durante muchos decenios, frente a la construcción de nuevas carreteras, y desarrollar un plan de infraestructura viaria que englobe todas las vías de transporte;

—aplicar la ley (limitación de la velocidad; prescripciones sobre seguridad y cuan-

***La industria tendrá
que invertir más en la producción
de vehículos de bajo
consumo.***

tía de emisiones a largo plazo para la industria; favorecimiento del transporte público de cercanías).

Crecimiento cualitativo y política tributaria

Hace tiempo que la política tributaria no tiene por único objetivo la recaudación. Casi siempre persigue también fines no fiscales, como el ahorro de energía, el fomento de la familia, la construcción, o la inversión, así como el apoyo a la protección medioambiental. Ambos fines —el fiscal, mediante unos impuestos sencillos y sistemáticos, así como los que se refieren a la protección de la familia y del medio ambiente— pueden ir de la mano. Lo prueba el ejemplo del impuesto sobre los aceites minerales.

Si se gravan la gasolina, la gasolina Diesel y el gasóleo, se introduce un impuesto sobre el gas natural y se utilizan los ingresos adicionales para reforzar los servicios del transporte público, éste tendrá la oportunidad de atraer mayores recaudaciones con una dotación asimismo mayor. Estoy totalmente de acuerdo con Ernst Ulrich von Weizsäcker cuando escribe:

«Hay que adoptar sin dilación medidas que garanticen la protección de los bosques y del clima; de otro modo nos encontraremos con unas pérdidas y una destrucción catastróficas que superarán con mucho cualquier destrucción ocasionada hasta hoy por

el hombre ... El progreso técnico, la modernización y el cambio de estructuras se asociaron en el pasado ... casi exclusivamente ... al aumento de la productividad industrial ... Pero, ¿cómo es posible que durante 150 años únicamente se haya desarrollado la productividad industrial, y no la productividad energética? Ello depende fundamentalmente del precio. El único periodo de la historia en que la productividad energética creció de un modo reseñable es el que va de 1974 a 1993, durante el cual los precios de la energía supusieron casi en todas partes el doble de su importe antes y después ...

Mediante el incremento de los precios de los carburantes podríamos reducir a la larga el consumo per cápita en un factor 3 adicional. Ya se han construido vehículos que muestran una eficiencia energética tres veces mayor que la actual, y mediante el desplazamiento del tráfico de la carretera a la vía férrea y a rutas marítimas podríamos, si se mantiene el nivel de progreso técnico actual, reducir aún más el consumo de carburante sin padecer una pérdida sustancial de confort.» (2)

La política podría avanzar en este punto de un modo más enérgico y consecuente sin tener que temer reacciones negativas por parte del electorado; a fin de cuentas, grandes sectores de la población aceptan ya resignados que: «conducir un coche llegará a ser más incómodo, más caro y aún más punible. Como consecuencia de ello la sociedad ya ha cambiado de parecer con respecto al vehículo a motor, según se desprende de numerosas encuestas. Los ciudadanos reconocen los efectos perniciosos de los gases de emisión y la compartimentación del paisaje. Los atascos van conformando un clima de desánimo. Y la mayoría ya no se opone a

(2) «Ökologischer Strukturwandel als Antwort auf den Treibhauseffekt», en «Aus Politik und Zeitgeschichte», suplemento de *Das Parlament*, 10.4.1992, pp.33-38.

la limitación de la velocidad en las autopistas, limitación que ya se aplica en las ciudades y en las vías comarcales; también desean que se prohíba circular en el centro de las ciudades.» (3)

No sólo es erróneo desde un punto de vista ecológico, sino también desde el económico, abaratar artificialmente los precios de la energía por decreto o bien por medio de exenciones fiscales —como ocurre por ejemplo con los aceites minerales en la agricultura, o con el combustible utilizado en la navegación aérea—, porque de este modo no se incita al ahorro y las inversiones que fomenten el ahorro energético no se verán compensadas.

Si lo hacemos bien, la economía avanzará, gracias al control de los precios, hacia una nueva calidad de crecimiento que proteja el medio ambiente y administre correctamente los recursos naturales no renovables. El peso se traslada entonces del consumo y el agotamiento material hacia la mejora de las condiciones de la educación, del puesto de trabajo, creándose ciudades más habitables y un entorno más seguro y saludable.

El incremento de los precios de la energía, las materias primas y el medio ambiente ofrecen simultáneamente la posibilidad de crear nuevos valores. Entonces sí merecerá la pena,

—aislar mejor las viviendas,

—aprovechar fuentes energéticas naturales como el sol y el viento,

—desarrollar nuevas técnicas y sistemas que permitan un uso más racional de la energía, vehículos que requieran un menor consumo y respeten el medio ambiente, métodos para la recuperación de basuras, y

—retomar la fabricación de bienes de larga duración y susceptibles de ser reparados.

Si no tenemos cuidado, la exigencia de utilizar los impuestos como el instrumento básico de una política ecologista y la necesidad de simplificar el sistema entrarán en conflicto. Las rebajas fiscales y las ayudas a la investigación para quienes ahorran energía y la utilizan de un modo racional, para la protección medioambiental y para el fomento de una existencia de clase media, para el apoyo de la investigación y el desarrollo requieren las correspondientes disposiciones legales.

Éstas deberían simplificarse en lo posible. Pero es cierto que, a pesar de todo —y junto con otras disposiciones— conforman un sistema que, a pesar de que fundamentalmente persigue objetivos razonables y útiles para el bien común, provoca cada vez más reservas e irritación a causa de su complejidad. La incomprensión va ganando terreno, y el disgusto frente a los impuestos puede azuzarse, a pesar de los esfuerzos por hacerse comprender de todo un ramo profesional de asesores y un orden jurisdiccional propio.

Si no queremos avasallar continuamente a los gestores, asesores fiscales y contribuyentes con un torrente de nuevas prescripciones, deberíamos aplicar los impuestos como instrumento de encauzamiento, aunque con moderación. Verdaderamente, ya hoy resultan innecesariamente complejos. Todo el que haya hojeado alguna vez los párrafos del impuesto sobre la renta —por no citar más que un ejemplo—, que en ocasiones abarcan varias páginas, lo entenderá.

***Es erróneo abaratar
artificialmente los precios
de la energía porque
no se incita al
ahorro.***

(3) «Der Platow-Brief», 5.4.1992.

Deberá dejarse convencer por los especialistas de que no podría ser de otro modo, en interés de la justicia, a causa de la multiplicidad de circunstancias, así como por la presión de los diversos intereses que afectan al legislador. La variedad de las circunstancias económicas y sociales de nuestra vida cotidiana, así como la exigencia de una mayor justicia e igualdad social, nos imponen un cierto grado de diferenciación y también de complejidad.

Todas las fuerzas políticas han colaborado a crear esta jungla de leyes fiscales, decretos y práctica tributaria. Nadie ha logrado hasta la fecha simplificar el complejísimo y cada vez más retorcido juego que mantienen la jurisprudencia impositiva, los decretos administrativos y las provisiones particulares. La inventiva y habilidad de los especialistas del ramo para encontrar huecos en la legislación nos obligan a veces a enmendar modelos recién inventados con disposiciones igualmente complejas.

En cualquier caso, sólo se podrá simplificar lentamente. El cuidado que requieren cuestiones como

- el gravamen equitativo y socialmente justo de todos los ciudadanos según su capacidad de rendimiento,
- el erario público,
- el reparto de los ingresos tributarios entre Estado, *Länder* y comunidades,
- el derecho internacional, en particular el europeo,
- la necesidad de diseñar un procedimiento de recaudación masiva no excesiva-

***Es necesario
acabar con la idea de
que la técnica responde
a leyes propias
incontrolables.***

mente costoso, limita la capacidad de movimiento del legislador y le obliga a acometer su tarea paso a paso.

Pero, en nuestro complejo sistema económico y social, en un Estado que posee unos tribunales preocupados por actuar con la mayor justicia en cada caso particular, no podemos primar un sistema impositivo únicamente por su simplicidad. El mero esfuerzo de hacer más justas las leyes impositivas y más aplicables al caso particular ha complicado aún más el sistema. No será fácil depurarlo sin que pierda algo de su carácter social y manteniendo un sano equilibrio entre racionalidad, justicia y simplicidad. Sólo en algún caso excepcional insoslayable abogaríamos por introducir nuevos gravámenes o impuestos. Quien quiera simplificar el sistema impositivo deberá resistirse primeramente a introducir nuevas complicaciones.

También es cierto que la legislación tributaria ha de ser revisada y simplificada incessantemente. Pero resultaría excesivamente primitivo aplicar a todo el mismo rasero. Por otra parte, la justicia —también la que se ve reflejada en párrafos— vale bien poco si la norma favorecedora sólo puede hallarse en una intrincada maraña de decretos con la ayuda de un destacamento especializado de búsqueda y captura. Nuestro Estado debería ser una colectividad que se haga entender por todos. Para ello se requieren leyes e impresos comprensibles, así como funcionarios dispuestos a colaborar, y una clara voluntad de contar con una Administración preocupada por los problemas del ciudadano.

El progreso técnico es controlable

Una de las facetas negativas del crecimiento industrial son los efectos colaterales inevitables de la técnica. Las formas de aprovechamiento y presentación de las in-

novaciones tecnológicas vienen determinadas por la necesidad de asegurar una rentabilidad empresarial y económica bajo las condiciones de libre competencia y por la presión, derivada de ésta, de incrementar el volumen de negocios, reducir los gastos de explotación y dejar de lado las aportaciones para fines sociales.

La pregunta política decisiva, es, sin embargo, si el desarrollo técnico e industrial puede encauzarse en interés de la humanidad o si posee una dinámica propia cuyo rumbo no somos capaces de alterar. Los gremios elegidos por el pueblo nunca han podido determinar el uso de las innovaciones tecnológicas. Dichas decisiones se tomaban generalmente a espaldas de la opinión pública.

Por ello está muy extendida la falsa imagen de que en realidad sólo hay una técnica, que —invariablemente— se rige por datos objetivos. Sin duda el progreso no se planifica exclusivamente en el tablero, también hay un progreso científico y técnico internacional sobre el que no ejercemos prácticamente ninguna influencia y que no se detiene ante nuestras fronteras.

Pero es necesario acabar con la paralizadora idea de que la técnica responde a una serie de leyes propias incontrolables, que se erige en una especie de Moloch imparable que engulle todo lo que encuentra a su paso. El progreso técnico no es responsable de las consecuencias de su aplicación, sino nuestras propias decisiones sobre su uso.

Está en nuestras manos decidir lo que queremos fomentar o restringir: si por ejemplo queremos aprovechar nuestros conocimientos sobre los ciclos de la naturaleza, si deseamos expoliarla más rápidamente o bien conservar o recuperar su capacidad regenerativa. Es evidente que sin un encauzamiento consciente del progreso tecnológico ni humanizaremos el mundo laboral ni ga-

rantizaremos la competitividad de la economía alemana; sin él no surgirán tecnologías con un uso intensivo del trabajo para los países en vías de desarrollo, ni se producirán cambios de rumbo hacia un crecimiento más ecológico.

Mediante el consumo creciente de fuentes energéticas y de materias primas que en su momento fueron baratas comprobamos cuáles eran los límites de los recursos naturales de la Tierra. Pero la crítica no debe dirigirse únicamente contra el expolio indiscriminado de semejantes reservas, sino también contra aquellos que suministran las herramientas científicas pertinentes. Lentamente la opinión pública reconoce que el progreso técnico no se determina a sí mismo, sino que su control depende de decisiones humanas, y que por ello constituye una tarea política que presupone la formación de una voluntad social acerca de la dirección que ha de tomar la evolución tecnológica.

Para asegurar un uso de la energía que nos permita alcanzar un nivel más alto de vida necesitamos nuevas formas de obtención de energía —ante todo para el aprovechamiento de la energía solar— y modos de consumirla racionalmente; para utilizar con mayor moderación las materias primas y devolver materiales usados a la cadena de producción habremos de elaborar nuevas técnicas de obtención, transformación y reelaboración de las mismas; para proteger al medioambiente de las emisiones necesitamos técnicas más *verdes*.

***Es demagógico
afirmar que sólo
el mercado
impulsa el desarrollo
tecnológico.***

***Hay que elaborar
un sistema viario que
haga más habitables
las ciudades.***

Las tecnologías se evalúan diariamente con raseros muy distintos. Los empresarios tratan de desarrollar productos y procedimientos; los consumidores sopesan la utilidad de los bienes y servicios ofertados. Los organismos estatales tratan de valorar las consecuencias ecológicas de la producción industrial —también de la producción agrícola—, de los servicios de transporte de personas y mercancías, de los sistemas energéticos y de la retirada de basuras, y toman decisiones que a veces resultan de gran importancia para el rumbo de la investigación tecnológica.

¿Por qué, por ejemplo, retuvo la industria aérea americana el monopolio en este campo? ¿Gracias a las sumas que invertía la flota aérea americana en investigación, desarrollo y suministro! ¿Por qué el «Airbus» europeo resulta medianamente competitivo? ¿A causa del apoyo estatal! Resulta demagógico afirmar que sólo el mercado suscita el progreso tecnológico. A excepción de muy pocos —aunque reseñables— descubrimientos, casi ninguna invención de los últimos tres o cuatro decenios ha podido financiarse con capital privado. En este tiempo han sido más bien la guerra y el armamentismo los principales impulsores de la técnica en muchos ámbitos.

En la historia de la humanidad los militares también han impulsado el progreso tecnológico en otros ámbitos.

Podríamos enumerar algunos ejemplos de la interrelación entre los intereses militares y el progreso tecnológico:

—Galileo, a quien la marina veneciana costeó el desarrollo de sus catalejos,

—la primera producción en masa de fusiles con piezas recambiables, financiada por el ejército norteamericano,

—la energía atómica, los ordenadores, el control remoto, el incesante flujo de descubrimientos en los ámbitos de los viajes espaciales, la fabricación de cohetes y la tecnología del láser, así como

—importantes aportaciones a la microelectrónica.

Particularmente importante ha sido el fomento estatal de la tecnología espacial. Esta «requiere esfuerzos de investigación en muchos campos, como por ejemplo la química de los carburantes, las emisiones de onda corta, la aerodinámica de ultrasonido, los métodos de conformación mecánica, y la combinación de los resultados de todas estas investigaciones para su integración en un sistema óptimo. Los proyectos de la industria aeroespacial están vinculados de múltiples maneras al resto de la industria metalúrgica. Las experiencias de gestores, investigadores, ingenieros, técnicos y especialistas en los proyectos de desarrollo que el Estado financia con generosidad en materia de creación de nuevos carburantes y fuentes de energía, sistemas de dirección automatizados y bases de lanzamiento, metalurgia aplicada a los cohetes espaciales y su instrumentación, teoría del frío, la transmisión del calor, cabezas nucleares, radioreceptores, y el desarrollo de procedimientos de control, mantenimiento y reparación benefician de forma directa al conjunto de la industria metalúrgica.» (4)

Deberíamos prescindir de estos rodeos, siempre costosísimos, por los vericuetos de la tecnología bélica con su incierta utilidad para su aprovechamiento civil y encauzar el desarrollo tecnológico directa y consciente-

(4) Hans Matthöfer, «Raketentechnik in den USA», *Metall Dienst*, Francfort del Meno, Mayo 1958.

mente hacia la mejora de la vida humana. En un tiempo relativamente corto conseguimos volar a la Luna o mantener estaciones orbitales tripuladas circulando durante meses en torno a la Tierra, sólo porque dos Estados se creían en la obligación de centrar sus posibilidades científicas y tecnológicas en estos objetivos y, además, invertir mucho dinero en el desarrollo de nuevas tecnologías armamentísticas. ¿Por qué no habríamos de poder diseñar, entonces, con un esfuerzo similar, el aprovechamiento de la energía solar?

También es cierto que, tras la quiebra del sistema soviético, la envergadura de los aparatos militares creados tanto en el Este como en Occidente exige unos gastos militares demasiado altos. Pero ya es hora de dedicar gran parte de estos recursos a impulsar la tecnología civil y a proporcionar a esos dos tercios de la humanidad que aún viven en la mayor pobreza unas condiciones de vida dignas.

En una época en que se contaminan en un grado cada vez mayor suelos, aire, agua

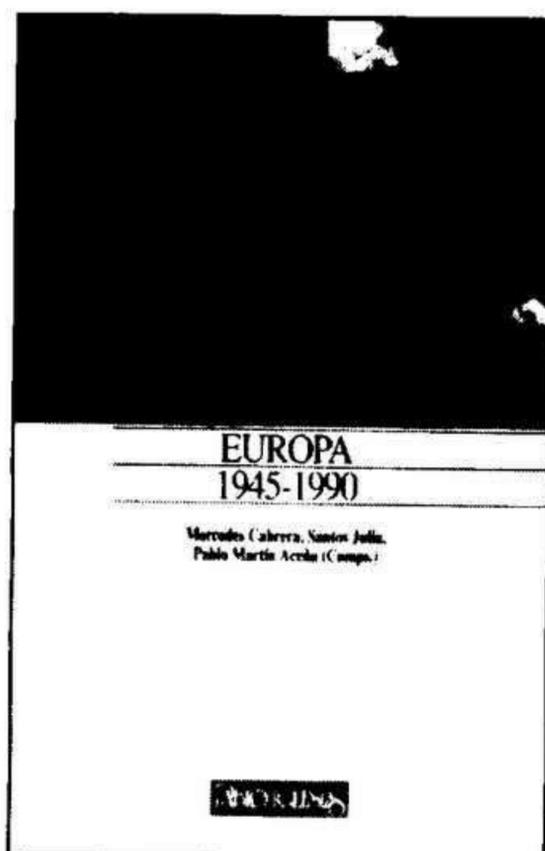
y mares, en una era en que el traspaso de la tecnología creada por los países industriales a los países en vías de desarrollo parece inviable por las consecuencias catastróficas que ello acarrearía, y en que el vertiginoso avance tecnológico parece desembocar en todo el mundo en un índice de desempleo masivo, resulta inevitable conceder la mayor importancia a la cuestión del control tecnológico. Pero sólo podremos encauzar la técnica de un modo socialmente responsable si contamos y proporcionamos los instrumentos y recursos económicos necesarios. Es imprescindible que esto ocurra —lo subrayo de nuevo con insistencia— en el caso del aprovechamiento de la energía solar. Que ello es posible lo prueba de forma contundente Hermann Scheer en su libro «*Estrategia solar*».

Este artículo forma parte del libro de Hans Matthöfer, Agenda 2000, Verlag J. H. W. Dietz Nachf, Bonn 1993.

Traducción de Cristina García Ohlrich

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS



EUROPA 1945-1990

**Mercedes Cabrera, Santos Juliá, Pablo Martín Aceña (Comps.).
Giuseppe Mammarella, Florentino Portero,
Alan Milward, Francisco Comín, Manuel Azcárate, Luis Arranz,
Vera Zamagni, Pablo Martín Aceña, Juan Velarde,
Ludolfo Paramio, Alec Nove, Carmen Claudín,
Alexander Tsipko, Angel Rojo**

198 págs.

2.000 ptas. (IVA)

Tras la Segunda Guerra Mundial, Europa logró alcanzar la estabilidad que fue incapaz de conseguir en la primera posguerra. Dicha estabilidad la consiguió, sin embargo, a costa de la división de la sociedad europea en dos modelos económicos y políticos absolutamente dispares, y de la pérdida definitiva de la hegemonía del continente en favor de las dos superpotencias. En este libro se pretenden mostrar los procesos que definieron dicha estabilidad, reuniendo para ello a los mejores especialistas en distintos temas.

Pedidos:

Monte Esquinza, 30 - 2.º dcha.

Teléfs.: 310 46 96 y 310 47 98

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal**

PERU E ITALIA: Partitocracias en crisis

Luis E. GONZALEZ MANRIQUE

Los secretarios generales de Naciones Unidas adquieren, por obvias razones, un prestigio que repercute directamente en su influencia política en sus países de origen. Trygve Lie, Dag Hammarskjöld, U Thant, Kurt Waldheim y Butros Ghali tuvieron una intensa vida pública antes o después de ocupar el cargo.

Con esos antecedentes era previsible que el diplomático peruano Pérez de Cuéllar surgiera como una figura potencialmente presidenciable, sobre todo desde que el autogolpe de Fujimori —5 de abril de 1992— polarizara al país entre sus partidarios y opositores, abriendo un espacio político para una personalidad de consenso.

Como sucedió con Mario Vargas Llosa en la campaña de 1990, su protagonismo

internacional le otorgaba un capital político personal que le podría permitir negociar en situación de ventaja con fuerzas políticas establecidas que se verían —una vez más— subordinadas a las iniciativas de un independiente. Desde 1992, Pérez de Cuéllar utilizó con pericia silencios y declaraciones para sondear las posibilidades de conformar una plataforma en la que convergiera la fragmentada oposición al oficialismo.

El tiempo, sin embargo, jugaba a favor de Fujimori: los resultados del cuarto año de su gobierno —un 12,5% de crecimiento del PIB en el primer semestre de 1994, 7% en 1993, una inflación anual de un porcentaje similar y 4 mil millones de dólares de inversiones extranjeras— fortalecían las aspiraciones reeleccionistas de Fujimori a pesar de los rasgos autoritarios del régimen. La eliminación de la amenaza subversiva y una activa campaña de gastos en infraestructura educativa y sanitaria a través de un organismo creado bajo el modelo del Proyecto de Solidaridad Nacional mexicano, se sumaban para configurar un escenario favorable a sus intenciones.

Después de al menos tres décadas de administraciones fracasadas o derrocadas por golpes militares, el bipartidismo hoy emergente ha producido una incipiente estabilidad del sistema político, después de que el maremoto electoral de 1990 y el golpe de 1992 dejaran en la irrelevancia a los partidos hegemónicos durante la mayor parte del siglo. Un fenómeno que guarda paralelismos con el colapso de la «partitocracia» italiana. No parece casual que en ambos países se haya utilizado ese concepto con similares contenidos e intencionalidad política.

La distancia de Fujimori —40-44%— y Pérez de Cuéllar —32-35%—, según las encuestas más fiables, sobre los demás candidatos parece insalvable: todos sus partidos y agrupaciones suman conjuntamente un 10% de la intención de voto. De producirse una

***El bipartidismo
hoy emergente
en Perú ha estabilizado
el sistema
político.***

segunda vuelta, el cálculo opositor prevé que Fujimori, carente de aliados, será esta vez víctima de una conjunción de votos similar a la que le dio la victoria sobre el novelista en 1990.

El contexto en el que se enfrentan tiene pocos precedentes internacionales: el hundimiento de los partidos ha introducido una serie de variables atípicas, entre ellas la posibilidad —o necesidad, según se vea— de prescindir de estructuras partidarias, denominaciones ideológicas o de identificación explícita con una clase o sector social. Su crisis ha creado un espacio autónomo que empuja a ambos candidatos a sintonizar con la aparición de vastos e inarticulados movimientos sociales y grupos independientes que anticipan y provocan la renovación de los partidos. O con similar probabilidad, la creación de nuevas organizaciones políticas cuya configuración definitiva está en proceso de formulación.

Pérez de Cuéllar ha subrayado su independencia evitando alianzas con los partidos y declarando que no considera que izquierda o derecha sean referencias significativas en la coyuntura actual. Ha bautizado a su agrupación Unión por el Perú que, como todas las nuevas fuerzas políticas —Cambio 90-Nueva Mayoría, País Posible, Armonía Siglo XXI, Obras, etcétera— carece de referencias ideológicas.

Las propuestas económicas del ex secretario general de la ONU plantean la continuación de la política liberal con correcciones de corte socialdemócrata: un discurso dirigido a un universo electoral básicamente idéntico al de la base social de fujimorismo. Los partidos tradicionales presentarán candidatos y listas parlamentarias propias y se aglutinarán, de producirse una segunda vuelta, en torno a la candidatura más votada de la oposición, con toda probabilidad la del diplomático.

Cualquiera que sea el ganador, los cambios en los paradigmas políticos predominantes en el Estado nacional-populista, mecanismo de sostén y articulación de clientelas sociales organizadas en entidades políticas y económicas corporativas, han afectado de modo corrosivo al sistema de partidos. El hecho que dos personajes ajenos a él sean las únicas figuras con posibilidades de ganar las elecciones, habla elocuentemente sobre el sentido del proceso, comparable a otros casos internacionales donde la participación política no convencional —«neo populista» (Habermas) o «antipolítica» (S. Berger)— no ha ido creciendo simplemente como un mero hecho, sino que se ha ido reconociendo ampliamente como legítima (o defendible moralmente) pese a la ausencia de instituciones capaces de acomodar su potencial.

Fin de régimen

El sociólogo y eurodiputado italiano Gianni Baget-Bozzo cree que el entierro sin exequias de la I República supone una revolución que ha abolido un sistema dominado por las cúpulas política, burocrática, industrial, financiera y eclesiástica. La descomposición interna del poder deterioró el poder, pero también su cultura y lenguaje: «La nueva legalidad está asociada al pragmatismo y no a la ideología. El catolicismo político, el socialismo y el comunismo, como referentes doctrinarios, perdieron sentido y significado. La nueva clase política no enarbola los moralismos políticos que solían encubrir la inmoralidad de los hechos» (1).

En ese esquema, la *tangente* no era un subproducto del sistema sino un engranaje central: nacía del reparto de prebendas y

La «tangente» no era un subproducto del sistema político italiano sino un engranaje central.

privilegios entre las cúpulas partidarias y sus clientes de puestos y negocios en empresas y organismos estatales. Antonio Martino, ministro de Asuntos Exteriores de Berlusconi y ex presidente de la Mont Pelerin Society —el club de economistas fundado por Frederik von Hayek en 1946— diseñó el programa de privatización y desregulación de Forza Italia para desmontar las causas estructurales de la *tangente*.

Con él, la escuela de Viena —Hardberger, Hayek, Popper— ha puesto una pica en Roma, una ofensiva iniciada en América Latina desde los primeros años del gobierno de Pinochet: el pensamiento económico de Friedman, mentor ideológico de los *Chicago Boys* chilenos, provenía de ella. Von Hayek insistía en que las leyes individualistas, origen según él de las democracias liberales, consistían en gran medida en hacer posible la existencia de asociaciones voluntarias, opuestas a las organizaciones coactivas del corporativismo.

Es en este punto donde convergen los procesos políticos italiano y latinoamericanos: la ley del mercado se adopta como instrumento de limpieza del corporativismo populista, aunque la superación de una política estatal calificada de hipertrofiada constituya en sí misma una hipertrofia de la política, entendida como intervención masiva de la autoridad política en la desregulación económica. En palabras de Claus Offe, en la medida que la política pública afecta a los ciudadanos de manera más directa y visible,

(1) Gianni Baget Bozzo, «La Derrota del Moralismo», *El País*, 7 de abril de 1994.

En Italia y en Perú, la ley de mercado se adopta como instrumento de limpieza del corporativismo populista.

los ciudadanos tratan por su parte de lograr un control más inmediato y amplio sobre élites políticas, poniendo en acción medios a veces incompatibles con el mantenimiento del orden institucional.

Este proceso produce una erosión de la autoridad política. El remedio, sostienen teóricos como Huntington, es tomar medidas que liberen a la economía de una intervención política excesiva, inmunizando a la élite política a las presiones ciudadanas. La eliminación de la agenda de los gobiernos de esferas definidas como «exteriores» a lo político, plantea una redefinición restrictiva de la política, cuyos contrapesos —el mercado, la familia, la ciencia—, reprivaticen los conflictos que excedan la capacidad de control de la autoridad política.

Según Baget Bozzo, Italia se alinea en este proyecto con las revoluciones de Europa oriental, tanto por el modelo económico como por la disolución de la *nomenklatura*. Paolo Flores d'Arcais coincide con Rossana Rossanda en un símil más cercano a los propósitos de este ensayo: el craxismo-andreottismo representaba una «variante edulcorada del peronismo, del populismo demagógico antiliberal, adaptado a una sociedad más rica y opulenta» (2). De acuerdo con su análisis, el Partido Democrático de la Izquierda (PDI) de Ochetto, ex comunista, aparecía homologado a la

(2) Paolo Flores D'Arcais. «El Círculo Vicioso». Suplemento Temas de Nuestra Época. *El País*, Madrid, 25 de marzo, 1994.

hegemonía política democristiana y socialista porque el sistema hacía al PCI responsable de las decisiones gubernamentales: una democracia de consorcio en la que la izquierda preservaba la hegemonía cultural.

Berlusconi, en una astuta maniobra táctica, reconstruyó su virginidad política, maculada por sus oscuras relaciones con el craxismo, aliándose con la Liga del Norte de Umberto Bossi, la única fuerza que se opuso frontalmente al régimen, y subrayando su imagen de empresario «no político», presentándose así como única alternativa al «estatalismo» de la izquierda y al catolicismo político de la DC. La alianza con el neofascismo de Fini quedaba con ello despojada de sus aristas más amenazadoras.

Populismo y corporativismo

La utilización del término «peronismo» en la politología italiana no parece obedecer sólo a una referencia a los vínculos establecidos entre Italia y Argentina como consecuencia de la inmigración, sino además a un viejo parentesco político originado por la prolongación del Estado neomedieval español en sus colonias americanas. El catolicismo, hasta el Concilio Vaticano II, sostuvo un arraigado antiliberalismo que tuvo una expresión particularmente virulenta en los regímenes de Mussolini, Franco, Petain y Salazar.

Gino Arias y Alfredo Rocco, teóricos del fascismo italiano, mantuvieron que su doctrina política era la realización moderna del «corporativismo medieval, verdad eterna del pensamiento católico y latino (...) en la filosofía de Santo Tomás de Aquino y el neotomismo de Francisco de Suárez (...) la armonía gremial constituía el maravilloso sistema de organizar al proletariado», destruido por la reforma protes-

tante, la revolución francesa, el liberalismo y el marxismo (3).

El fascismo pretendió haber implantado una nueva organización económica, un sistema basado en las corporaciones fascistas que rescataban los gremios medievales y armonizaban los intereses de trabajadores y patronos en un común esfuerzo productivo. Ese argumento apelaba al nacionalismo latino al asegurar que correspondía a un modelo autóctono que trascendía el liberalismo y el socialismo para crear una nueva síntesis.

La «tercera vía» tuvo un especial atractivo para los católicos a raíz de la encíclica *Quadragesimo Anno* de Pío XI (1931), que estimulaba el resurgimiento del pensamiento corporativista católico. Las leyes laborales, de 1926 y 1927, construcción jurídica de Alfredo Rocco, oficializaron el control estatal de los sindicatos: un tipo de neomercantilismo, mezcla de Colbert y Saint Simon, en el que las empresas estarían subordinadas al Estado, lo que asestaría un «golpe mortal a la concepción liberal de la propiedad» y supondría la fusión gradual de capital y trabajo.

Según Eli Hecksher, durante el mercantilismo «la desobediencia ante la ley, la arbitrariedad, la impunidad en la violación de las leyes vigentes, el contrabando y el fraude florecieron bajo un poder público demasiado absorbente y en tiempos en que las normas cambiaban continuamente, y con ellas las ingerencias en la marcha de la vida económica» (4).

Durante los años treinta y cuarenta, el pensamiento político latinoamericano —ci-

vil y militar— fue fuertemente influido por los corporativismos europeos, entre otros factores por las misiones militares francesas, prusianas, españolas e italianas. Cada país de la región —el México de herencia cardenista, Getulio Vargas en Brasil, Perón en Argentina, el APRA en Perú, Acción Democrática en Venezuela, el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia, etcétera— experimentó diversos tipos de populismo que compartían un rasgo: el punto de apoyo de sus reformas sería el Estado, utilizado para cumplir objetivos de integración nacional, desarrollo y justicia social. En términos económicos produciría un neomercantilismo, o lo que algunos llamarían capitalismo de Estado.

El predominio del modelo nacional-populista obedecía a una noción patrimonialista del Estado. A diferencia de una soberanía que presupone una racionalidad normativa, la dominación patrimonial deriva de la tradición, de la creencia en la inviolabilidad de lo que existe desde tiempo inmemorial. Richard Morse, autor de un ensayo clásico sobre América Latina, argumentaba que el dominio patrimonial otorgaba prebendas como una recompensa a los servicios, no como atributo del oficio que se ejercía. Esa estructura de poder perpetuó una sociedad jerárquica en la cual la movilidad social estaba restringida y era por ello extraña a la meritocracia burguesa del éxito económico en un mercado abierto.

Guillermo O'Donnell, en un estudio comparativo de siete populismos latinoameri-

***El predominio del modelo
nacional-populista
obedecía a
una noción patrimonialista
del Estado.***

(3) G. Tannenbaum, *La experiencia fascista: sociedad y cultura en Italia (1922-1945)*. Alianza, Madrid, 1982.

(4) Eli Hecksher, *El mercantilismo*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1974.

***El cacique aparece
como mediador
entre la población local
y la estructura
nacional.***

canos concluye que el carácter esencial de sus políticas internas consistía en las interacciones entre agencias gubernamentales, corporaciones privadas, élites económicas y burocracias que impedían una participación pluralista: la representación de intereses era monopolizada por organizaciones oficialmente sancionadas y no competitivas supervisadas por el partido de Estado (5).

El ciudadano poseedor de derechos individuales dejaba de existir en beneficio de una entidad subordinada a un Estado paternalista. Una consecuencia de ello fue la proliferación de un nuevo actor social: el político especializado en la manipulación de los beneficios privados y el clientelismo. El cacique aparece como mediador que pone en relación a la población local con la estructura nacional a través de marcos institucionales que Wiarda cree prolongación de un autoritarismo secular: «un patrón histórico de organización cultural y política —elitista, jerárquica, corporativa, y patrimonialista— presente virtualmente en todos los sistemas ibérico-latinos». En cierto modo, escribe, los sistemas corporativos podían considerarse un intento de formalizar, institucionalizar y controlar una estructura social naturalmente corporativa.

(5) Guillermo O'Donnell, «Autoritarismo en América Latina: estudio comparativo de siete países», en *Autoritarismo y Corporativismo en América Latina*. Editor James A. Malloy, The University of Pittsburgh Press, 1977.

Los resultados fueron partidos monolíticos, estados débiles, inestabilidad económica y dictaduras militares: la crisis engendrada por el fracaso de los populismos civiles produjo la intervención militar como corporación institucional que, en alianza con una tecnocracia civil, buscó resolver la crisis mediante la desmovilización coactiva y el restablecimiento del poder regulador del Estado sobre las organizaciones corporativas. Huntington llama a ese orden una «sociedad pretoriana», consecuencia de niveles de movilización social que han ido más allá de la capacidad de control de las instituciones políticas.

El Estado nacional-populista peruano

El caso peruano ilustra un claro predominio de partidos y políticas populistas, alternativamente de izquierda o derecha, civiles y militares, con un sustrato ideológico que se remontaba a dos de los más importantes pensadores políticos del siglo XX latinoamericano: Haya de la Torre, fundador del APRA, y José Carlos Mariátegui, fundador del Partido Socialista. Ambos extendieron su radio de influencia ideológica en el seno de la organización de sus principales adversarios desde la década de los treinta: el cuerpo militar.

El carácter antioligárquico, antiimperialista e igualitario de sus programas se plasmó en curioso mimetismo con la política del general Velasco Alvarado (1968-1975) cuya herencia se prolongaría casi intacta hasta que la campaña electoral de 1990 demoliera sus bases doctrinarias con el discurso liberal enunciado por Mario Vargas Llosa y puesto en práctica por Alberto Fujimori.

La paradoja del Estado nacional-populista es un marco aparentemente pacífico creado por un gobierno integrador y conciliador de las tensiones sociales, pero en cuyo seno

subsisten formas brutales de explotación, el desarraigo de millones de emigrantes y reacciones violentas de quienes se ven desposeídos de propiedad o trabajo.

En términos del sociólogo Julio Cotler, los partidos peruanos eran la imagen ideal de propiedades señoriales: «cuando la ciudadanía pudo elegir un gobierno no fue un partido sino más bien una red de nuevas clientelas personales lo que llegó al poder. Las bases sociales que se creyeron representadas por el nuevo gobierno se vieron periódicamente traicionadas y sólo aquellos individuos o grupos capaces de acceder a los caudillos y sus círculos íntimos lograron beneficiarse efectivamente del cambio de gobierno» (6).

Pero, como recuerda Alain Touraine, la democracia no es un tipo de sociedad. Es sólo un régimen político: un sistema de negociaciones y de equilibrios parciales e inestables entre intereses opuestos o diferentes. El marco constitucional dejaba resquicios para el surgimiento de grupos organizados de manera autónoma, de modo que las instituciones correspondieran a intereses representables: la democracia es lo contrario a una sociedad de masas.

Cambio 90, la organización creada por Fujimori, lejos de ser un partido al uso, era una asociación de personas y sectores que representaban una clase ascendente y mestiza que reclamaba su cuota de ciudadanía efectiva, entendida como derecho de participación en las decisiones políticas por encima de las intermediaciones tradicionales. Las estructuras partidarias fueron despojadas de su autoridad; ya no se las consideró indispensables por el mero hecho de existir y de haber monopolizado el ejercicio del poder político.

(6) Julio Cotler, «Los partidos y la democracia en el Perú», en *Democracia, Sociedad y Gobierno en el Perú*, CEDYS, Lima, 1988.

La extensión del derecho al sufragio de la Constitución de 1979 propició la democratización de los instrumentos de participación. Para entonces, los partidos surgidos en los años treinta se habían transformado en burocracias que vivían de la función política marginando sectores emergentes que desconfiaban de los condicionamientos de los partidos como medio de acceso a la gestión del Estado.

Partitocracia y sistemas sustitutivos

El historiador italiano Indro Montanelli considera el predominio de este tipo de partidos como una perversión de la democracia. Baget Bozzo se muestra de acuerdo: el modelo de partido y de relaciones con las instituciones que adoptaron los partidos antifascistas de la posguerra italiana fue el mismo que el fascista. La cultura y las figuras políticas entre ambos regímenes se mantuvo a pesar de la discontinuidad institucional.

Fujimori, después de disolver el Congreso con el apoyo del Ejército, pronunció un discurso ante la asamblea de cancilleres de la OEA, reunida para tratar la crisis peruana, en el que expuso sus propias percepciones sobre el tema «partitocrático»: «En democracia los partidos forman candidatos, definen temas de preocupación nacional, alientan la participación ciudadana y educan al ciudadano (...) en el Perú se comportan como un oligopolio de la decisión política a pesar de que hoy no repre-

***Los partidos
peruanos eran
la imagen ideal
de propiedades
señoriales.***

El fenómeno Berlusconi obedece a la desaparición de bloques sociales homogéneos.

sentan más del 9%, produciendo un sistema legal que es fuente de corrupción, pues su principal finalidad es crear un reparto de privilegios entre grupos poderosos y legisladores».

Los cancilleres, muchos de ellos hombres de partido, aprobaron el cronograma propuesto por Fujimori para retornar a la institucionalidad con la convocatoria de un Congreso Constituyente. De una manera tácita se reconoció su argumento de que una democracia sólo puede subsistir demostrando su capacidad de combinar los intereses del Estado con los de los grupos sociales. Por otra parte, su política antiinflacionista se había traducido en un decidido apoyo político, como en la Argentina de Menem. Otro caso es igualmente revelador: el éxito del Plan Real catapultó a Enrique Cardoso a la presidencia brasileña cuando todo parecía asegurar la elección del sindicalista Lula da Silva.

Italia y el Perú presentaban crisis similares en un sentido muy preciso: desde su abundancia y precariedad respectivas compartían una tradición política de ejercicio del poder. La *tangentópolis* era la versión europea del peaje pagado por los poderes económicos para obtener prebendas del poder político.

Ambos países son, asimismo, casos anómalos en sus respectivos continentes: a pesar de los avances de movimientos de derechas en Austria, Italia, Francia y Bélgica, la mayoría de las democracias europeas con-

servan una sólida confianza en los partidos que articulan sus sociedades. Del mismo modo en Argentina, México, Brasil, Colombia o Chile siguen gobernando partidos de larga trayectoria si bien sometidos en los últimos años a un acelerado reciclaje de sus estructuras internas y propuestas económicas.

Sin embargo, el ascenso de *outsiders* como Morihiro Hosokawa en Japón y la alianza liberal-socialista del gobierno de Muruyama como reacción defensiva frente a las fuerzas antisistema y la irrupción de Ross Perot en la última campaña presidencial norteamericana, revelan que el fenómeno representa algo más que válvulas de escape. Como señala Eugenio Scalfari, director del diario romano *La Repubblica*, el fenómeno Berlusconi obedece a la desaparición progresiva de los bloques sociales homogéneos que se mantenían unidos gracias a una comunidad de intereses: los partidos ligados a ellos han entrado en decadencia por el cambio producido en las estructuras económicas y sociales.

La clase media ha perdido los puntos de referencia tradicionales que la ligaban a clases diferenciadas y contrapuestas. Sus modelos son más versátiles, unitarios y exentos de ideología. No parece casual que Berlusconi eligiera el nombre de Forza Italia para su movimiento, el lema con que los *tiffosis* alientan a su selección de fútbol.

Los nuevos líderes utilizan los medios de comunicación como mecanismos plebiscitarios. Un capitalismo autoritario y sin democracia es el tipo de tendencia que alarma a la *intelligentsia* italiana. John Naspitt, autor del libro *Global Paradox*, número uno en las listas de ventas de Alemania, Japón y EEUU, cree que la revolución electrónica ha convertido en obsoleta a la economía de escala tanto como a la democracia representativa: nadie se afilia a un partido, la abstención aumenta.

Los ámbitos de percepción de conflictos, de intereses, como los locales, partidarios o sindicales, están en acelerada decadencia: el sistema de representación directa, a través de votaciones focales por ordenador, como el propuesto por Ross Perot en un plebiscito permanente, lo ve Nasbitt a la vuelta de la esquina. Cada vez más ciudadanos tienen tanta información, recibida a través de la pantalla y los sondeos, como sus virtuales representantes.

Daniel Bell en *El advenimiento de la sociedad postindustrial* coincide en que la consecuencia de todo ello es que la red del poder se amplía y los procesos de decisión se hacen más complejos: «No cabe duda de que los modelos burocráticos de organizaciones centralizadas jerárquicamente serán reemplazados por nuevas formas de organización». De cualquier modo, las preguntas clásicas de la *polis* permanecen: ¿quién debería tomar, y a qué niveles de gobierno, qué tipo de decisiones y para una unidad social de qué amplitud? (7).

Baget sospecha que quizás la organización publicitaria sea la forma real de los partidos de mañana y que Berlusconi se haya adelantado a su tiempo. Su cadena publicitaria Publitalia hizo brotar en pocas semanas 13.000 clubes de Forza Italia cada uno con su sede y provistos de manifiestos, *pins*, banderines, camisetas, maletines y música del nuevo partido. Forza Italia no necesitó establecer relaciones con los medios: ella misma era un medio de comunicación.

El reino de la imagen sobre las ideas puede representar una nueva amenaza si quien lo controla es un poderoso consorcio de comunicaciones: un superpoder que puede muy bien, con una hábil apariencia

(7) Daniel Bell, *El advenimiento de la sociedad post-industrial*, Alianza Editorial, Madrid, 1990.

Los nuevos líderes utilizan los medios de comunicación como mecanismos plebiscitarios.

de neutralidad, manipular a la opinión pública. Del Gengis Khan con teléfono, como Churchill caracterizó a Hitler, se puede pasar a un caudillo con computadora interactiva: un líder plebiscitario que acentúa el componente carismático del liderazgo político, alterando las relaciones entre el Ejecutivo, el Parlamento y los ciudadanos.

Conclusiones

La crisis de participación creada por las demandas que un nuevo grupo hace al sistema trae consigo, casi siempre, una crisis de legitimidad del *establishment*. En la medida que surge de unas elecciones, la oligarquía partidaria se amplía pero no se convierte en una democracia: el poder, como apunta Maurice Duverger, lo ejercen los miembros, una minoría en relación con los votos que reciben en las elecciones generales. En la medida que requieren de sus militantes una adhesión más íntima, conforman sistemas completos y cerrados de explicación del mundo: Iglesias modernas que hacen de las luchas interpartidistas guerras de religión. La democracia no es amenazada por el régimen de partidos, sino por la orientación de sus estructuras interiores, por la naturaleza militar, religiosa o totalitaria que pueden revestir.

Duverger se muestra convencido de que en virtud de que todo gobierno es oligárquico por naturaleza, habría que reemplazar la fórmula del gobierno del pueblo por la del «gobierno del pueblo por una élite sa-

lida del pueblo»: «Un régimen sin partidos asegura la eternización de una oligarquía conservadora. Históricamente los partidos nacen cuando los sectores populares han comenzado a entrar realmente en la vida política: han formado el marco necesario que les permite reclutar en sí mismas a sus propias élites» (8).

En su libro *Los partidos políticos*, que lleva como subtítulo «Ensayo sobre las tendencias oligárquicas de las democracias», Robert Michels (1876-1936) apunta que la ley de bronce de las oligarquías no sólo descansa en la tendencia de los jefes a perpetuar y reforzar su autoridad, sino también —y quizás sobre todo— en la inercia natural de las sociedades, que ceden de muy buen grado sus derechos a una minoría de especialistas.

(8) Maurice Duverger, *Los partidos políticos*. Fondo de Cultura Económica, México D. F., 1950.

El portugués José Saramago, en unas reflexiones sobre la historia de una experiencia anabaptista colectivista en Münster, argumento de su novela *In Nomine Dei*, llega a conclusiones parecidas: «La enfermedad mortal de las democracias es la renuncia del ciudadano a participar (...) cuando el ciudadano vota, expresa de forma suprema su conciencia. Pero ese momento coincide paradójicamente con su renuncia a intervenir. Hay que buscar sistemas que permitan un ejercicio cotidiano de la ciudadanía» (9).

Ningún remedio es verdaderamente eficaz contra la oligarquía, concluye Michels, pero la lucha contra la oligarquía no implica confianza en su eficacia: siempre surgirán nuevos oponentes a la oligarquía en nombre de la democracia. «Y este juego cruel, probablemente nunca tendrá término».

(9) Entrevista de Francesc Valls a José Saramago, *El País*, Madrid, 24 de octubre de 1994.

PROGRESO POLITICO Y PROGRESO ECONOMICO

Albert O. HIRSCHMANN

*No afirmo nada; pero me basta con creer
que hay más cosas posibles de lo que se piensa.*

Voltaire

Después del Siglo de las Luces, que según la memorable definición de Kant quedó identificado con el axioma «*sapere aude*», los más iluminados de nosotros han suscrito la noción que hace del «conocimiento prohibido» una reliquia bárbara. El ambicioso tema de nuestro ensayo —en esencia, la cuestión del vínculo entre progreso político y progreso económico o, de manera abreviada, de la relación P-E— me impulsa a hacer la pregunta herética: ¿no había tal vez, tras esta antigua noción, alguna racionalidad oculta? Es muy posible que existan campos de investigación en los cuales la búsqueda de respuesta es tan extraordinariamente frustrante, que corre el riesgo de conducir a la desesperación y al escepticismo generalizado con respecto a toda posibilidad de conocimiento. Considerar problemas como

el del territorio prohibido podría tener un efecto benéfico: el de orientar la atención hacia temas en los que el coeficiente *input-output* de la investigación, o sea el vínculo entre el esfuerzo realizado y el resultado obtenido, sea relativamente favorable.

Desde este punto de vista, la relación P-E cumple todos los requisitos para ser proclamada «territorio prohibido». La mejor prueba de esta afirmación nos la da el reciente ensayo de Adam Przeworski y Fernando Limongi, *Political Regimes and Economic Growth*. Su escrupulosa y exhaustiva reseña de los estudios en este campo es a fin de cuentas tan poco conclusiva que resulta desalentadora. Y, así las cosas, la frase que cierra el artículo —«claramente, la incidencia de los regímenes políticos en el crecimiento es un asunto muy abierto a la reflexión y a la investigación»— suena como una burla casi cruel.

Supongamos entonces que rehabilitamos, aunque sea a disgusto, la noción de «conocimiento prohibido». Y preguntémonos: ¿tenemos algo que decir en ese ámbito sobre las características de los problemas que pertenecerían a su esfera? Una manera de enfrentar la cuestión podría basarse en distinguir el *resorte* que nos impulsa a resolver el problema de su *comprensión* o profundización en sentido propio: cuando el deseo de encontrar respuestas a un problema se hace tan fuerte como para impedir una comprensión auténtica, es muy probable que hayamos acabado en el territorio «prohibido». En concreto, esto quiere decir sencillamente que la búsqueda de respuestas es, en ciertos ámbitos, una tarea particularmente ingrata. Pero significa también atraer la atención sobre la posibilidad de que, lejos de servir de ayuda, la curiosidad intelectual —generalmente considerada la base del progreso científico— se vuelva a veces un obstáculo a la comprensión. De hecho, se corre el riesgo de caer en la «furia de querer concluir», para decirlo con una concisa expresión de Flaubert. Podemos decir que la curiosidad intelectual, en su acepción normal y constructiva, se distingue de la «furia» flaubertiana porque su resultado no se conoce ni sospecha por anticipado, en los casos en que existen en general respuestas prontas e ideológicamente seductoras a las preguntas hechas del modo denunciado por Flaubert.

Precisamente éste es el caso de la relación P-E. Por lo común, el vínculo entre progreso político y progreso económico es visualizado bajo la forma de un número muy restringido de relaciones funcionales recíprocamente alternativas del tipo:

1) «Todas las cosas buenas van juntas»; el progreso económico genera el progreso político y viceversa: los dos avanzan a la par, en total armonía.

2) Existe también el punto de vista contrario, pesimista: «Todo tiene un costo», o «no existen comidas gratis», lo que quiere decir, en el contexto en cuestión, que el progreso económico tiene inevitable-

mente un costo en la esfera política; y es verdad también lo contrario: los progresos políticos están destinados a comprometer el progreso económico.

3) Hay finalmente una tercera posición, a mitad de camino entre las dos anteriores, y un poco más compleja que éstas, que podremos bautizar «*per aspera ad astra*»: en una primera fase, el progreso económico se presenta solo a la cita, y es inevitable contener el progreso político y hasta aceptar su retroceso, sacrificarlo, en una palabra, en nombre del crecimiento económico; pero en un segundo tiempo el progreso político recupera el terreno perdido, compensando el sacrificio. Menos a menudo se ha conjeturado el proceso opuesto —el sacrificio temporal del progreso económico en nombre de un paso adelante político—, aunque no se trata de una idea irreal. Construcciones de esta clase no pueden menos que fascinar a los economistas convencidos de las virtudes del consumo diferido mediante el ahorro, pero también a los psicólogos habituados a la idea de la satisfacción diferida en general. En concreto, el vínculo entre progreso político y progreso económico sigue siendo tan estrecho como en los casos anteriores, salvo que las dos variables evolucionen según un modelo un poco más complejo, como en la proposición de Simon Kuznets sobre la relación curvilínea entre crecimiento económico y desigualdad, o en mis propios modelos de crecimiento no-equilibrado o de «navegación contra el viento».

De lo económico a lo político: el efecto trinquete y metáforas afines

En el intento de establecer la verdadera naturaleza de la relación P-E, estos variados modelos han encontrado aplicación en países diferentes y en determinados periodos; pero hoy está claro que ninguno de éstos puede pretender contar con una validez predominante, y mucho menos general. Frente a esta evidencia, una reacción consiste en retornar a la idea de que la economía y la política son dos ámbitos completamente distintos, que evolucionan con total autonomía siguiendo cada uno su propia dinámica. Como han observado Stephen Haggard y Robert Kaufman, es en buena parte en los términos de una autonomía de esta especie como los politólogos han analizado la reciente oleada de democratización en América Latina y en Asia. Sin duda, hay que ver en estos discursos el signo de la decepción con respecto a ciertos análisis, de moda en un tiempo y ya abandonados, de los hechos políticos de los años sesenta y setenta; análisis que eran la expresión del esfuerzo por comprender a toda costa estos hechos (en particular el advenimiento de los regímenes autoritarios) en términos de fuerzas económicas «subyacentes».

Pero volver a afirmar la autonomía de la política y de la economía sería sin duda una reacción exagerada. El hecho es que entre los dos ámbitos surgen conexiones que en cierto momento son muy estrechas,

pero a continuación se desvanecen. Y es una pena que nos hayamos negado a —o nuestros constructores de modelos no hayan sido capaces de— pensar en términos de vínculos con un carácter irregular, de enlaces y separaciones, o incluso de alternancia de interdependencia y autonomía. Querría reseñar aquí ciertas maneras de pensar en estos términos que están ya a nuestra disposición. Con este propósito, es pertinente examinar minuciosamente el lenguaje ordinario y hasta el universo del mito. Ya que la experiencia de vínculos discontinuos entre ámbitos casi autónomos se ha hecho varias veces, el mito, el lenguaje, y ocasionalmente el pensamiento social, han producido una serie de expresiones que nos conducen hacia aquello que necesitamos comprender.

Permítaseme, para comenzar, recordar una metáfora tomada del mundo de los utensilios, que fue incorporada a la terminología económica hace cuarenta años. Aludo al «efecto trinquete»: una expresión creada por James Duesenberry para describir la evolución del consumo con respecto a la renta durante el ciclo económico. El consumo es una función creciente de la renta mientras ésta aumenta; pero no se adecúa sin resistencia al descenso de las rentas, porque cuando se produce una recesión los individuos recurren a sus ahorros (al menos por algún tiempo) para mantener el nivel de vida al que están habituados. Es precisamente ésta la idea de la disyunción (o separación o desajuste), o sea, de una relación funcional que en cierto punto deja de operar.

Hace algún tiempo me enfrenté con una situación de este tipo (y tal vez aún más desconcertante) en un contexto de crecimiento. En ciertos países latinoamericanos, durante los años ochenta, mientras que los índices económicos se estancaban o declinaban por efecto de la crisis deudora, algunos indicadores sociales importantes, como las tasas de mortalidad infantil o de analfabetismo, o la amplitud del control de los nacimientos, parecían seguir mejorando. Los modelos culturales responsables de este mejoramiento habían tomado forma en conjunción con el aumento de las rentas (del que eran sin duda un efecto directo), pero habían adquirido manifiestamente «una vida propia». Una vez afirmados, el estrecho nexo que los había ligado a los «caprichos» de la renta se había disuelto. En la medida en que estos progresos sociales se debían a procesos de aprendizaje (en los cuales, es verdad, el aumento de la renta había cumplido un papel decisivo), éstos se hicieron irreversibles, hasta el punto de comenzar a propagarse gracias a su propio impulso. Sigo pensando que los procesos de este tipo son esenciales para comprender el crecimiento y el desarrollo.

La fórmula según la cual un comportamiento acaba por convertirse en una «segunda naturaleza» expresa también con eficacia la idea de que una conducta que provoca inicialmente cierta resistencia, y cuya adquisición se produce sólo gracias a la influencia de incentivos extrínsecos (positivos o negativos), puede en lo sucesivo volverse irre-

versible. De hecho, el aprendizaje se compendia en buena parte en el misterioso proceso en razón del cual un comportamiento adquirido de aversión (porque va contra la «primera naturaleza») se convierte en una «segunda naturaleza». No me parece que se haya observado que el proceso durante el cual incentivos extrínsecos ceden el paso a motivaciones intrínsecas es el exacto contrario del proceso, ya bien conocido, en el que la motivación intrínseca es relegada por la intrusión de gratificaciones extrínsecas (frecuentemente de carácter monetario). El proceso mediante el cual un comportamiento se convierte en una «segunda naturaleza» ha atraído menor atención que su opuesto, tal vez porque se lo mira con ojos favorables más que angustiados.

Pero volvamos al lenguaje ordinario de las ciencias sociales: en *Las contradicciones culturales del capitalismo*, Daniel Bell introduce el término «disyunción» para describir el hecho de que la vida artística y cultural de las sociedades modernas ha dejado de reflejar la evolución general de la sociedad y de la economía. Se propone distanciarse de los sociólogos que, de Marx a Talcott Parsons, pasando por Durkheim, han cultivado la visión de la sociedad como un todo integrado. Por ejemplo, en el esquema marxista se sostiene que la cultura, la «superestructura», está estrechamente ligada a la economía y a la sociedad (la «infraestructura»). De ello se sigue que en esta óptica, cuando la cultura o, en el caso particular tratado por Bell, el arte de vanguardia, adquiere una «vida propia», parece justificado hablar de disyunción: en otras palabras, algo que se supone gobernado y explicado por otros códigos adquiere autonomía. Curiosamente, a pesar de sus sólidas convicciones no marxistas, o post-marxistas, Bell ve en esta autonomía un fenómeno vagamente anormal y amenazante.

Esta interpretación negativa pasa a un primer plano en una fábula (o un mito) que refleja una vez más la noción de desajuste. Es la historia del aprendiz de brujo que, a diferencia del maestro, se revela incapaz de dominar las fuerzas que ha liberado. Es solamente el maestro quien, volviendo a la escena *in extremis*, logra retomar el control y evitar de un soplo la catástrofe total.

No es difícil encontrar procesos sociales del tipo aprendiz de brujo. En Estados Unidos, por ejemplo, la Ley de Prohibición 1919-20 acabó produciendo —a través de la aparición del crimen organizado a gran escala— fraudes de gran extensión y la organización de redes ilegales de producción y distribución de bebidas alcohólicas. Pero la abolición del prohibicionismo en los años treinta no hizo desaparecer a estos «sindicatos» criminales. Una vez despiertos, éstos se aferraron a la vida invirtiendo con éxito en otros campos de acción.

Análogamente, los procesos descritos arriba —el «efecto trinquete» y la «adquisición de una vida propia»— pueden producir lo mejor o lo peor. Sólo una metáfora se libra de esta ambivalencia: cuando se dice

que un comportamiento se convierte en una «segunda naturaleza», se suele suponer que estamos en presencia de experiencias auténticas y positivas de aprendizaje. Y, sin embargo, también en este caso es siempre posible dar a la metáfora una coloración siniestra presentando el proceso en cuestión como el fruto de un «lavado de cerebro».

La mejor manera de describir algunas importantes relaciones P-E pasa por los conceptos recién examinados, sobre todo cuando el nexo causal va inicialmente de la economía a la política, como en los dos ejemplos siguientes, ambos muy conocidos.

El vigor del desarrollo económico español durante las tres primeras décadas posteriores a la Guerra Civil contribuyó de varias maneras a minar el régimen autoritario instaurado por Franco. Después de la muerte del hombre que durante tanto tiempo había regido dictatorialmente el país, se inició una transición moderada hacia la democracia. Precisamente en este momento, pues, la crisis petrolífera internacional detuvo temporalmente la expansión económica y acabó provocando un fuerte aumento del desempleo. Pero, por suerte, las nuevas instituciones democráticas estuvieron en condiciones de adquirir una «vida propia». A las dificultades económicas no siguió en absoluto el derrumbe de la democracia, todavía en fase embrionaria; por el contrario, la vida política democrática no tardó en convertirse para la sociedad española en una «segunda naturaleza».

La historia de Alemania en la primera parte de este siglo ofrece una trágica ilustración del caso simétricamente opuesto. Las fuerzas económicas —la Gran Crisis y la consecuente desocupación de masas— contribuyeron poderosamente a la ascensión de Hitler. Por lo tanto, una vez tomado el poder en uno de los países técnica y culturalmente más avanzados del mundo, el régimen nazi siguió su curso desatinadamente «autónomo», suprimiendo la democracia, desencadenando la guerra y perpetrando el genocidio.

Del progreso político al progreso económico: hacia un repertorio de los trucos de la historia

Al indagar las relaciones entre economía y política, hemos preferido en general dirigir nuestra atención a los procesos en los que los hechos económicos forjan —e influyen en— el ámbito de la política. Como demuestran los ejemplos anteriores, la política, no obstante, tiene su modo de retomar la delantera divergiendo o separándose de la economía: según el esquema de las «relaciones discontinuas», ésta adquiere una «vida propia». Los ejemplos del proceso opuesto, en que la política constituye el primer motor, no resultan tan claros sometidos a análisis; pero el título mismo de nuestro texto nos impone reflexionar sobre ellos.

Procederé por analogía con los casos español y alemán, lo que significa examinar cadenas de hechos cuyo punto de partida es un importante progreso de la democracia, para atender finalmente a las consecuencias económicas. Entre el cambio político y el cambio económico surge de inmediato una diferencia fundamental: el primero se inclina bastante más que el segundo a la discontinuidad. Típicamente, los progresos de la democracia suceden no en razón de una «recuperación democrática» gradual (por decirlo incongruentemente en términos del ciclo económico), sino porque una dictadura o un régimen igualmente opresivo han sido derribados; o bien —de manera menos dramática aunque siempre discontinua—, como consecuencia de la adopción de una reforma electoral que difunde el sufragio, como la que se observa repetidas veces en la Inglaterra del siglo XIX.

Los progresos de la democracia de este tipo se presentan en general bajo la forma de un evento singular; y ello explica el hecho de que el análisis de las consecuencias económicas del cambio político se resuelva a menudo en un ejercicio de estática comparativa. Se comparan las prestaciones económicas de los países democráticos (después de la democracia) y las de los países no democráticos (antes de la democracia), y se confía en poder concluir que los primeros obtienen resultados mejores que los segundos también en el campo económico. La conocida frase de Adam Smith es un ejemplo precoz de este modo de plantear el problema: «Para llevar un Estado de la barbarie más profunda al grado más alto de opulencia, no hace falta otra cosa que la paz, bajos impuestos y una administración de la justicia tolerable».

Se imponen ahora dos observaciones. Esta construcción supone que, para que se dé el crecimiento económico, sea suficiente la presencia de una serie determinada de requisitos políticos (la paz, etcétera). Una vez alcanzados estos requisitos, se espera que la economía adquiera una «vida propia», sin necesidad de una interacción suplementaria entre fuerzas económicas y fuerzas políticas. Ahora bien: está muy claro que esta interacción existe de manera permanente, y exige ser comprendida. En segundo lugar, las proposiciones relativas a los requisitos políticos tienen una utilidad bastante dudosa. Exhortar a los países en los que falta la «democracia», o la «paz», a recobrar el juicio y a procurarse estas bendiciones es notablemente poco eficaz. Si un país es incapaz de poner fin a la guerra civil para detener la masacre, ¿es imaginable que empeñe sus esfuerzos con objeto de obtener una tasa más alta de crecimiento?

No quiero ser enteramente negativo. La estática comparada tiene su utilidad. Un ejemplo de ello nos lo ofrece la siguiente observación de Amartya Sen: un país como India, donde la prensa goza de una relativa libertad, y está en condiciones de —y dispuesta a— denunciar las situaciones intolerables y los abusos, está mejor armado para evitar las carestías que un país autoritario como China. Una comprobación de

esta clase está sin duda provista de una considerable fuerza exhortativa.

La tarea principal de la economía política sigue siendo, no obstante, llegar a una mejor comprensión de las interacciones *dinámicas* entre política y economía. Renunciar al intento de individualizar aquí núcleos elementales significa a un tiempo eludir un deber intelectual y dejar escapar una verdadera ocasión. Si, en efecto, hay en la sociedad de mercado un rasgo saliente y tangible, se trata de las extraordinarias cualidades dinámicas y desequilibradoras que la han caracterizado desde sus principios hasta hoy. Además de crear nueva riqueza, la sociedad de mercado genera ininterrumpidamente una gran variedad de problemas específicos —una acentuación de las desigualdades, fenómenos de declive regional o sectorial—, que son no pocas veces fuentes de injusticias o percibidas como tales. De ello se sigue que en el campo político, sobre todo si se trata de regímenes pluralistas, se manifiesten exigencias de reformas y de acción política. Y reformas e intervenciones políticas tienen a su vez consecuencias económicas.

Seguramente por buenas razones, los economistas han sido reticentes a hacer generalizaciones o conjeturas sobre estos temas. ¿Qué podría decirse en realidad de las consecuencias probables de los progresos democráticos y sociales en el terreno del crecimiento económico? A falta de un conocimiento particularizado de la naturaleza de los «progresos» y de las circunstancias históricas concomitantes, parece absurdo aventurar una respuesta. Un progreso de la democracia puede inaugurar, o, al contrario, clausurar una época de inestabilidad política, y desembocar por tanto en una caída o bien en un crecimiento de la economía.

Afortunadamente, la historia autoriza algunas reservas con respecto a una indeterminación tan completa, por lo menos para los países de Europa y de América septentrional dotados de las economías más avanzadas. Estos países son los mismos que durante los dos últimos siglos han realizado —de manera discontinua— toda una serie de reformas políticas y sociales. ¿Es lícito decir que estos progresos «democráticos» han tenido un efecto estabilizador más que desestabilizador; que, lejos de perturbar el «clima de la inversión», lo han mejorado, permitiendo así un reforzamiento del crecimiento económico?

Se trata de una hipótesis tanto más sorprendente en cuanto contradice directamente la célebre proposición de Tocqueville, según la cual los intentos reformadores realizados en Francia antes de 1789 y en las primeras fases de la Revolución desestabilizaron el Antiguo Régimen, hasta hacerse fatales. En el caso de los hechos cuyo análisis había emprendido Tocqueville, se trataba seguramente de una intuición notable. Pero precisamente porque la Revolución Francesa había suscitado el

convencimiento, ampliamente difundido, de que su progresiva radicalización era un episodio susceptible de repetirse, las reformas sucesivas cumplieron de hecho un papel diferente, estabilizador, capaz de autolimitarse. Querría ahora proponer una posible explicación de este fenómeno, basándome en mi libro, *The Rhetoric of Reaction*, y en especial en la que he llamado la «tesis de la puesta en peligro» (*jeopardy*). Entiendo por ello la idea de que una nueva reforma está destinada a comprometer las adquisiciones anteriores: un argumento que cumplió un papel central en la historia de la oposición a las reformas durante el siglo XIX.

Después de la experiencia revolucionaria francesa, las fuerzas «reaccionarias», ya en estado de alerta, y que eran muy capaces de hacer valer sus razones, combatieron con uñas y dientes los progresos sociales y democráticos, denunciando cada paso adelante como si fuese en realidad sinónimo de revolución, y estuviese destinado a anular todos los progresos anteriores hacia la «libertad», y al fin y al cabo a marcar el «final de la civilización como la conocemos». Pero, una vez adoptada la reforma a pesar de esta encarnizada oposición, se vio no pocas veces, con gran sorpresa de todos, que con esta novedad, con este famoso «salto al vacío», era en realidad posible convivir. De ahí el inmenso alivio de los poseedores de capitales y de los demás grupos dirigentes, y la subsiguiente estabilización política y periodo de crecimiento constante y prosperidad económica.

Esta interpretación individualiza un ciclo económico-político que tendría su determinante en cada oleada reformadora. Las inquietudes y las alarmas producidas por las propuestas de reforma y por la agitación que las acompaña, se traducen en una caída de las inversiones, las cuales se reanudan en cuanto la reforma se ha adoptado y asimilado. Una vez adoptada la reforma, y desmentidos los profetas agoreros, la recuperación será incluso tanto más vigorosa cuanto más convincentes hayan sido las advertencias sobre sus catastróficos resultados.

Fueron la paz y la prosperidad que siguieron a las polémicas Reform Laws inglesas de 1832 y 1867 las que me sugirieron la idea de este proceso. Sería interesante investigar si este modelo, algo paradójico, es aplicable a episodios análogos en otros países. Pero los economistas acostumbrados a los modelos de las expectativas racionales no deberían asombrarse demasiado de que las profecías de desestabilización *à la* Tocqueville puedan revelarse en ocasiones más autoconfutatorias que autorrealizadoras, sobre todo cuando adquieren un vasto consenso.

Naturalmente, me cuidaría mucho de contar con el mecanismo recién esbozado. Sería una locura estimular a los «reaccionarios» para que denuncien a voz en cuello las consecuencias nefastas de una pro-

puesta reformadora, con el astuto propósito de hacer nacer sucesivamente sentimientos de alivio destinados a su vez —adoptada la reforma sin que se haya verificado ninguna catástrofe— a generar una recuperación económica. Aunque esta concatenación de hechos ha «funcionado» alguna vez en el pasado, es imposible estar seguros de que funcionará de nuevo. En su novela filosófica *Rasselas*, Samuel Johnson con gran perspicacia puso en guardia contra el orgullo intelectual que puede llevarnos a actuar sobre la base de intuiciones de ese tipo, puramente presuntivas: «El hombre no puede conocer la conexión de las causas y de los hechos hasta el punto de que le resulte lícito arriesgarse a hacer el mal para hacer el bien».

¿Cuál es, en conclusión, el sentido de mi discurso? Afirmar una vez más que ninguna relación simple, directa y «funcional» mantiene juntos progreso político y progreso económico. Existen, en cambio, las variadas relaciones discontinuas evocadas en la primera parte de este texto. Están luego las circunstancias complejas, y la mayoría de las veces no susceptibles de repetirse, como las que acabo de exponer, y que se asemejan más a trucos en la manga de la historia que a verdaderas regularidades, por no hablar de leyes sociológicas. Redactar un inventario, hacer reseña del repertorio de estos trucos de la historia, me parece una manera apropiadamente modesta de intentar que se realice algún progreso en este difícil terreno.

Traducción de Mario Merlino

TRANSICIONES AMBIVALENTES

Manuel Antonio GARRETON

El concepto de transición política alude a un paso de un régimen político a otro. En los casos de América Latina y Europa, desde diversos tipos de regímenes autoritarios a regímenes democráticos. En algunos casos se trata de *fundaciones democráticas*, en otros de *recuperaciones democráticas*. En casi todos los casos con importantes pero escasas excepciones, se trata de transiciones sin ruptura institucional y que tienden a ser incompletas, es decir, dejan *enclaves autoritarios* o herencias institucionales, simbólico-culturales y actorales del régimen autoritario insertos en el régimen emergente. En algunos casos, cuando el régimen anterior incluía elementos democráticos, más que hablar de transiciones, cabe hablar sólo de *democratización política*.

Las transiciones propiamente terminan cuando se instala un núcleo básico de instituciones y autoridades democráticas. En general, las dos tareas fundamentales del primer gobierno democrático o del bloque democrático, si éste está dividido entre quienes administran la democratización política y quienes administran las demandas sociales, son *completar la transición*, superando los enclaves autoritarios y asegurando la *democratización política*, e iniciar la *consolidación democrática*.

tica. Esta última, en los diversos países, está ligada no sólo a la resolución de los problemas propios de un régimen político, sino a la resolución o enfrentamiento de una *problemática histórica específica* (como pudo ser la resolución de los problemas de nacionalidades o de inserción continental en algunos casos europeos). En el caso de América Latina, esta problemática histórica pareciera ser la redefinición, profundización y extensión de la *modernización* y la *democratización social* (especialmente en cuanto incorporación de la población marginada a la ciudadanía social, económica, política y cultural) y un nuevo modelo de *reinserción internacional*.

Si bien se trata de transiciones entre un tipo de régimen político y otro, al menos en América Latina tales transiciones parecen encubrir otra transición que aparece como la parte escondida del *iceberg* y cuyo origen se remonta al periodo de los regímenes autoritarios. Lo que está cambiando en este caso va más allá de los rasgos de un régimen y se refiere a una transformación en la matriz de relación entre Estado y sociedad civil, es decir, a una transformación de la política misma y del sentido de la acción colectiva. En otras palabras, pareciera que estamos frente a un cambio en la *cultura política*, concepto al que nos referiremos más adelante. Pero no se trata sólo de los obvios cambios en la cultura política determinados por las transiciones mismas, como son la aceptación del otro, el discurso menos antagónico, la tendencia a negociaciones no prebendarias, el énfasis en las instituciones, el paso del tema del desarrollo y la revolución a la democracia y la inclusión, el mayor pragmatismo y menos ideologismo en la acción política. De lo que se trata es de saber si pasamos de un cambio de régimen a un cambio de la política misma.

Muchos de los problemas encontrados en las transiciones y las primeras consolidaciones democráticas, se deben a que la tarea de completar las transiciones conlleva la prolongación de la política clásica o tradicional. Agotada o desaparecida la «política heroica» de décadas anteriores, que era una de las vertientes de la política tradicional, ésta queda reducida a la dimensión elitaria, profesional o cupular, y no puede dar cuenta de esta mutación cultural en la matriz clásica de las relaciones entre Estado y sociedad. Este vacío dejado por la matriz clásica, en sus vertientes profesional y heroica, tiende a ser llenado por sustitutos espurios de la política, que sólo dificultan la constitución de una nueva matriz de la acción colectiva y de la formación de sujetos sociales.

Las transiciones democráticas o las democratizaciones políticas privilegian el momento político-partidario de la sociedad. Las consolidaciones democráticas parecieran privilegiar el momento socio-económico de la sociedad. Del mismo modo como la política de los cincuenta y sesenta privilegió el momento económico (desarrollo) y la política de los sesenta, setenta y ochenta el momento político (poder,

revolución, regímenes), la política en los noventa deberá privilegiar el momento cultural de la sociedad; el de la definición del sentido, imagen, lenguaje y estilo de la acción social y las formas de convivencia que desbordan los temas específicos de los regímenes políticos. Suponer que porque hay un consenso en un tipo de régimen político o, más discutible aún, en un mero instrumento económico como es el mercado, se acabó la historia, es no entender el nuevo carácter que adquiere la política y el nuevo escenario y sentido de las luchas que entablan los actores sociales.

El cambio en la cultura política

Nos apartamos aquí de una definición de cultura política como conjunto de valores compartidos por una sociedad y tampoco entramos a la conocida discusión del concepto y de las connotaciones ideológicas y etnocéntricas con que éste se ha rodeado. Desde nuestra perspectiva, la cultura política refiere a las imágenes y sentidos sobre la acción colectiva que hay en una sociedad, y a las imágenes, estilos y lenguaje de la acción política. Dicho en otros términos, al modo como se define en una sociedad determinada la matriz de relación entre el *Estado* (momento de la unidad, cristalización de relaciones de dominación, conjunto de instituciones públicas dotadas del monopolio legítimo de la coerción, agente de desarrollo e integración, todo eso a la vez), la *estructura político-partidaria* (que incluye el régimen político como mediación institucional entre Estado y sociedad, que define el tipo de relación entre la gente y el Estado y el modo como una sociedad se gobierna, y el sistema de actores políticos que aseguran el momento de la representación y de las demandas globales), y la *base social o sociedad civil* (que incluye los movimientos sociales y define el momento de la diversidad y de la participación).

Nuestra hipótesis es que nuestras sociedades privilegiaron una cultura política que definía una relación, según los casos, de *fusión, imbricación, subordinación o eliminación* entre algunos de los elementos de esta triple relación. Así, en algunos países la fusión entre estos elementos se hacía desde la figura del líder populista, en otros, desde la identificación entre Estado y partido, en algunos más desde la articulación entre la organización social y el liderazgo político partidario, en otros el sistema de partidos fusionaba todos los enclaves sociales, en otros las corporaciones totalizaban la acción colectiva sin espacio para la vida política autónoma, etcétera. Los diversos populismos, militarismos y clasismos, así como el basismo alternativista, la manipulación clientelista, el hiperpartidismo, el estatismo tecnocrático o corrupto, el corporativismo, todas estas manifestaciones de la vida política, aunque antagónicas, contradictorias y alternativas entre sí, fueron expresiones de una misma *cultura política*.

El momento de las transiciones o democratizaciones políticas coincide con el resquebrajamiento de todas estas matrices de relación de estos tres elementos: con el agotamiento de una cultura que los imbricaba, fusionaba o eliminaba y con la emergencia aún embrionaria y confusa de una cultura política que afirma el fortalecimiento de cada uno de ellos y el establecimiento también de un vínculo fuerte entre ellos, lo que redefine el carácter de la política. Se trataría del paso contradictorio, difícil y sujeto a regresiones a un tipo de cultura o sociedad que afirma un Estado fuerte, un sistema fuerte de partidos y un sistema fuerte de actores sociales autónomos.

Pero este cambio en la matriz de la relación entre Estado, actores políticos y sociedad civil, va acompañado de un cambio en el sentido que se le da a la acción colectiva y a la acción política misma. En las sociedades precapitalistas o en la del tipo capitalista autoritario, el tema de la acción colectiva fue la *libertad*, la lucha contra la represión y la opresión. En las sociedades con un componente capitalista fuerte y con regímenes semidemocráticos, se superpuso o añadió al anterior el tema de la *igualdad* o la *justicia social*, la lucha contra la explotación económica. Ambos principios fueron normalmente acompañados en sociedades dependientes como las nuestras, por el principio de *soberanía nacional*, es decir, por luchas por la independencia, liberación o emancipación nacionales. En todos estos casos, la acción colectiva se basó en la matriz clásica de la organización social ligada de algún modo a la organización política y, en el último caso, al Estado, ya fuera para conquistar la ciudadanía o la igualdad o el término de la explotación, o la autonomía nacional. Estos temas o principios de acción, que definían las luchas por la modernidad en estos países, dieron origen a los diversos modelos ideológico-políticos y a las utopías de una nueva sociedad a conquistar por parte del sujeto afectado por una u otra o las tres contradicciones. Ninguno de estos temas se agotó en el pasado.

Sin embargo, a ellos se superpone un nuevo principio o tema que, por su naturaleza, cuestiona las bases tradicionales de la acción colectiva, en la medida que en estos países se funde el individualismo occidental con la clásica pertenencia a las categorías colectivas, comunitarias o del nosotros. Puede llamarse a este principio la *autorrealización* o la *felicidad*, y expresa la lucha contra las diversas formas de alienación, las que en las sociedades contemporáneas no proceden solamente de la explotación u opresión.

Este principio y este tipo de lucha tienen connotaciones individualistas y categoriales o colectivas irreductibles entre sí. Ni las instituciones por las que se luchó en el pasado, ni la economía que se quería menos explotadora, ni los partidarios que luchaban por transformar la sociedad en su base económica e institucional, ni las luchas por la liberación y autonomía nacionales, dan cuenta cabal de este nuevo principio de acción y lucha social, insisto, a la vez individual y colec-

tivo. Sin eliminar las luchas por la libertad, la igualdad y la autonomía nacional, esta nueva lucha redefine la acción política en la medida de su base individual irreductible y en la medida que el tema de la confrontación o enfrentamiento a un enemigo pasa a ser mucho más difuso.

Un ejemplo de lo afirmado, lleno de connotaciones por la situación, el contexto y los actores envueltos es el siguiente. En plena dictadura militar en Chile, una funcionaria de la Vicaría de la Solidaridad, un organismo creado para la lucha y defensa antirrepresiva y la promoción de los derechos humanos que durante muchos años de represión fue subsidiario de la acción política, le hacía ver a una anciana mujer la inconsecuencia que representaba el que en la situación de miseria y represión que su familia vivía, ella se hubiera endeudado con la compra de un televisor en color. La respuesta fue: «¿Sabe? Esto es lo único en color que veo en mi vida».

Así, por un lado, los tres grandes temas del pasado son redefinidos hoy día en el principio de la *inclusión* o *integración*. Por otro lado, se agrega a ellos este nuevo principio de la acción histórico social, que atraviesa todas las capas sociales, incluidos los pobres o marginales urbanos, pero que sobre todo se expresa en la juventud, cuyas pautas de acción colectiva traducen esta mutación que está muy lejos de capturarse con el concepto de anomia.

No se trata de la presencia de la posmodernidad entre nosotros. Esta denominación no describe ni enuncia nada claro. Por el contrario, confunde el análisis vaciando de contenido organizador o racionalizador la acción colectiva y los conflictos, los que no dejan de estar empapados de los sentidos que se les otorgaron en el pasado. Además, abre camino a los diferentes enfoques irracionalistas que tratan de dar cuenta de la sociedad latinoamericana contemporánea. Lo que hay es, más bien, fusión de diversos principios y épocas en un solo momento histórico. La heterogeneidad estructural de la que se habló hace algún tiempo quizá dé mejor cuenta del fenómeno que el tema de la posmodernidad, pero tiende a dar una imagen de dimensiones yuxtapuestas o coexistentes, cuando de lo que se trata es que se dan todas ellas de modo diverso pero en cada uno de los sectores y actores sociales.

Así, en otras partes hemos usado la imagen que somos, a la vez adobe y computadora, techo de paja y televisión en color, consumo universalizado y diferenciado e indigencia, barricada *bluejeans*, indigenismo, cultura *rock* y derechos humanos, todo a la vez.

No es posible caracterizar nítidamente la nueva cultura política, que como toda cultura política varía para cada contexto histórico-social y adquiere matices muy diferentes según de qué sector o ac-

tor social hablemos. Por lo menos, podemos ilustrar indicando algunos de los elementos que emergen, a veces vaga y contradictoriamente.

Entre ellos, el paso de la política integrista y religiosa a la negociación; el paso de partidos ideológicos o maquinarias electorales a organizaciones más programáticas; el cuestionamiento de las formas tradicionales de representación; el rechazo a las ideologías globalizantes y su reemplazo por utopías parciales; la búsqueda simultánea de cambio y orden redefiniendo los términos del antagonismo y conflicto sociales; la revalorización de las cuestiones de régimen político pero el alejamiento de las formas políticas profesionales tradicionales y de las fórmulas más fanáticas o heroicas; la afirmación de la capacidad propia para resolver los problemas sin renunciar al papel benefactor del Estado, un nuevo vínculo entre la política simbólica e instrumental y entre lo público y lo privado; la importancia de los temas culturales no reductibles a los clásicamente estructurales o institucionales, etcétera. Todo ello no da origen aún a un nuevo paradigma de la acción política, pero sí parece anunciarlo.

Los sustitutos espurios

En el vacío dejado por la antigua matriz, desarticulada por los autoritarismos y no reemplazada por ellos exitosamente, y que no ha sido llenado aún por una nueva cultura política, tienden a instalarse diversos sustitutos espurios que niegan precisamente la tendencia al reforzamiento de los tres elementos (Estado, régimen y actores políticos, actores sociales y sociedad civil), ya sea eliminando alguno de ellos, ya sea subordinándolos, ya sea endiosando o totalizando a otros. Podría hablarse de una *contracultura* política, si este concepto no tuviera connotaciones progresistas o libertarias en otros contextos.

Si bien la matriz populista clásica de fusión, de tanta importancia en este siglo como matriz dominante de la acción política, se expresa más como nostalgia o descontento, sin que aparezca como perspectiva de futuro, hay dos polos extremos que parecen tomar su relevo. Por un lado, una negación de la política a partir del extremo modernizante del racionalismo y de la lógica instrumental, que reemplaza la acción colectiva por la razón *tecnocrática*. La versión neoliberal o libremercadista es aquí la principal, pero también este principio de acción puede ser esgrimido por élites dirigentes estatistas en acuerdo tácito con neoliberales. En cualquiera de estas vertientes, los actores sociales, la sociedad civil, la acción colectiva de los movimientos sociales, son reemplazados por el traslado al campo político del cálculo económico racional tipo coste/beneficio, incentivos, negociación a partir de los recursos y no de metas.

En la medida que el principio tecnocrático tiende a ser elitista y sustituir a los actores sociales, en la historia real tiende siempre a acompañarse, paradójicamente, ya que en teoría se trata de dos principios de acción antagónicos, del principio *corporativo*, que ve a los actores universalizando su propia particularidad y, por lo tanto, universalizando su propio principio de acción instrumental. Las transiciones y consolidaciones democráticas por la vía exclusiva de *concertaciones económico-sociales*, o de creación de sistemas y organismos *autorregulatorios* sustitutivos de la política, en diversos ámbitos de la vida social, o de las *privatizaciones dogmatizantes*, son una buena ilustración de esta combinación tecnocrático-corporativa con ideología neoliberal o libremercadista.

Por otro lado, una negociación de la política a partir del extremo irracionalista, que reemplaza la acción política por el principio universal de la lógica *expresivo-simbólica*. La acción colectiva pierde aquí su carácter político para ser reemplazada por la acción moral o religiosa. El *comunitarismo* de base religiosa o étnica o populista, los *mesianismos* guerrilleros o de otro tipo, los nuevos *ideologismos*, o el *protagonismo* de un sujeto definido por su identidad cultural, son todos tipos de acción que rechazan la alteridad y proyectan unilateralmente a la sociedad el sentimiento particularista de «nosotros», en una recreación del fundamentalismo o integrismo.

Entre ambos extremos, y combinando de algún modo elementos de ellos, resurgen en algunas partes las nostalgias populistas, clientelistas o partidistas, pero ya sin la convocatoria de los grandes proyectos ideológicos o de las movilizaciones de alto nivel de integración, sino más bien como formas fragmentarias acompañadas, a veces, de sus correlatos anómicos, apáticos o atomísticos y, en algunos casos, de componentes delictivos, como el narcotráfico o la corrupción. Se trata de procesos casi exclusivamente de descomposición.

¿Una nueva matriz de la acción política?

La visión tecnocrática liberal nos anuncia el triunfo definitivo de la lógica del mercado como único motor de desarrollo y principio de la vida social y la desaparición progresiva del Estado. La visión comunitarista nos anuncia el reino de la verdad establecida por un nosotros particularista. En medio de estas dos visiones polares, la negación de las posibilidades de acción colectiva y la descomposición social.

Pero es posible oponer a estas dos visiones la hipótesis que está surgiendo desde las cenizas de la vieja matriz de acción política, una nueva matriz y cultura políticas que se definen por lo que hemos llamado el triple reforzamiento del Estado, el régimen y actores políticos y la sociedad civil o los actores sociales. Podría afirmarse además que

el futuro de los regímenes democráticos depende de la consolidación de esta nueva matriz, de este triple reforzamiento y del establecimiento de una relación ya no de fusión o imbricación entre estos tres elementos, sino de *tensión* complementaria entre ellos.

Se trata, en primer lugar, de reconocer la falsedad empírica envuelta en las afirmaciones antiestatales que se hacen desde algunos ángulos contradictorios entre sí, uno desde la panacea universal del mercado y el otro desde un protagonismo popular que se enfrenta al Estado. Ellas contradicen tanto las tendencias observadas en la opinión pública, que son de rechazo a un tipo de Estado burocratizado o ineficiente pero de fuerte aceptación de su papel como agente redistributivo y como principio de unidad de la nación, como el hecho histórico de que no ha habido ningún caso de desarrollo nacional en los últimos tiempos que no vaya acompañado de un papel predominante del Estado como agente del mismo, por supuesto que en relación con los otros agentes sociales. Lo que está a la orden del día no es la reducción del papel estatal, sino la *reforma* del Estado, en el sentido de su modernización, descentralización y reorganización participativa.

En segundo lugar, la eliminación de las tendencias más burocratizadas del Estado si quiere pensar en su fortalecimiento como agente de la unidad y del desarrollo nacionales, va acompañada necesariamente de un reforzamiento del nivel de representación de la sociedad y del de participación. En relación con el tema de la representación cabe el tema de los *partidos políticos*. Aquí el problema es el paso desde su irrelevancia o excesiva intromisión en la sociedad, según los casos, o desde su tendencia antropofágica de absorción de los otros, o desde su excesivo ideologismo o total indiferenciación, a un *sistema fuerte de partidos*, caracterizado por su inclusividad, democratización interna, capacidad de negociación y concertación para formar coaliciones amplias, tecnificación y establecimiento de canales con la sociedad que aseguren su representatividad. La posibilidad de formar *coaliciones mayoritarias*, a su vez, implica cambios institucionales en el sistema de gobierno, lo que cuestiona el presidencialismo exacerbado de estos países.

Pero, en tercer lugar, el reforzamiento del Estado y del sistema de partidos no puede hacerse sin un reforzamiento o *densificación de la sociedad civil* o de los actores sociales autónomos tanto del Estado como del sistema partidario. Tal densificación, diversificación y fortalecimiento de actores sociales, implica aumentar los niveles de participación, pero no sólo en su dimensión simbólica sino de resolución real de problemas, lo que lleva nuevamente al problema de la descentralización del poder estatal.

Si se quieren evitar las matrices estatistas, mercantilistas, partidistas o corporativistas de la acción colectiva, los tres niveles mencionados deben ser objeto de reforzamiento simultáneo.

El cambio en la cultura política que implica la consolidación de esta nueva matriz de la acción colectiva y de la política misma, a su vez condición de la consolidación democrática, no implica en ningún caso la postulación de determinado tipo de valores exógenos a la sociedad que aparezcan como prerequisites de la posibilidad democrática. De ahí que nuestra conceptualización de cultura política como la pauta o matriz de relación entre Estado, partidos y la gente, se aparta del etnocentrismo de las vertientes tradicionales del concepto e integra todas las formas particulares de convivencia o sistema de valores que forman parte de la cultura latinoamericana, es decir, reconoce su carácter diverso y plural.

Sigue pendiente la cuestión de si hay un principio ético o de valores que deba informar la relación entre estos tres elementos y que permita la estabilidad de uno de ellos, el régimen democrático. Hemos indicado que no hay factores estructurales *per se* indisolubles o esencialmente ligados a la estabilidad democrática. Lo que sí puede afirmarse es que no hay perdurabilidad de este régimen si no hay una voluntad de los actores políticos y sociales significativos por mantener el régimen, independientemente de sus resultados para uno u otro sector, es decir, si no hay *deseabilidad democrática*. Esta se opone tanto a la existencia de proyectos alternativos de régimen político como a la irrelevancia o indiferencia que tales actores le atribuyan a la cuestión del régimen. En nuestros países pareciera que la *deseabilidad democrática* está ligada a un determinado principio ético o de valores que constituye la especificidad de la opción latinoamericana por la democracia política. Este principio es la *democratización o integración* sociales, de largo arrastre en la historia y cuyo contenido concreto y específico para cada país y momento lo definen los diversos sujetos y actores.

El problema pareciera estar en que se trata de un principio ético o de valores no estrictamente político pero que invade este campo. Ello ha llevado muchas veces a subordinar la construcción institucional democrática a este principio considerado «sustantivo». Así, ¿cómo combinar la necesaria secularización de la política, la diferenciación de niveles de acción en la sociedad, la negociación consustancial a la democracia, con este principio de la integración o democratización sociales que puede verse distorsionado, neutralizado o suprimido por las urgencias de la construcción institucional? No hay una solución fácil al respecto, sino sólo un proceso de aprendizaje colectivo en el sentido de que sin democracia política no hay integración o democratización sociales, aunque aquélla no asegura por sí sola la realización de este principio ético.

No pareciera posible la consolidación de una nueva cultura política, como parte del proceso de construcción y consolidación demo-

cráticas en países como los nuestros, sin una modificación del papel de los intelectuales en su relación con la política. Al reconocer lo crucial de su papel en nuestra historia política, para bien o para mal, es necesario aceptar y desarrollar la diversidad y pluralidad de los intelectuales y de sus roles académicos, científicos, tecnocráticos, profesionales o crítico-proféticos, aceptando las exigencias y prerrogativas de cada uno de esos papeles. Una nueva cultura política se opone a la imposición de un solo modelo de intelectual, como se postulaba en el pasado desde diversas vertientes y donde nunca quedó en claro si el principio de legitimidad esgrimido era su función propiamente intelectual o su cercanía al príncipe, cualquiera que éste fuera.

Ello no impide que la identidad del intelectual sufra también una transformación desde una matriz que los convertía ya fuera en ideólogos de algún otro actor social o de sí mismos, es decir, meros portavoces de intereses particulares, ya fuera en profetas de una globalidad apocalíptica, ya fuera en puros descriptores y manipuladores tecnocráticos de parcialidades, hacia la tarea de comprensión, empática y distante a la vez, de los otros actores sociales.

No hay reconstrucción democrática de la comunidad intelectual sin este doble movimiento de integración y solidaridad, por un lado, y de desgarró y marginalidad por otro. Ni anunciadores del fin de la historia proclamada por la razón tecnocrática neoliberal. Ni profetas del comienzo de la historia proclamada por algún mesianismo o ideologismo. Ni intelectuales de bolsillo al servicio del príncipe de turno o de su propia promoción publicitaria. Simplemente, estudiosos de la historia omnipresente de las luchas por superar las contradicciones que impiden el desarrollo de la condición humana.

EL INDIVIDUO DE LOS OCHENTA: Crítica a Jon Elster

Ana NOGUERA

Jon Elster desarrolla la casi totalidad de su obra en la década de los ochenta. Su pensamiento filosófico y social encuentra una buena acogida en el mundo político y económico dominante de la época. A lo largo de este trabajo, y con la brevedad impuesta, expondré las claves fundamentales desarrolladas en la obra de Elster, que nos darán a conocer cuál es o ha sido el individuo racional hegemónico en nuestras sociedades avanzadas.

La elección racional

La base sobre la que Elster asienta la racionalidad es la teoría de la Elección Racional, la cual parte de la premisa de que todos los individuos actúan de forma racional, es decir, que enfrentados a una decisión en la que han de elegir entre varias alternativas que les afectan, decidirán siempre, sin excepción, por aquella que les sea más favorable o, en su caso, por la que les resulte menos desfavorable.

Los puntos centrales de la teoría de la Elección Racional de Jon Elster son el Individualismo Metodológico, la Teoría de Juegos y la Acción Colectiva. Elster entiende por Individualismo Metodológico la doctrina de que todos los fenómenos sociales (su estructura y su cambio) sólo son en principio explicables en términos de individuos (sus propiedades, sus objetivos y sus creencias) (1).

La Teoría de Juegos toma sentido cuando los individuos interactúan intencionadamente. Efectivamente, cuando un agente llega a una decisión, debe considerar y prever las decisiones de los otros, puesto que su elección depende necesariamente de la elección de todos. Dentro de este marco, Elster define cuatro hipótesis posibles suponiendo que cada actor puede elegir entre una estrategia solidaria (S) y una estrategia egoísta (E):

- a) Cooperación universal: todos eligen S.
- b) Egoísmo universal: todos eligen E.
- c) El *francotirador*: «yo» elijo E, «cualquier otro» elige S.
- d) El *primo*: «yo» elijo S, «cualquier otro» elige E.

De estas posibilidades surgen sus correspondientes dilemas. Para Elster hay 3 casos importantes:

1) El dilema del prisionero, donde la estrategia dominante es el egoísmo. La racionalidad individual, como solución al juego, lleva al desastre colectivo.

2) El juego de la seguridad, donde la estrategia es: «el egoísmo es mi mejor respuesta al egoísmo; la solidaridad es mi mejor respuesta a la solidaridad».

3) El imperativo categórico, donde la solidaridad es la estrategia dominante del individuo racional.

Ahora bien, la acción colectiva supone, según Elster, un problema tanto para la elección racional como para el individualismo metodológico: ¿Por qué participar en una acción colectiva cuando se puede obtener mayor beneficio si uno se mantiene al margen? El ejemplo más representativo lo encontramos en el trabajador que va a la huelga, cuando puede obtener mayores beneficios manteniéndose al margen, puesto que se ahorra el coste de la participación. Para abordar el problema de la acción colectiva nos vemos conducidos, dice Elster, hacia la Teoría de Juegos, según la cual él nos presenta tres enfoques principales (2):

a) La cooperación es racional en un «dilema del prisionero» reiterado. Como ya he comentado, en el dilema del prisionero la estrategia del egoísmo es la dominante, es decir, es la mejor elección para cada actor, independientemente de lo que hagan los otros.

(1) Jon Elster. «Marxismo, funcionalismo y teoría de juegos. Alegato en favor del individualismo metodológico», *Zona Abierta*, n.º 33, octubre-diciembre 1984.

(2) Para el tema de la acción colectiva, remitirse a Jon Elster, «Nuevas reflexiones sobre marxismo, funcionalismo y Teoría de Juegos», *Zona Abierta*, abril-septiembre 1987.

b) Como resultado de su interacción, las personas llegan a interesarse unas por otras, de tal manera que surge una interdependencia positiva en las estructuras de las recompensas.

c) Los agentes podrían no ser racionales ni mucho menos.

Pero, cuando hablamos de racionalidad, según Elster, hablamos necesariamente de la acción humana. Y dentro de este concepto, debemos aclarar que la unidad elemental de la vida social es la acción humana individual. Para que varios agentes que comparten una intención lleven a cabo una acción colectiva es necesario que cada uno de ellos haga una determinada acción individual en la creencia de que si cada uno de los agentes hace su correspondiente acción individual, se conseguirá realizar la intención común. En efecto, en ningún caso basta con tener una intención compartida para realizar una acción colectiva. Para Elster, la acción básica siempre es individual; no existe una acción básica colectiva. La acción colectiva siempre se lleva a cabo mediante la realización de otras acciones individuales, acciones que tienen precisamente el sentido de contribución a una acción colectiva.

Pero, ¿cómo podemos llegar a explicar una acción? Para nuestro autor, debemos ver la acción como resultado de dos operaciones de filtraje consecutivas (3). En primer lugar, contamos con todas las acciones que un individuo puede realizar y aplicamos el primer filtro, que consistirá en todas las restricciones físicas, económicas, legales y psicológicas a las que el individuo tiene que hacer frente. Las acciones coherentes con estas restricciones forman su conjunto de oportunidad. Posteriormente, el segundo filtro a aplicar consistirá en conocer el mecanismo que promueve la acción determinada, mecanismo que puede ser el egoísmo, el altruismo, las emociones, ... Bajo esta perspectiva, Elster explica las acciones mediante *el conjunto de oportunidades* y mediante *los deseos*, es decir, por lo que la gente puede hacer y por lo que desea hacer. Aunque hay ocasiones en que el conjunto de oportunidades se reduce a una sola acción, no existiendo pues la preferencia en la toma de la decisión, debido a que las limitaciones y restricciones del individuo son extraordinariamente severas. Es más, las oportunidades son más fáciles de observar que los deseos, puesto que las oportunidades son objetivas y externas a una persona y los deseos son subjetivos e internos.

Ahora bien, Elster explica que siendo la acción resultado de ambos mecanismos, éstos se pueden afectar mutuamente de forma directa. Por ejemplo:

Primer caso: Las oportunidades pesan más en la acción, por lo que acaban modelando a los deseos. Un caso típico es el ejemplo del mecanismo

(3) Jon, Elster. *Tuercas y tornillos. Una introducción a los conceptos básicos de las ciencias sociales*. Gedisa, 1990, pág. 23.

de las «uvas verdes» (hay que recordar la fábula de la zorra que al no alcanzar la vid, opta por pensar que las uvas aún no están maduras).

Segundo caso: También puede darse el caso inverso; que el conjunto de oportunidades esté modelado «deliberadamente» por los deseos. Como ejemplo, Elster nos presenta la historia de Ulises y las sirenas (Ulises se ata al mástil de su barco para evitar ser seducido por el canto de las sirenas). Las razones de este tipo de conducta pueden ser la debilidad de la voluntad (cuando una persona no confía en actuar racionalmente) o bien la interacción estratégica (cuando eliminando ciertas opciones, uno puede obtener mejores resultados).

El hombre económico y el hombre racional: diferentes concepciones de racionalidad

Hay que considerar que cuando hablamos de qué cosas son racionales, no todos coincidimos en las mismas definiciones. Por ejemplo, un interés egoísta individual no sería, para las éticas del diálogo, un interés racional, ni sería motivo para establecer un consenso racional. Por otra parte, con Elster hablamos de una racionalidad «económica» que busca el mayor beneficio individual, lo que implica que es legítimo un consenso en el que los individuos actuando como seres racionales sellan el pacto, puesto que ello les beneficia individualmente. Estamos frente a dos modos de entender el consenso: como pacto estratégico o como mutuo entendimiento (4).

Básica y principalmente, estamos ante formas distintas de entender la racionalidad y también de entender al «hombre racional». Elster distingue entre «hombre racional» y «hombre económico» (5). El primero entraña las preferencias consistentes y los planes consistentes. El segundo está mucho mejor fundamentado, puesto que tiene preferencias no sólo consistentes sino también completas, continuas y egoístas. La superposición que Elster realiza del «hombre económico» sobre el «hombre racional», es, a mi juicio, una superposición de la Racionalidad Económica sobre la Racionalidad Práctica y una imposición de los valores económicos al resto de valores, realidad que ha venido sucediendo desde la década de los ochenta.

Normalmente, en el contexto de la filosofía política, hemos podido ver reflejadas estas dos concepciones distintas de la sociedad: por un lado, la concepción según la cual la sociedad debe entenderse como un artefacto construido por individuos egoístas o autointeresados, que ne-

(4) Adela Cortina; *Ética mínima*. Technos, 1986, pág. 121 y ss.

(5) Jon Elster; *Uvas amargas. Sobre la subversión de la racionalidad*. Ediciones Península, 1988, pág. 21.

gocian entre sí cooperando para la ventaja mutua; por el otro, la concepción según la cual los vínculos entre los individuos no están simplemente afirmados por la ventaja mutua, sino también por el respeto y la tolerancia entre los hombres. Defensores de esta última posición serían, entre otros, John Rawls, Sen y Habermas; mientras que la primera la defenderían Nozick y Gauthier.

Expuesta así, resulta obvio que la conclusión de Elster sobre el individuo racional se situaría dentro de la primera opción; lo que contradice su trayectoria de hombre y pensador de izquierdas.

En mi opinión, el pensamiento filosófico y social de Elster refleja bien la contradicción vivida por el pensamiento político de izquierdas, y en concreto, en el ámbito socialista, donde, durante la década de los ochenta y los primeros años de los noventa, hemos visto aceptar y defender la supremacía de la Economía sobre otras ciencias o valores, al mismo tiempo que se producía un cambio profundo en la forma de entender al individuo y sus relaciones sociales.

El individuo de nuestra época

El estudio del pensamiento y la obra de Jon Elster sirven para conocer mejor la realidad política y social de los años ochenta. Elster realiza un magnífico análisis sociológico, donde refleja cómo es el individuo racional, qué intereses tiene, qué pretende y quiere, y con eso, qué es lo que obtiene. Considero que nuestro autor ha sido uno de los tantos ejemplos de filósofos, políticos, economistas y sociólogos, que han entrado en esa corriente de pensamiento que ha forjado, como ya he comentado, el ideario de nuestra época. Un ideario que ha venido definido por un cambio de cultura caracterizado por premisas significativas, contundentes, y a veces, daba la impresión de que también incuestionables:

- El triunfo de la *praxis* frente a las ideas.
- «La realidad es así» y olvidemos cambiarla por «aquella utópica sociedad» defendida antaño por marxistas, socialistas y hombres de izquierdas, en general.
- Maximizar, economizar, beneficios, costes, eficacia, competitividad...: la reducción de la escala de valores a los económicos.
- El individuo es: interesado, egoísta, insolidario, individualista. Aquél que es solidario, colectivo, universalista, altruista no triunfará.

Este cambio de cultura que se ha producido casi sin percibirlo es el que ha conseguido que el ciudadano no participe socialmente y desconfíe de la democracia; que los filósofos se alejen a estudiar la Ética teórica porque es incompatible con una realidad social (salvo algunos ejemplos de filósofos emprendedores que se han lanzado a conjugar la ética con variopintas actividades como la economía o la política); que

los políticos ya no se diferencien por su ideología sino por su capacidad de gestión; que el mundo económico se reduzca a una salvaje competencia que olvida que la verdadera riqueza del país está en los logros sociales; también ha conseguido que la dignidad y los derechos del trabajador aparenten ser los culpables de las crisis económicas; que muerto y enterrado el comunismo, todo pase por acatar humildemente «y con las orejas gachas» que la única realidad posible es el liberalismo económico y el capitalismo.

Presento a continuación varias puntualizaciones al pensamiento de Jon Elster, a modo de crítica a «ese cambio de cultura» al que me he referido y que ha sido común denominador en la década pasada.

1) La incoherencia y la indeterminación

El pensamiento de Elster tiene dos grandes influencias: la del pensamiento de izquierda, en particular el marxismo y la figura de Carlos Marx; por otra parte, el liberalismo, y casi con toda seguridad, la inspiración del conservador Raymond Aron (con quien realizó su tesis doctoral).

Inicialmente, Elster parece abogar por un encuentro de las tesis de izquierda con la realidad del sistema actual. Me atrevería a diagnosticar que su objetivo primero era fundamentar una nueva teoría para la izquierda que, basada en el individuo como motor de la sociedad capitalista y de consumo, impusiera unos nuevos cánones sociales; pero, a medida que se adentra en el interior del individuo (en sus deseos, en sus creencias, en sus intereses) y a medida que analiza metodológicamente la acción social, comienza a dudar de la viabilidad de una sociedad diferente, cuestiona la capacidad de la razón humana (estudiando las limitaciones y errores de la racionalidad), y desestima el valor real de los principios. Vemos, como ejemplo, que manifiesta su simpatía por las tesis de autores como Rawls o Habermas, para concluir cuestionando la viabilidad real de sus propuestas.

2) El alejamiento de la ética

En el análisis de la racionalidad práctica desarrollado por Elster, hay un vacío fundamental: la ética. Con ello su pensamiento se aleja de uno de los marcos en los que debería inscribirse cualquier dimensión de la racionalidad práctica (económica, política, social, etcétera), el de la racionalidad ética. Cualquier conducta o cualquier acción que pueda plantearse un individuo, ya sea un agente económico o político, en aras de una maximización de los beneficios individuales o colectivos, será siempre una opción moral. Toda concepción de vida individual y social que no tenga en cuenta preferentemente la responsabilidad individual y la de todos, es irracional.

Las dos críticas anteriormente expuestas originan como resultado la elaboración por parte de Jon Elster de una «racionalidad restringida», la cual implícitamente está diseñada en clave económica, abandonando cualquier otro posible enfoque argumentativo, basada en valores de utilidad, eficacia y maximización de objetivos, y cuyo objeto de aplicación es un individuo predominantemente egoísta y arisco a la cooperación.

En efecto, una «decisión racional» no es otra cosa que la decisión más favorable a la consecución del interés que en cada caso persigan los sujetos. Y, el *homo rationalis* de la teoría de la decisión vendría a relacionarse estrechamente con el *homo oeconomicus* que trata de maximizar sus beneficios, lo que de paso explicaría el éxito contemporáneo de la teoría económica de la decisión. En este caso, me sumo a las protestas de filósofos como Nicholas Rescher (6), que se manifiestan contra una concepción de la racionalidad demasiado estrecha, y coincido con nuestro filósofo Javier Muguerza (7) para quien el encanto que todavía conservan hoy los viejos psicólogos humanistas, acaso no resida tanto en su insistencia en recordarnos que el hombre es algo más que una computadora, cuanto en su insistencia en recordarnos que no se deja reducir al hombre económico.

Resulta curioso que Elster no haya realizado ninguna aportación en exclusiva a la «Racionalidad Económica», tal y como han hecho otros autores. En cambio, sí utiliza conceptos como «hombre económico», «maximizar la utilidad», «preferencias», «coste y beneficio», siendo su lenguaje filosófico predominantemente económico, y estando la economía presente en toda su *praxis*. Implícitamente, las tesis económicas se muestran como una dimensión supra-racional, concluyendo en una racionalidad práctica restringida o «sometida» a la dimensión económica. Lo que ha venido sucediendo es que los economistas y los teóricos de la decisión racional a menudo hablan como si todos los deseos y las preferencias de una persona fueran igualmente racionales.

En la misma línea de relación entre la ética y la economía, se pronuncia Amartya Sen (8), para quien se ha producido un grave distanciamiento entre ambas ciencias, lo que ha originado una de las principales deficiencias de la teoría económica contemporánea. Su posición

(6) Nicholas Rescher; *Rationality. A Philosophical Inquiry into the Nature and the Rationale of Reason*. Oxford University Press, 1988. (*La racionalidad. Una indagación filosófica sobre la naturaleza y la justificación de la razón*). Technos, 1993, pág. 13.

(7) Javier Muguerza; *La razón sin esperanza*. Taurus, 1986.

(8) Amartya Sen; *Sobre ética y economía*. Alianza Universidad, 1989, pág. 11 y 12.

se basa en la opinión de que la economía se puede hacer más productiva prestando una atención mayor y más explícita a las consideraciones éticas que determinan el comportamiento y el juicio. Sin embargo, la teoría económica convencional identifica la racionalidad del comportamiento humano con la consistencia interna de la elección y, además, con la maximización del propio interés. Pero, para Sen, no se cuenta con ninguna evidencia ni para afirmar que la maximización del propio interés supone la mejor aproximación al comportamiento humano real ni para decir que lleva, necesariamente, a unas condiciones económicas óptimas. Además, se supone que los seres humanos se comportan de un modo racional, y la caracterización que se hace del comportamiento racional no es muy diferente de la descripción del comportamiento real.

Evidentemente, negar que las personas se comportan siempre de un modo exclusivamente egoísta no es lo mismo que afirmar que actúan siempre de un modo desinteresado. Sería increíble si el egoísmo no desempeñara un papel bastante importante en muchas decisiones, pero la cuestión real es saber si lo que mueve a los seres humanos es una pluralidad de motivaciones o es exclusivamente el egoísmo.

4) La primacía del individualismo

Parece que con Elster han pasado ya los tiempos de cualquier proyecto socialista, «de izquierdas», que signifique convivencia, solidaridad, una actitud consensual, con un objetivo universal.

Ahora, todo se rige por un nuevo estadio que ya no busca su realización en lo universal, sino que surge desde el individualismo para el desarrollo exclusivo del individuo. Así, ya no se habla de «consenso» sino de «pacto estratégico»; ya no se buscan «máximas» por las que regir la conducta, sino que se trata de «maximizar» los deseos; la autonomía del individuo ya no se relaciona con su «dignidad», sino con sus «preferencias subjetivas». Ya no hablamos de una «razón comunicativa», sino que estamos frente a una «razón estratégica»; una razón que convierte a los hombres en medios e instrumentos.

Actualmente, y desde la década de los ochenta, estamos viviendo la configuración determinada de un concepto concreto de individuo. Con el predominio absoluto de la economía, y el rechazo de la ética y de conceptos como la ideología y la moral, hemos visto crecer en nuestras sociedades occidentales a un individuo, cuyas características más sobresalientes son el egoísmo, el consumismo, el individualismo, la particularidad, el amor a la riqueza material, la insolidaridad.

En cierta medida, lo que ha hecho Elster ha sido utilizar los términos y calificativos que la sociedad de hoy quiere oír para llenar su

mensaje de contenido. Por ejemplo, el egoísmo puede ser para Elster un mecanismo explotable para beneficio de fines sociales: ¿por qué pagar impuestos?: egoístamente, si no los pago, obtengo mayor beneficio a corto plazo, pero en cambio, si todos, incluido yo, pagamos impuestos, en todos, incluido en mí, repercute el beneficio de la obtención de estos impuestos. Mirando por mí, siendo Egoísta, me interesa cooperar con la sociedad, pues obtendré así mayores beneficios.

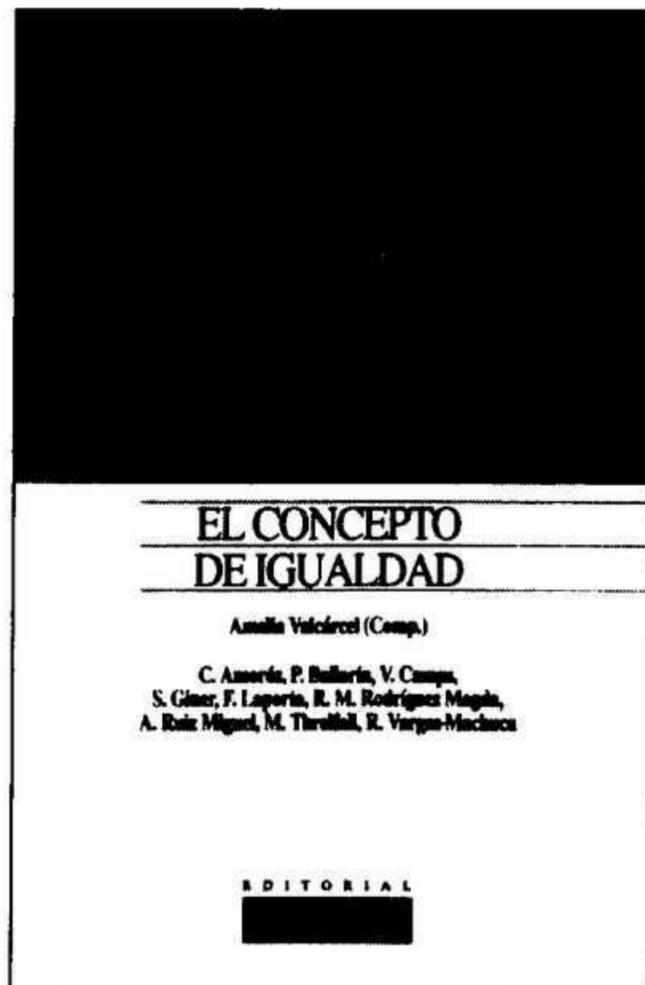
Lo cierto, coincidiendo con el pronóstico de Max Weber, es que este tipo de racionalidad estratégica ha prosperado en las democracias occidentales. Una racionalidad que utiliza como medio las expectativas recíprocas de los sujetos para alcanzar los propios fines. Probablemente la pregunta que deberíamos hacernos es: ¿Qué tipo de moralidad se puede construir desde esta racionalidad?

Al plantear esta serie de críticas a la obra de Elster, no se rechazan métodos de análisis como la Elección Racional o el Individualismo Metodológico, sino que se cuestionan los valores que se han asignado a esos métodos. Porque se quiera o no hablar de ética, se quieran aceptar o no los principios morales, los métodos e instrumentos no son asépticos, sino que sirven a unos fines y objetivos que corresponden inevitablemente con los intereses de las manos y la mente que los utiliza. Es decir, no podemos negar que existen unos determinados valores detrás del individualismo defendido por Elster; valores predominantes como el egoísmo o el interés particular. ¿Acaso no podría hablarse de un Individualismo Metodológico altruista o solidario?

Afortunadamente, el pensamiento que Jon Elster representa empieza a ser contestado por otras voces, que provienen del campo de la filosofía, de la política y de la economía. Y a esas voces me sumo, añadiendo que si hemos de aceptar al hombre económico que define Elster, aceptemos al menos que la Racionalidad también se compone de otros valores. Y así, aceptaremos al hombre compuesto de intereses egoístas y acciones altruistas, de beneficios individuales y de cooperaciones solidarias, de maximización de los objetivos y realización de los fines, de deseos subjetivos y de autonomía y dignidad, de preferencias propias y dispuesto a la justicia social, aceptemos también una racionalidad mixta.

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



EL CONCEPTO DE IGUALDAD

Amelia Valcárcel (Comp.)

**C. Amorós, P. Ballarín, V. Camps, S. Giner, F. Laporta,
R.M. Rodríguez Magda, A. Ruiz Miguel, M. Threlfall,
R. Vargas-Machuca**

222 págs.

2.190 ptas. (IVA)

¿Por qué el concepto de igualdad? Porque dentro de las ideas legadas por la tradición de la modernidad y la Ilustración, con las cuales nos encontramos inevitablemente tanto en el discurso político como en el moral, la idea de igualdad ha demostrado ser la más difícil. Sus límites no son precisos, su presentación resulta siempre polémica, su instrumentación política produce demasiado a menudo dislates prácticos. Y, sin embargo, la idea de igualdad es el motor y el fundamento de las sociedades democráticas actuales.

Desde un enfoque interdisciplinar, una serie de especialistas de todos los campos implicados (sociólogos, filósofos, juristas, politólogos) abordan, cada uno desde su perspectiva, preferencias investigadoras y sesgo propio, el tema del rendimiento actual del concepto de igualdad y sus problemas, para hacernos todos cargo de su complejidad y, sin evitarla, encontrar sus vías de progreso.

Pedidos:

**Monte Esquinza, 30, 2º dcha.
Telfs.: 310 46 96 y 310 47 98**

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal**

ETICA, MARXISMO Y VERDADERO SOCIALISMO

Tony BLAIR

Durante casi dos décadas la izquierda ha estado a la defensiva. Tras construir el consenso de posguerra en 1945, su confianza intelectual se vio socavada por sus propias dudas internas, por los problemas de gobierno en los años sesenta y setenta y por el violento ataque de la derecha a través del thatcherismo. En 1979 tuvo que hacer una elección: aceptar la derrota y esperar inalterable a que el mundo recuperase la confianza en ella; o cambiar y redescubrir su objetivo. Básicamente se disgregó en todas las direcciones, dividiendo de paso al Partido Laborista, principal partido de la izquierda. El mayor logro de Neil Kinnock y de John Smith fue el de poner nuevamente al Partido Socialista en camino hacia la renovación.

En este siglo ha habido tres fases de desarrollo político. Durante la primera se consideró que el capitalismo y la economía de mercado habían sido un fracaso. La mayoría de la gente vivía en la pobreza y en la ignorancia. Se crearon entonces las grandes instituciones de poder co-

lectivo a fin de que la mayoría pudiera tener acceso a las oportunidades que antes se le negaban: una vivienda y una sanidad dignas; educación universal; seguridad ante el desempleo; atención médica gratuita allí donde se necesitase; propiedad pública de las industrias y los servicios fundamentales; y un movimiento sindical con libertad jurídica para servir a los intereses laborales de sus afiliados. El gobierno y el Estado se convirtieron en depositarios del gran poder y del gasto público.

Durante la segunda fase la mayoría se hizo más próspera y comenzó a pagar impuestos, lo cual produjo una reacción, no contra las propias instituciones, sino contra la forma de ejercer su poder, que fue atacado en nombre del individuo.

Reacción

Ahora estamos entrando en la tercera fase. Las limitaciones del thatcherismo son evidentes. La idea del milagro económico se ha evaporado. La sociedad está dividida. La gente se siente insegura. La opinión pública está nuevamente dispuesta a prestar atención a los proyectos relacionados con la izquierda: justicia social, cohesión, igualdad de oportunidades y reparto de la riqueza. La sociedad no quiere retroceder, quiere avanzar.

La izquierda puede liderar este nuevo sentimiento popular, pero sólo lo logrará si comprende su naturaleza y presenta una perspectiva de futuro que sea al mismo tiempo radical y moderna. Por otra parte, para alcanzar ese objetivo la izquierda debe recuperar su altura intelectual, mostrando con claridad su verdadera identidad y su misión histórica. Para ello debe demostrar que la nueva situación no representa una ruptura con el pasado o con sus tradiciones, sino, por el contrario, un redescubrimiento de su verdadero significado.

Distintas corrientes

Durante este siglo la izquierda ha estado dominada por dos corrientes de pensamiento socialista. Una de ellas se basa en la creencia de que el socialismo es un conjunto de valores o creencias que a veces recibe el nombre de socialismo ético y está íntimamente ligado a la socialdemocracia europea. No niega la existencia de divisiones de clase, pero tampoco las define desde el punto de vista cronológico. La otra es una visión cuasi científica del socialismo que se basa en el concepto de determinismo económico y en una idea especial de lo que son las clases sociales. Esto se suele asociar con el marxismo y con otros sectores de la izquierda agrupados en torno a una concepción muy estrecha de los intereses de clase. El Partido Laborista nunca ha sido marxista, pero ha estado influido por la segunda corriente de pen-

samiento. Muchos estudiantes radicales y activistas sindicales de los años sesenta y setenta creían que la corriente ética del socialismo era débil e inadecuada, y que la versión determinista económica basada en los intereses de clase era más enérgica y radical.

Esta segunda corriente se mezcló con otros elementos del pensamiento izquierdista: el sindicalismo y los nuevos movimientos que giraban en torno a determinadas cuestiones como el medio ambiente y las armas nucleares (pese a que en esta última su influencia fue siempre limitada). También creyó firmemente en el «activismo»: la idea de que la minoría políticamente consciente tiene que guiar a la mayoría inconsciente hacia la fe verdadera.

Ética

La principal consecuencia del influjo de la segunda corriente fue que, cuando se produjo la derrota en 1979, una parte de la izquierda creyó que la razón de la derrota residía en que el «verdadero» socialismo nunca se había llevado a la práctica; y por lo tanto, en lugar de alterar el rumbo, decidió tomar el mismo rumbo con mucha más decisión.

Pero la primera corriente de pensamiento seguía estando presente. Desde 1983 ha recuperado lo que era suyo. De hecho, desde la caída del comunismo, es la única visión seria del futuro del comunismo. Ahora es necesario darle claridad y contenido.

El socialismo de Marx, del control estatal centralizado de la industria y la producción, ha muerto. Ese socialismo no comprendió la naturaleza y desarrollo de una moderna economía de mercado; no logró entender que el Estado y el sector público pueden convertirse en un interés personal capaz de oprimir tanto como los intereses personales de la riqueza y el capital; y estaba basado en un concepto falso de clase social que se volvió demasiado rígido para explicar o arrojar luz sobre la naturaleza de la división social en la actualidad.

Reafirmación del social-ismo

El socialismo, según la definición basada en ciertos valores y creencias fundamentales, no es que esté meramente vivo, sino que tiene la oportunidad histórica de tomar el mando. Ese socialismo se basa en la idea de que los individuos son seres humanos socialmente interdependientes que no pueden ser separados de la sociedad a la que pertenecen. Es el social-ismo.

El socialismo implica la noción ética y subjetiva de que los individuos tienen que cumplir con el prójimo y con la sociedad: la idea iz-

quierdista de la ciudadanía. Y el socialismo cree, objetivamente, que sólo se puede servir al interés del individuo si se reconoce esa interdependencia, y si la sociedad en su conjunto se guía por ella: el poder colectivo de la totalidad aplicado al bien individual. No separa, como hacen los *Tories*, los intereses individuales de los intereses de la sociedad. Adopta una opinión ilustrada de lo que es el interés propio y lo considera, en líneas generales, indisolublemente vinculado a los intereses de la sociedad.

De esta combinación del análisis del mundo en su estado actual y las normas para cambiarlo surgieron los valores del socialismo democrático: justicia social, idéntica consideración para todos los ciudadanos, igualdad de oportunidades...

Limitación en el tiempo

El socialismo —definido como un conjunto de creencias y principios que gira en torno a la necesidad de una sociedad fuerte y activa a fin de servir al individuo, en lugar de como un conjunto limitado de intereses sectoriales o preceptos económicos particulares— puede liberarse a sí mismo, asimilando las enseñanzas de su historia en lugar de permanecer encadenado a ella. De este modo ya no confunde los medios —como las nacionalizaciones en serie— con los fines: una sociedad más justa y una economía más productiva. Puede ir más allá del enfrentamiento entre el sector público y el privado, considerándolos como un equipo que trabaja en colaboración. Puede admitir un mayor pluralismo de ideas y de pensamiento.

Lo que ocurre con las ideologías basadas en un precepto económico particular o en una concepción de las clases sociales limitada en el tiempo es que, aunque resulten válidas para un momento dado, en seguida se hacen redundantes desde el punto de vista histórico. La sociedad o los cambios económicos y los discípulos de la ideología siguen intentando que el mundo se adapte a la ideología, no la ideología al mundo.

Por ejemplo, se han producido al menos tres cambios evidentes en el mundo de la posguerra. En primer lugar, la economía es global y el futuro comercial de nuestra economía está completamente engranado en el de nuestros principales socios comerciales. El aislamiento económico no es ni deseable ni factible.

En segundo lugar, ha habido una explosión en la industria de los servicios emparejada con un desarrollo de la cultura del consumo, en la que los individuos se consideran a sí mismos como consumidores además de como productores.

En tercer lugar, el mundo del trabajo ha experimentado una profunda revolución. Casi la mitad de la mano de obra está formada por mujeres. Muchas personas prefieren trabajar a tiempo parcial. La estructura de la jornada de trabajo ha variado. La gente cambia de empleo varias veces a lo largo de su vida.

Ante todo, a medida que se desarrolla la economía moderna, la importancia del conocimiento y la formación es cada vez mayor. Hoy en día es casi un tópico afirmar que el éxito de la economía moderna se basa en la habilidad y el talento de la mano de obra, pero no por ello deja de ser cierto. En la cantidad de valor añadido que los trabajadores pueden dar a lo que producen está la clave para superar la competencia de otra mano de obra con salarios más bajos y menor cualificación profesional.

Recuperar el terreno

Y sin embargo no hemos sabido responder a este desafío. Hay una gran cantidad de personas que no están cualificadas profesionalmente y que carecen casi por completo de estudios. La proporción de adolescentes analfabetos sigue siendo escalofriante. La mayoría de los jóvenes no logra acceder al sistema de enseñanza superior. Corremos el peligro de dividir en dos grupos a la población trabajadora: los que tienen profesiones y los que tienen empleos. Los primeros tienen alguna esperanza de progreso; los segundos —cada vez más desmotivados y desmoralizados— están siendo despreciados y con frecuencia maltratados por un estilo de gestión que no es justo ni, en definitiva, eficaz.

La vieja izquierda extremista no tiene respuesta para esos problemas, pues considera que el abordarlos es una forma de estar en connivencia con un sistema de mercado basado irremediablemente en la explotación. La derecha los pasa por alto o bien, en el caso de las prácticas de mala gestión, los avala.

Esta es una ocasión de ganar terreno para el Partido Laborista y la izquierda mediante la puesta en práctica de políticas acordes con sus principios tradicionales —a saber, la intervención encaminada a fomentar la capacidad del individuo para prosperar en esta nueva economía— pero aplicándolas de manera diferente en el mundo moderno. Para conseguirlo hay que desarrollar las nuevas ideas y pensamientos, liberándose de las falsas ataduras ideológicas.

El resultado no es una política vacía o una forma de buscar refugio en la filosofía en lugar de pasar a la acción. Se trata, por el contrario, de desarrollar un nuevo programa con mayor amplitud de miras.

El nuevo programa

Desde el punto de vista económico, necesitamos una nueva política industrial que corrija las carencias estructurales de la industria británica; una nueva colaboración social; dar prioridad absoluta a la educación como medio de crear oportunidades y desarrollar una economía eficaz; medidas directas para reducir el desempleo; reconstrucción de nuestras infraestructuras; y cooperación internacional a nivel macroeconómico a fin de coordinar las medidas necesarias para que se produzca un crecimiento estable y sostenible. En todos estos aspectos la sociedad, a través del Gobierno pero también de muchas otras maneras, está contribuyendo a promover el bien público. En otras palabras, no pretendemos desarrollar una economía *Tory* teñida de caridad social, sino trabajar para garantizar el interés público en la economía.

Desde el punto de vista social, trabajamos para modernizar nuestro Estado del bienestar y eliminar la pobreza, para reducir el índice de delincuencia y para mejorar nuestro entorno y nuestra calidad de vida.

Y renovamos la manera de gobernarnos, nuestra desfasada y decrepita Constitución, en la que ahora se aprecian los peores rasgos de la tendencia centralizadora del Gobierno, que deja los servicios locales en manos de monopolios y organizaciones privadas. Un nuevo pacto entre ciudadanía y sociedad requiere una reforma radical de nuestra Constitución, y esa reforma debería llevarla a cabo cuanto antes un gobierno socialista. No es una cuestión sin importancia, propia sólo de las tertulias políticas, sino que va hasta el fondo de lo que es la naturaleza del poder y el mal uso que se hace de éste en el Reino Unido.

Si reconstruyen su identidad, el Partido Laborista y la izquierda pueden recuperar la confianza intelectual y salir victoriosos del debate ideológico.

Ideología

Durante mucho tiempo la izquierda pensó que tenía una alternativa: ser radical pero inaceptable, o ser prudente y elegible. Esto puede ser cierto si se sigue equiparando el «radicalismo» con el anticuado colectivismo de hace varias décadas. Pero eso no es radicalismo, sino neoconservadurismo de izquierdas. Una vez establecido que el «radicalismo» tiene una ideología central que gira en torno a los principios éticos y se ha liberado de determinadas recetas políticas que se confundían con esos principios, podemos afirmar que el radicalismo es el camino hacia el éxito político.

Una vez que se haya definido adecuadamente el destinatario —una sociedad fuerte y unida que dé a todos los ciudadanos la oportunidad

de desarrollar su potencial al máximo— y se haya reconstruido la estructura ideológica sobre una base real, podremos emprender el viaje con energía y confianza. Podremos entonces actuar como un partido para reconstruir una nueva coalición de apoyo, basada en una amplia respuesta nacional que vaya más allá de las tradicionales divisiones electorales.

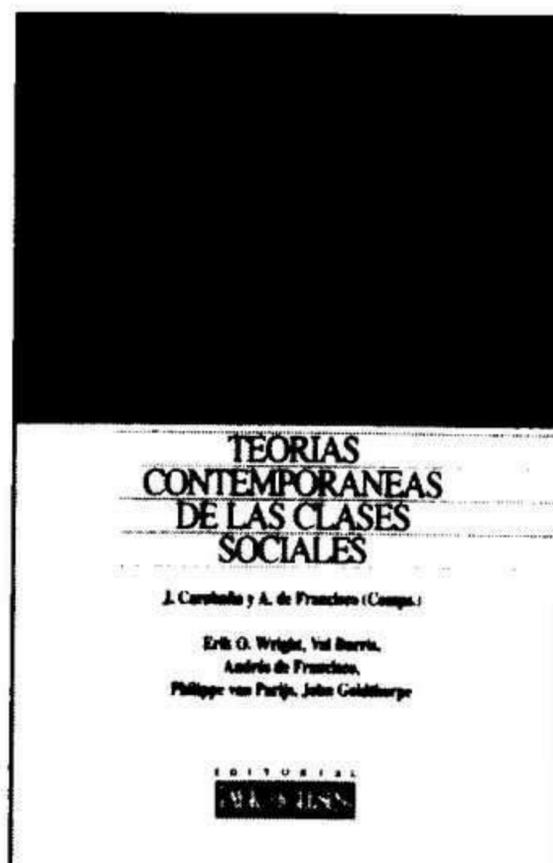
El futuro no se decidirá sobre la base de pactos, compromisos o chalanos entre políticos o partidos, sino mediante el poder y la energía de nuestras ideas y nuestro programa para el país. Si ese programa para el Reino Unido es sólido, si puede crear un movimiento popular en favor del cambio y la renovación, y mostrar cómo se puede lograr este objetivo, entonces saldremos victoriosos; si no podemos, entonces no habrá pacto o compromiso que nos salve ni que merezca la pena.

El proyecto thatcherista de los ochenta ha llegado a su fin. El gobierno actual no tiene otro proyecto que la supervivencia política. Como consecuencia de ello el país va a la deriva sin un objetivo claro. Las perspectivas para un centro-izquierda regenerado nunca han sido mejores, ni mayor su deber de aprovecharlas. Ha llegado el momento de redescubrir nuestra misión primordial: los avances sociales y el desarrollo individual. Los momentos que vivimos nos permitirán construir nuestra propia historia. Nuestra aspiración no debe ser el poder a costa de los principios, sino el poder a través de los principios y con el bien común como objetivo.

Traducción de Fernando Borrajo.

E D I T O R I A L

FABIO IGLIAS



TEORIAS CONTEMPORANEAS DE LAS CLASES SOCIALES
Julio Carabaña, Andrés de Francisco (Comps.).
Erik O. Wrihgt, Val Burris, Philippe van Parijs, John Goldthorpe

266 págs.

1.900 ptas (IVA)

¿Es todavía útil pensar la realidad social y el conflicto social en términos de clase? Esta compilación, publicada originariamente en el número 59/60 de la revista ZONA ABIERTA, ofrece una base para, no sin caute-
las, responder afirmativamente a dicha pregunta. Pero también intenta
acercar al lector al debate teórico contemporáneo sobre las clases, de-
bate nucleado en torno al acuciante problema de las llamadas «nuevas
clases medias» que han visto nacer las sociedades industriales avanza-
das, y en el que sobresalen dos grandes enfoques largo tiempo enfrenta-
dos: el neomarxista y el neoweberiano. En las dificultades que el primero
ha encontrado para integrar consistentemente a dichas clases en su
marco teórico tradicional cabe fijar la causa de su particular y parcial pro-
ceso de convergencia con el paradigma neoweberiano.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30 - 2.º dcha.
Teléfs.: 310 46 96 y 310 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal

SOCIALISMO Y CRISTIANISMO

Lluís DUCH

Introducción

Antes de comenzar quisiera hacer unas precisiones que me parecen pertinentes para evitar malentendidos. El cristianismo es una magnitud histórica que se ha interpretado y vivido —y se interpreta y se vive— de formas muy diferentes. Por eso resulta más apropiado hablar de *cristianismos* que de *cristianismo*. Seguramente ocurre lo mismo con el término *socialismo* y con tantos otros. Dentro de este enorme abanico de interpretaciones que se han hecho —y todavía se hacen— de la tradición cristiana, creo que es posible distinguir tres grandes tipos de interpretación y de vivencia del cristianismo: 1) el tipo *sacerdotal*; 2) el tipo *profético*; 3) el tipo *sapiencial*.

Obviamente, en la larga historia del cristianismo jamás se han dado aplicaciones «puras» de estos tipos, sino formas concretas de vida cristiana que ponían el acento más en un tipo que en otro.

Las diversas formas históricas, que a partir de los escritos del Nuevo Testamento ha adoptado el mensaje cristiano, pueden encuadrarse dentro de lo que habitualmente denominamos *religión*. Y como es bien sabido, la religión, toda religión, es algo muy ambiguo, que participa de la *ambigüedad*, que es uno de los atributos inherentes a la condición humana. Eso significa que, históricamente, el cristianismo ha producido lo mejor y lo peor como, por ejemplo, la *santidad* y las *guerras de religión* y todo lo demás.

En Occidente, de una forma muy especial desde las postrimerías del siglo XVIII, la contraposición *religión-política* (en el ámbito «latino» concretada sobre todo en la oposición *catolicismo (papado-Estado)*), ha sido uno de los factores más importantes del malvivir de los europeos y, mucho más especialmente todavía, de los pueblos latinos. No hay que olvidar que, casi siempre, los sistemas religiosos poseen una exigencia política y los sistemas políticos no dejan de manifestar una exigencia religiosa.

La religión como el resto de los sistemas políticos, culturales, sociales, científicos, etcétera, se encuentra constantemente sometida a procesos de fundamentalización. Cuando los textos (del orden que sean) pierden el contacto vital con los contextos que se suceden vertiginosamente, entonces se inicia la fundamentalización, que consiste en la conservación de las mediaciones religiosas, políticas, jurídicas, sociales, culturales en finalidades autónomas que se preocupan, casi de forma exclusiva, por lo que los sociólogos denominan la «reproducción del sistema». A menudo, la máxima fundamentalización consiste en la sacralización del poder. La siempre posible restauración se basa en la predisposición que tienen los individuos y las colectividades a la pérdida del contacto vital entre los textos y los contextos: unas supuestas necesidades teóricamente definidas se imponen y anulan las necesidades reales de las personas y de los grupos.

La religión puede interpretarse como «camino de salvación» y como «proyecto de salvación». En el primer caso, posee la primacía lo que algunos denominan el «pensamiento con regulación ortodoxa» (Deconchy). El derecho a la diferencia queda entonces anulado y lo que se presenta como más deseable es la adaptación incondicional de los individuos al sistema. En cambio, la religión como proyecto de salvación establece una correlación siempre problemática, siempre crítica (en el sentido de la búsqueda constante de criterios), entre las urgencias del momento y sus siempre provisionales soluciones.

Hablaré de «tradiciones» socialista y cristiana. En nuestro país, el término «tradicición» ha sido —y quizá lo siga siendo— muy peligroso. Tomo el término en el doble sentido del *transmittere* y del *tradere*, es decir, de la transmisión de ideas, actitudes y valores que nos vienen del pasado. Los «tradicionalismos» se quedan aquí y dicen: entonces,

hay que reproducir en el presente aquel pasado que es paradigmático para el presente. Sin embargo, este planteamiento es completamente insuficiente. La auténtica tradición no tiene su criterio decisivo en el pasado, sino en el *presente*, porque la auténtica tradición es la *recreación*, es la recolocación de los textos que nos vienen del pasado en los contextos actuales.

Las reflexiones que siguen se basan en una interpretación posible del mensaje de Jesús de Nazaret. No excluyo el hecho de que no puedan ser aceptadas desde otras interpretaciones como, por ejemplo, las que en la larga historia del cristianismo han impuesto los siempre peligrosos «teólogos de corte».

La tradición cristiana

Interpreto el mensaje de Jesús de Nazaret en clave profético-sapiencial, a pesar de que, muy a menudo, se ha interpretado el cristianismo (y lo mismo se podría decir de muchas otras ideologías y sistemas jurídicos y filosóficos) en clave sacerdotal. Interpretar el cristianismo en clave profético-sapiencial significa que el mensaje cristiano no intenta una forma cualquiera de integración social basada en una jerarquización o sacralización del poder en el interior de la comunidad. Para Jesús, el poder (que no la autoridad) siempre se encuentra muy cerca de la perversión. Interpretar el cristianismo (y lo mismo se podría decir de la tradición socialista) en clave sacerdotal quiere decir que se otorga la primacía a los procesos de institucionalización por encima de las necesidades, las urgencias y los deseos de las personas concretas que viven en un tiempo y en un espacio concretos.

El cristianismo surge como un movimiento marginal (profético) en un oscuro rincón del Imperio Romano. Está claro que Jesús se encuentra enraizado en la tradición judía, pero se sitúa en su interior de una forma crítica (aceptación-rechazo). Acepta los desarrollos *históricos* de la historia de Israel que, de acuerdo con sus planteamientos, desembocan en la historia universal tal como ésta era contemplada al comienzo de la era cristiana. Sin embargo, no acepta los desarrollos jurídico-culturales que proponían como normativos los jefes religioso-políticos del judaísmo de su tiempo; desarrollos que, entre muchos otros aspectos, daban lugar a un evidente «racismo cultural». Jesús proponía la salvación universal para todos los hombres, al margen de las determinaciones de raza, sexo, cultura, posición social, etcétera. En resumen: Jesús subvierte la concepción tradicional de Israel basada en la idea de la *elección*.

Esto, por lo menos tiene una consecuencia triple: a) la *historia*, la cotidianeidad, el mundo de las relaciones familiares, profesionales y de vecindad de los seres humanos son el lugar donde se realiza la vida

cristiana; b) el mensaje cristiano es una *oferta libre* (el «si quieres ser perfecta...» de que habla Jesús); c) el *prójimo* (su reconocimiento), tal como por ejemplo, es presentado en la parábola del buen samaritano (Lucas 10, 30-37) o en la parábola del juicio (los corderos y los cabritos) (Mateo 25,31-46), y no la explícita referencia a Dios, es el criterio decisivo para establecer la cristiandad de la vida de los que encuentran interesante seguir a Jesús como expresión concreta de la vida cristiana.

A partir de los tres puntos anteriores, creo que es posible extraer una consecuencia fundamental: *a priori*, de antemano, al margen de las peripecias históricas, nadie puede establecer lo que es cristiano, pero lo que es cristiano es una *respuesta* a las cuestiones que plantea la época, el contexto, cuando esta época y este contexto están maduros para que surjan tales preguntas.

Otra consecuencia importante de los puntos anteriores es que la comunidad que propone Jesús no tiene una constitución piramidal, sino que, en propiedad, es una *hermandad*. «Y vuestro padre no llaméis a nadie en la tierra, porque uno es vuestro Padre, el cual está en los cielos. Ni seáis llamados maestros, porque uno es vuestro Maestro, el Cristo». (Mateo 23,9-10).

Todavía querría destacar una actitud de Jesús que puede ser conveniente recordar. Me refiero a su decidida preferencia por la marginalidad (tan subrayada actualmente por las teologías de la liberación): las mujeres como grupo social, los cobradores de impuestos, la gente pequeña, las mujeres de mala vida, los que no poseen ningún tipo de reconocimiento social, etcétera, es decir, los estratos sociales que ocupaban un lugar secundario en la Palestina de aquel tiempo, los cuales, muy a menudo, eran los que, sencillamente, eran asimilados por el *establishment* judío con los «pecadores», es decir, los religiosamente peligrosos.

En los sermones de Jesús, el poder en todas sus formas (dinero, dominación, desconsideración con los débiles, etcétera) es desaprobado sin contemplaciones, porque el poder, a sus ojos, es pura vanidad, mera inconsistencia, la posibilidad idolátrica por excelencia, que tergiversa todas las relaciones humanas y, en consecuencia, no permite que el hombre cumpla los dos mandamientos de Jesús: amor a Dios y amor al prójimo. El poder introduce un absoluto en el entramado de las relaciones humanas que deteriora la comunidad que propone Jesús, es decir la unión de los hermanos. Es un hecho indudable, señalado ya hace unos años con mucha perspicacia por Michel de Certeau que, al menos en Occidente y en términos generales, la exigencia ético-religiosa del mensaje de Jesús ha tendido a objetivarse en manifestaciones estético-culturales. De esta forma, por lo menos a nivel institucional, la exigencia profética del cristianismo se diluía lamentablemente,

aunque, aquí y allá, continuase apareciendo, individualmente o en pequeñas comunidades, la *protesta profética*.

En este sentido, la tradición socialista, a pesar de las mutuas condenas y descalificaciones que se han producido en el pasado, ha sido sumamente beneficiosa para el cristianismo: le ha hecho tomar conciencia de sus valores originales (organización fraternal de la vida, relativización del poder, valor de la marginalidad, la pobreza, que no la miseria, como antídoto contra la petulancia y la absolutización de las mediaciones humanas, etcétera).

La tradición socialista

Es una enorme osadía por mi parte intentar indicar los rasgos fundamentales de la tradición socialista. Me ha servido la reflexión de algunos socialistas cristianos alemanes de los años veinte, que llevaron a cabo, en un tiempo que poseía algunos paralelismos con el actual, una reflexión muy semejante a la que estamos haciendo nosotros ahora mismo. Quisiera advertir que la tradición socialista, como todas las demás tradiciones, incluida la cristiana, también ha sido objeto de interpretaciones sacerdotales, proféticas y sapienciales.

Dejando a un lado los orígenes más o menos remotos de esta tradición, creo que se puede afirmar que tal como nosotros la conocemos es la respuesta a las condiciones de vida de los sectores menos favorecidos de la sociedad moderna sometida, a menudo brutalmente, a los procesos de industrialización, de urbanización, de anonimato, de burocratización, etcétera. Se trata, pues, de una propuesta histórica que pretende la salvaguardia física, moral y espiritual de los marginales y marginados por la triunfante sociedad burguesa occidental.

La tradición socialista hace una propuesta encaminada a la reconstrucción del tejido social, es decir, a una nueva vigorización de la *comunidad*, la cual había sido perjudicada por las condiciones de vida impuestas por los poderosos. Es necesario que los hombres reinstauren y mantengan, sin caer en las trampas del naturalismo bucólico tan típicas del «romanticismo político» del siglo XIX, unas *relaciones fraternales*, para darle la vuelta al lema del liberalismo moderno: «*homo homini lupus*», para que se convierta justo en medio de una sociedad que será mayoritariamente urbana en «*homo homini frater*». Esta sociedad nueva de hermanos será para los socialistas cristianos alemanes de los años veinte y treinta una realización (parcial, si se quiere) del Reino de Dios en esta tierra.

La cotidianeidad, la historia, es el marco donde ha de nacer el *hombre nuevo, desalienado*, que dirían algunos representantes de la tradición socialista. El reino de la libertad habría de sustituir al reino de la

necesidad, como decía mi viejo maestro Ernst Bloch. La fuerza de lo todavía-no-conseguido, por continuar utilizando su terminología, permite la construcción del socialismo como «proyecto de salvación» y no como «camino de salvación». El mundo, decía Bloch, es el *laboratorium possibilis salutis*, en el cual es factible el restablecimiento del tejido socio-comunitario deteriorado por los artefactos competitivos que ha puesto en circulación la moderna sociedad occidental. Bloch considera que la edificación del socialismo será una verdadera acción terapéutica en un doble sentido: naturalización del hombre y humanización de la naturaleza. Todo eso, naturalmente, presidido por el gran *principio esperanza*.

En este sentido, en algunas oportunidades, la tradición socialista ha venido a sustituir la función que antaño desempeñaba la religión. Frente a las iglesias que defendían *otro mundo*, la izquierda europea quería promover un *futuro diferente* (M. Deferteau). Aquí sería interesante analizar los pasos que se han dado desde la tradición cristiana a los socialismos por medio de las «herejías». (Tomo «herejía» en su sentido más primario: elegir de forma distinta, como por ejemplo, los marginados en lugar de los instalados, el servicio al prójimo en lugar de la rígida estratificación jerárquica, la constante búsqueda de criterios en lugar del pensamiento y de la acción con «regulación ortodoxa», etcétera.) Pero, en cualquier caso, lo que me parece importante destacar es que la consecución, *ya en el presente*, de una ordenación cultural, social y comunitaria diferente se presenta, parafraseando a Kant, como un reconocimiento de la dignidad del prójimo, la cual no tiene precio, es decir, que de ninguna forma habría de entrar en el circuito «oferta-demanda».

Para bien y para mal, la tradición socialista, vistas las cosas en su conjunto, no es una manera técnica que permita aplicaciones parciales a sectores concretos de la existencia humana. Originariamente, la tradición socialista es una *Weltanschauung* que afecta, por emplear un lenguaje clásico, a la inteligencia, la voluntad y el sentimiento de sus adeptos. Además, no hay que olvidar que todo proyecto político es al mismo tiempo una pedagogía, una transmisión de unos determinados valores que se consideran deseables para el establecimiento de unas relaciones sociales adecuadas.

Todas las cuestiones que he planteado son cuestiones abiertas, susceptibles de discusión, de matización, de desacuerdo, etcétera. Hay una que, realmente, me resulta mucho menos clara, pero que, en el fondo, se encuentra en la base, a mi modo de entender, del contencioso entre religión y política que en estos dos o tres últimos siglos ha perturbado la vida de los europeos. La cuestión, planteada muy resumidamente y, quizá por eso mismo, de alguna forma caricaturizada es: parece que la política en Occidente se ha movido entre estos dos polos. Por una parte, una teologización de la misma política con manifestaciones muy

diversas como, por ejemplo, el régimen nazi, el estalinismo y el franquismo. Por otra, la reducción de la política a meros actos administrativos: la tecnocracia al poder. ¿Como encontrar un discurso político que evite o, por lo menos, suavice estos dos escollos?

La tradición cristiana y la tradición socialista a finales de siglo

A mi modo de entender, ahora mismo, las dos tradiciones se encuentran enfrentadas a unos desafíos muy semejantes y al mismo tiempo; después de haber desechado, por ambas partes, toda una sarta de prejuicios y confrontaciones, existen posibilidades de colaboración.

Las dos tradiciones se encuentran ahora sometidas al impacto destructor del *olvido*: el olvido de sus genuinas tradiciones. Hegel, en un escrito de juventud, dice de Jesús que vivió hace tanto tiempo que parece como si no hubiese vivido nunca. La tradición socialista y la tradición cristiana vienen de tan antiguo que, muy a menudo, en el presente, olvidan sus rasgos más auténticos y característicos como si no tuviesen ninguna importancia. Y no me refiero a las formulaciones concretas, que siempre se encuentran históricamente determinadas, tampoco aludo a las respuestas concretas a las urgencias del presente, que se plantean cuando los tiempos están maduros, sino al olvido de la actitud fundamental que hay detrás de una determinada tradición, y que, en el caso que nos ocupa, quizá se pueda resumir mediante el término *compasión, sufrir con*, al margen de la matización que haya que hacer en cada caso de la compasión.

Querría señalar un rasgo muy significativo de nuestros días: la *desafiliación* que se experimenta en todas partes y que, posiblemente, tenga algo que ver con el desencanto que planea ahora sobre nosotros. (Jacob Taubes: escatología, apocalipsis, gnosis).

Otra cuestión que hay que considerar es la proliferación de los sistemas de valores. Ya hace algunos años, Michel de Certeau afirmaba que «ahora mismo hay demasiados objetos en los que creer y no hay suficiente credibilidad». El aumento vertiginoso de los dogmas, dentro y fuera de las iglesias, ha provocado a medio plazo la total relativización de todo, la cual tiene mucho que ver con la «moral del camaleón» de la que habla Adela Cortina. Un aspecto de la crisis actual que afecta igualmente a la tradición socialista y a la tradición cristiana, viene dado por la crisis de las transmisiones. Todas las instituciones basadas en la transmisión (familia, escuela, Estado, Iglesia) la sufren. Vistas las cosas desde otra perspectiva, se puede decir que estamos inmersos en una *crisis pedagógica* de enormes proporciones.

Parafraseando a Max Weber, se podría decir que el «desencantamiento del mundo» se expresa actualmente en términos de «desencan-

tamiento de la política», «desencantamiento de la religión», «de la cultura», etcétera. Aquí se hace presente el peligro del pragmatismo puro y duro al poder; esquema «usar y tirar».

En términos generales, ni los sistemas religiosos (en nuestro caso, la Iglesia católica) ni los sistemas políticos (en nuestro caso, la tradición socialista) han equipado a sus adeptos para la *desobediencia civil*, porque, por regla general, han optado de una manera indiscriminada por el poder sin promocionar la autocrítica.

Actualmente, tanto la tradición cristiana como la tradición socialista, a causa de la mezcla explosiva que representa una crisis ideológica potenciada con una crisis económica, se encuentran enfrentadas con la inquietante presencia, por una parte, de toda clase de corrientes fundamentalistas y, por otra, de los movimientos y tendencias que se incluyen dentro de la *new age*. A menudo, la fundamentalización y la *new age* se encuentran fuertemente representadas en ambas tradiciones. No hace falta referirse aquí, por una parte, a las enormes ambigüedades de los grupos actuales con talante fundamentalista y de su interés por el «principio del líder» y, por otra, a las aberraciones que cometen muchos grupos incluidos dentro del «retorno de lo sagrado», en los cuales se encuentran muchos *ex*. Sería muy conveniente para las dos tradiciones analizar cuidadosamente el porqué de la ubicación actual en estos grupos de tantos *ex* militantes, *ex* sacerdotes, *ex* sindicalistas, *ex* religiosos, etcétera.

Unos puntos de conclusión

Finalmente, quisiera apuntar unas brevísimas conclusiones con la finalidad, sobre todo, de promover el diálogo. Es un hecho bastante evidente que la demanda de sentido constituye uno de los aspectos más importantes de nuestros días, tanto en política como en religión. Parece, y me refiero especialmente a la Iglesia, que es la organización que conozco mejor, que nuestras instituciones son incapaces de responder a la demanda de sentido si no es mediante la producción de normas.

La tradición socialista y la tradición cristiana —y esto se encuentra de una forma diáfana en sus respectivos orígenes— han sido antídotos contra el *individualismo*. Justamente el individualismo, a partir de, por ejemplo, de Hume y Hobbes, constituye una de las afirmaciones mayores de la cultura occidental, que encuentra su máximo representante en Nietzsche. Este constituye, ahora mismo a menudo perversamente interpretado, el punto de referencia fundamental de todo el cajón de sastre que se denomina posmodernidad, pensamiento débil, etcétera. Creo que ni la tradición cristiana ni la socialista han sabido resistir a la infección individualista, lo cual significa que, en estos últimos decenios, han dejado que la *comunidad* se desarticulase.

La categoría prójimo es la piedra de toque de ambas tradiciones. Una de las tareas más urgentes consiste, a mi parecer, en la revitalización del tejido comunitario, lo cual supone un retorno a una de las tradiciones que siempre han poseído más vigencia en nuestro país: el asociacionismo. Un asociacionismo que tendría que relativizar la tendencia a la multinacionalización de la política y de la religión. Esto no es para fomentar el provincialismo, por otra parte tan típico de la derecha de nuestro país, sino para conseguir una real *convivencia de prójimos*, es decir, de personas que *se comunican* y que son capaces de *simpatía*. Se trata de lo que decía San Pablo, de «gozar con los que se gozan y llorar con los que lloran» (Romanos 12, 15). Aquí la y es de la máxima importancia.

Los contextos actuales no son los mismos en los que se formularon la tradición socialista y la cristiana. Se impone una tarea de recreación en función de las urgencias del momento presente, es decir, hay que crear una justicia, una libertad, una convivencia, una fraternidad *creíbles* aquí y ahora. El drama de la tradición cristiana y de la tradición socialista actuales es que, en amplios sectores de la sociedad, resultan *increíbles*. Y son increíbles porque, muy a menudo, son increíbles sus adeptos más cualificados. San Pablo decía a los cristianos de su tiempo: «El nombre de Dios es blasfemado por causa de vosotros entre los Gentiles». (Romanos 2,24)

La sociedad del siglo XXI, si nos abandonamos a la dinámica actual, puede ser realmente invivible. Intentar ofrecer un futuro mejor a nuestros hijos puede ser una tarea que nos haga a todos un poco mejores y, muy posiblemente, más felices. Yo continúo creyendo en aquella sentencia de San Pablo, que remite al mismo Jesús: «Más bienaventurada cosa es dar que recibir». Por eso nos hace falta una cosa que a menudo las insituciones religiosas y políticas no están dispuestas a aceptar: el *intento*, lo cual comporta la posibilidad (que desde la perspectiva humana es un derecho) de *equivocarse*. La falta de autocrítica se encuentra en la base de todos los comportamientos dictatoriales, los cuales, desgraciadamente, se han hecho presentes demasiado a menudo en muchas de las realizaciones históricas de estas dos tradiciones.

La *solidaridad* como fruto del reconocimiento del prójimo, cercano o lejano (sin olvidar aquello que decía Max Scheller: «Muchos quieren a todos en general, con el fin de no tener que querer a nadie en concreto»), es el valor máximo que, a mi forma de entender, pueden compartir las dos tradiciones. Una solidaridad, diría, que comienza a escala *micro*, con el fin de proveer, si eso resulta finalmente posible, al conjunto de la humanidad. Una solidaridad, finalmente, que posiblemente sea la terapia que con más urgencia necesita, ahora mismo, nuestra sociedad.

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



**CINCUENTA AÑOS
DE CULTURA OBRERA
EN ESPAÑA
1890-1940**

Francisco de Luis

EDITORIAL

Monte Esquinza

CINCUENTA AÑOS DE CULTURA OBRERA EN ESPAÑA 1890-1940

Francisco de Luis

336 págs.

3.000 ptas. (IVA)

Desde una perspectiva que se pretende interdisciplinar e integradora, se ofrecen al lector doce ensayos que tienen como hilo conductor la referencia a distintos y nucleares aspectos de lo que fueron la teoría y la práctica cultural del socialismo español entre 1890 y 1940. Apoyándose en abundante material de documentación, el autor logra un detallado y ameno análisis tanto de los procesos de creación, transmisión y recepción de productos culturales de y para los obreros, como de las actividades, proyectos e instituciones que definieron y caracterizaron la compleja relación entre cultura y socialismo durante aquellos cincuenta años.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30, 2º dcha.
Telfs.: 310 46 96 y 310 47 98

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal**

EL SOCIALISMO ASTURIANO EN EL EXILIO

Adolfo FERNÁNDEZ PÉREZ

El precedente de la ASRA

La experiencia orgánica de los socialistas asturianos fuera de su región había tenido un magnífico preámbulo en la Agrupación Socialista de Refugiados Asturianos (ASRA), fundada en Barcelona después de la caída de Asturias en manos de las tropas franquistas en octubre de 1937. La ASRA —cuyo Comité Ejecutivo estuvo formado por Inocencio Burgos (presidente), Belarmino Tomás (vicepresidente), José Barreiro (secretario general), Rogelio Lagar (secretario administrativo), López Mulero (secretario sindical), Avila (secretario juvenil), Purificación Tomás (secretaria femenina), Paulino Rodríguez (secretario de milicias), Manuel Suárez (secretario de actas) y Amador Fernández (vocal)— tuvo su sede en la barcelonesa Vía Diagonal, 413, y articulaba a los distintos grupos de asturianos socialistas dispersos por la zona republicana con los que se coordinaba a través de un delegado presidente y un delegado secretario. Los medios disponibles procedían de las cotizaciones, donativos, etcétera. Y en

cuanto a los fines, aparte de impedir la absorción de los asturianos por el Partido Socialista Unificado de Cataluña «sabiendo como sabíamos, que entrar en tal organización equivalía a entrar en el PCE» (José Barreiro), se pueden sintetizar en la «solidaridad y ayuda» a los compañeros entendidas en sentido amplio.

Los orígenes de la CSA

El exilio en Francia, iniciado en febrero de 1939, abrió una nueva etapa en la vida del conjunto de los refugiados españoles que, en número de unos 500.000, atravesaron los Pirineos acosados por las tropas franquistas. El colectivo de socialistas asturianos, aunque geográficamente diseminados, mantuvo desde el primer momento una fuerte cohesión fruto no sólo del origen geográfico común, sino también de la imborrable huella dejada entre todos por las intensas experiencias históricas previas vividas solidariamente. Fuentes conservadas en la Fundación José Barreiro nos permiten saber que, ya en agosto de 1939, un grupo de asturianos asiduos al Café Continental de Narbona realizaron los primeros contactos para recuperar la organización socialista regional en medio del caos general y mantener la continuidad histórica de la Agrupación Socialista de Refugiados Asturianos. El proyecto acabó cuajando —a pesar de los campos de refugiados, de los peligros de la ocupación alemana, de las múltiples privaciones, etcétera— en la formación de la Comisión Socialista Asturiana (CSA) en 1942.

El temor que entre muchos compañeros produjo el intenso proselitismo comunista, canalizado a través de la Unión Nacional Española fundada en Montauban, cerca de Toulouse (Francia), en el verano del año precitado, recreó la situación que en Cataluña había determinado la amenaza de absorción por el PSUC y la fundación de la ASRA y parece que aceleró la actividad orgánica de los asturianos socialistas acuciados, además, por la necesidad de recuperar las prácticas de solidaridad y ayuda con los más necesitados que en Cataluña había desplegado la Agrupación de Refugiados. Organizándose, perseguían además, entonces, otro objetivo: iniciar la reconstrucción del PSOE, colaborando con el Comité de Coordinación encargado de convocar el primer Congreso del Partido Socialista Obrero Español en el exilio.

Celebrado dicho Congreso en Toulouse los días 24 y 25 de septiembre de 1944, el grupo de asturianos decide continuar su labor, tomando definitivo carácter constituyente en una famosa asamblea que se convocó en Montauban el 14 de octubre de 1945, para crear entonces formalmente la Comisión Socialista Asturiana (CSA).

En el acta de la citada asamblea se dice lo siguiente: «Opinábamos que era útil seguir manteniendo la relación de carácter político que an-

tes del congreso manteníamos, sin entrometernos en la vida ordinaria del partido, sin crear carnets, cotizaciones regulares (...), sino (para) mantener viva la querencia asturiana, permanecer todos unidos y en contacto y preocuparnos por nuestra región».

En el transcurso de aquella asamblea, y según consta en el acta correspondiente, fue elegida la primera Comisión Ejecutiva de este organismo, quedando estructurada de la siguiente forma:

Secretario general (y gran animador de la Comisión hasta su fallecimiento en agosto de 1975): José Barreiro.

Secretario adjunto y tesorero: César Antuña.

Secretario de estudios (presidente desde 1956): Paulino Rodríguez.

Adjunto de estudios: Daniel Noval.

Secretario administrativo: José Fernández Flórez.

La dirección así constituida —cuya composición no varió sustancialmente durante los años de existencia de la CSA, salvo para cubrir con José Mata la vacante dejada por José Barreiro en 1975— se encargó de impulsar la formación de grupos de asturianos en aquellos lugares de Francia, América y el norte de Africa donde residieran al menos tres o cuatro compañeros, sobre la base de los objetivos definidos en la Asamblea de Montauban.

Los objetivos de la CSA

Estos objetivos eran los siguientes:

- Impulsar el desarrollo de actividades culturales, políticas y, sobre todo, recaudar fondos para canalizarlos hacia la solidaridad interna.
- El dinero conseguido por la CSA iba destinado muy especialmente para ayudar a los compañeros de la Federación Socialista Asturiana (FSA), reorganizada en la clandestinidad desde octubre del año 1943.

La trascendencia histórica que tuvo para el socialismo asturiano la relación, nunca interrumpida, entre los hombres del interior (Federación Socialista Asturiana) y del exilio (Comisión Socialista Asturiana) es posible que sólo haya sido percibida por los más veteranos del partido. Sin embargo, en la actualidad puede captarse revisando la copiosa documentación conservada en el Archivo de la Fundación José Barreiro, que fue entregada por diversos compañeros residentes en Francia.

Solidaridad y ayuda

Nosotros queremos simplemente apuntar un dato: no parece exagerado afirmar que la Federación Socialista Asturiana mantuvo su continuidad orgánica, durante la larga noche del franquismo, gracias al

apoyo material y moral, prestado sin desmayo, y dentro del organigrama PSOE-UGT, por sus compañeros. En efecto, el objetivo esencial de la CSA era el de reandar fondos que se distribuían en dos partes: una iba a parar al denominado Fondo de Solidaridad o de ayuda a los asturianos que vivían en extrema necesidad en el exilio, y otra para el Fondo de Ayuda al Interior, con el que se trataba de mantener la infraestructura material que permitía el funcionamiento de las organizaciones clandestinas; pero también «para que aquellos compañeros sepan que pensamos en ellos y que sus luchas y preocupaciones las hacemos nuestras».

El esfuerzo económico que el allegar esos fondos suponía para los asturianos en el exilio era realmente «titánico porque la vida aquí de los refugiados es muy pobre y muy difícil».

Es cierto que no existían cotizaciones fijas —lo prohibían los estatutos del partido— pero prácticamente funcionaban como tales. Y los afiliados de la Comisión —que, no se olvide, contribuían también con sus cuotas al sostenimiento del partido, la Unión General de Trabajadores y Solidaridad Democrática—, cuando las necesidades del interior apremiaban (detenciones, huelgas, etcétera), recurrían a otros expedientes tales como la venta de folletos socialistas, fotos (por ejemplo, la de los guerrilleros después de su llegada a San Juan de Luz junto a Indalecio Prieto, Amador Fernández y José Fernández Flórez), rifas, tómbolas.

De la ayuda prestada a los compañeros del exilio y del interior queda constancia en los balances que presentaban el secretario y el tesorero de la CSA. Con respecto a la ayuda económica al interior hay que resaltar la enorme importancia material y, sobre todo, moral que los compañeros de la Federación Socialista Asturiana (FSA) le atribuían. Baste recordar que ya en 1948 la CSA colaboró con más de 200.000 francos para sufragar los gastos de la salida de los últimos guerrilleros socialistas. Posteriormente, el celo de las ejecutivas de Toulouse por garantizar el destino de sus recursos, y/o la ineficacia de la Comisión Ejecutiva Nacional, hicieron que los envíos de la CSA fuesen los únicos medios económicos con que contaba la FSA. Todavía en 1971 Agustín González (*Otilio* en la clandestinidad), dirigente de la FSA, escribe desde Bayona a la CSA indicando las dificultades que tenían para obtener fondos de la Comisión Ejecutiva del Interior y de Toulouse: «Desde junio del año pasado no nos mandaron ni un céntimo»; para concluir, «si no fuera por vuestra ayuda estaríamos arreglados».

Pero la actividad de la CSA no se limitó a la solidaridad económica. También organizó otros servicios tales como el paso clandestino de la frontera franco-española y girar dinero de particulares para sus familiares del interior; fueron importantes asimismo las gestiones que sus componentes realizaban para buscar trabajo a las gentes que llegaban

de España «movilizando» a los distintos grupos de asturianos con tal fin. Sus iniciativas como «Comisión de Estudios» fueron realmente menos importantes y casi siempre se encuadraban dentro de los planes generales del partido. Así, la colaboración de Barreiro en las Escuelas de Verano; no obstante, es preciso reseñar la preocupación que sus dirigentes, y en especial su secretario general, tuvieron por la formación ideológico-política de los militantes para lo cual apoyaron, en la medida de sus posibilidades, la asistencia de jóvenes del interior a los cursos de formación que a tal fin organizaba el partido en Francia; el mismo objetivo perseguía la introducción clandestina en España de folletos, boletines, prensa, etcétera.

Por otra parte, la CSA aspiró desde el primer momento al control de enlaces y contactos de todo tipo con el interior y, aunque el Comité Ejecutivo Nacional del PSOE no admitió nunca esa posibilidad, lo cierto es que muy pronto los planteamientos de la CSA se imponen y las relaciones entre los socialistas asturianos del interior y las ejecutivas del PSOE-UGT se canalizan a través suyo.

De este modo, los socialistas asturianos se comportan, casi de manera unánime, como un bloque compacto que inevitablemente transforma a la CSA en un grupo político con gran capacidad de influencia en las decisiones de las ejecutivas y en los acuerdos de los congresos, por más que ese no era el objetivo explícito para el que había sido creada.

El activismo político

La costumbre de los delegados asturianos de reunirse antes y después de la celebración de los congresos para acordar estrategias y posiciones es muy conocida en los medios socialistas del exilio y está testificada documentalmente.

Esa función política de la CSA —que nos atrevemos a calificar de trascendental para la historia del socialismo español— se empieza a poner de manifiesto desde los primeros momentos de su creación. Ya en la comentada asamblea de Montauban se dio cuenta de los contactos políticos mantenidos con los compañeros republicanos asturianos y cenetistas de la Regional de Asturias, León y Palencia, representados por José Maldonado y Noval respectivamente y, aunque en principio no fue posible «establecer ninguna alianza por expresa prohibición del Pleno Nacional», José Barreiro les transmitió, en nombre de la CSA, «el deseo de sostener con estos amigos un nexo político que sentase las bases de futuras relaciones cordiales y fructíferas en hechos cuando nos encontremos en Asturias».

Posteriormente, en septiembre de 1946, al vislumbrarse una posibilidad de inmediata solución al «problema español», la CSA emite una

circular (n.º 6) en la que recomienda a los asturianos estén preparados «para cruzar la frontera al primer aviso» con el fin de «hacer por el partido todo cuanto las circunstancias aconsejen».

Significativa fue también la actuación del secretario de la CSA de cara al III Congreso del PSOE en Toulouse (febrero de 1948), en el que se pretendía ratificar la confianza en la política de pacto con los monárquicos propugnada por Indalecio Prieto. José Barreiro, prietista destacado, procura arrastrar en esa dirección a los asturianos del exilio.

La función política que la CSA desempeñó no puede aparecer más clara y los ejemplos podrían multiplicarse. Pero, en este sentido, creemos que cuando su labor fue realmente importante es en la década de los sesenta al colaborar de manera decisiva en el proceso de renovación del PSOE y de la UGT, culminado en el Congreso de Suresnes de 1974.

La historia de los socialistas entre 1959 y 1973 está marcada por la desconexión cada vez mayor entre las organizaciones del interior y la dirección, instalada en Toulouse, aferrada a los viejos esquemas políticos: la firma de un nuevo pacto con los monárquicos en 1961, para la constitución de la Unión de Fuerzas Democráticas (UFD) y la formación, en 1960, de la Alianza Sindical (AS) con la CNT y STV fueron la reedición de experiencias anteriores, del tipo de la ANFD; como también lo era el mantenimiento del rigor anticomunista traducido en el rechazo de cualquier tipo de colaboración con el PCE.

Frente a esta postura de la dirección en el exilio, las federaciones provinciales, en contacto con la realidad y ante el temor de ser marginadas por otras organizaciones en la actividad antifranquista, se distanciaron paulatinamente de Toulouse, si no desde el punto de vista político e ideológico, sí en cuanto a la organización y estrategias de actuación, muchas veces llevadas a cabo sin contar con la anuencia del exterior.

La posición de la FSA respecto a la dirección de Toulouse es, posiblemente, el mejor ejemplo nacional de la dialéctica entablada entre el interior y las comisiones ejecutivas del PSOE y de la UGT en el exilio. La tendencia a la autonomía en la organización y en la acción puesta de manifiesto desde 1958 continúa en la década de los sesenta; pero los sucesivos comités provinciales se debaten entre el respeto a las directrices del exterior, que siguen manteniendo la conveniencia de la moderación y la discreción en la actividad clandestina, y los deseos de un activismo, acorde con los nuevos tiempos, capaz de contrarrestar el protagonismo del PCE-CCOO y de evitar la fragmentación de la familia socialista, tal y como se estaba produciendo con la aparición de organizaciones sindicales, como ASO y USO, y de movimientos

políticos del estilo del Movimiento Socialista Catalán (MSC), el Partido Socialista del Interior (PSI) de Tierno Galván, y diferentes federaciones provinciales. Esa misma inquietud es compartida por la CSA que reestructura la dirección dando entrada en la misma a jóvenes como Manuel Simón y Manuel Garnacho, plenamente conectados con esas inquietudes; a ellos hay que unir la presencia en Toulouse de huidos de la represión interior —entre éstos destacan José Castro y Avelino Pérez, llegados de Francia después de las huelgas de 1958 y 1962 respectivamente— y la presión del grupo asturiano de México a través del Secretariado Femenino (Purificación Tomás), actuando en el mismo sentido.

De tal manera que los socialistas asturianos del interior y del exilio estrechan filas en torno a una problemática que les une más que nunca. Al frente de ese bloque compacto, la figura del secretario general de la CSA, José Barreiro, se agiganta como líder indiscutible al unirse en su persona al prestigio de la vieja militancia el ser uno de los pocos veteranos del partido que conecta con las inquietudes del interior y de los más jóvenes. Realmente, los socialistas asturianos del interior, cuya vinculación a la CSA había sido muy intensa en las décadas anteriores, dependen cada vez más, en todos los sentidos (económicos, ideológicos, etcétera), de la dirección de la CSA y del impulso renovador que a la misma supo dar José Barreiro: Chaum, en el sur de Francia, residencia de éste, se convierte en lugar de encuentro para los socialistas del interior, mucho más que Toulouse; y en Hendaya (domicilio de Rafael Hernández) fueron cada vez más frecuentes las reuniones entre los dirigentes de la CSA y los delegados del interior.

De esta doble concurrencia en torno a la necesidad del cambio de estrategias en las ejecutivas del PSOE y de la UGT, surge el espíritu renovador del cual José Barreiro se empieza a hacer eco desde comienzos de la década de los sesenta conduciéndole a un progresivo distanciamiento de los clásicos Rodolfo Llopis, Pascual Tomás, Manuel Muiño, etcétera, cada vez más recelosos ante todo lo que podía significar una amenaza para su posición hegemónica en las organizaciones del PSOE y de la UGT. Ya en 1967, José Barreiro, aunque alegando motivos de salud, dimite de la vicesecretaría del partido; pero en el fondo latían razones de índole política, como es fácil de deducir de la correspondencia mantenida por entonces por el secretario de la CSA con los distintos grupos asturianos del exilio. Valga como ejemplo la carta que escribe el 14 de junio de 1967 a Manuel Valdés (residente en Rouen), que previamente había interrogado a Barreiro sobre si su dimisión se debía realmente a problemas de salud o si era cierto que la CE del partido prefería suprimir la vicesecretaría por razones económicas. Barreiro contestó: «El rumor que llegó a sus oídos según el cual la CE piensa pedir en el Congreso la cesantía del vicesecretario por razones económicas responde un poco a la verdad y los autores de

esa “genial idea” son Muiño, Calzada, Armentia y sus amigos. Son ellos justamente quienes sobran en la CE, como sobra Pascual Tomás y sobra Torregrosa, todos ellos aquejados de senilidad e incompetencia. Si algo útil hay que hacer en el próximo Congreso es precisamente meter gente nueva y joven en la CE. Como predico dando trigo por eso digo que tampoco yo debo ser reelegido a fin de dar paso a hombres jóvenes como Manuel Simón, Manuel Garnacho, los hermanos Carlos y José Martínez Cobo —hijos de Parera—, Tomás Zapico (de Tarbes, hijo de Plácido, el que fue fundador del SMA en Langreo), Antonio García Duarte y otros (...). El futuro inmediato del partido exige una actividad cada día mayor y se necesita, al lado de hombres de vieja experiencia como Llopis, Jimeno y Parera, otros nuevos y vigorosos que representen a la nueva generación».

Quede claro que el cambio de hombres no es para José Barreiro un fin en sí mismo, sino un paso imprescindible para la renovación, como apunta en su escrito a Emilio Vigil (Caracas), el 28 de junio de 1968: «Se necesitan hombres nuevos para una situación nueva. Hay que acabar con los fantasmas de la Alianza Sindical y de la Unión de Fuerzas Democráticas, pues ambas carecen de realidad en España. La Alianza Sindical está condenada a la esterilidad a causa de la CNT que se opone, en virtud de un acuerdo de una Plenaria, a que no entren en la Alianza Sindical movimientos sindicales nacidos después de la Guerra Civil. Estiman que todo lo que no sea sindicalismo clásico peca de comunismo y fascismo (...). A causa de tal actitud se nos está escapando de las manos la clase obrera y estamos posibilitando el nacimiento de otras fuerzas sindicales. La UFD peca algo también de eso, de eliminar movimientos políticos nuevos y viejos, alegando que son minúsculos».

Sin embargo, los objetivos de José Barreiro tardarán en cumplirse. El X Congreso de la UGT, celebrado en 1968, fue decepcionante en sus resultados y como consecuencia de ello, el dirigente socialista asturiano dimite de su cargo de vocal de la CE de la UGT en julio de 1969; junto a él lo hicieron también Andrés Jimeno, Antonio García Duarte y Paulino Barrabés, con lo que la crisis entre los socialistas quedaba definitivamente abierta.

El primer gran paso en la resolución de la misma tendrá lugar en el XI Congreso de la UGT (1971). El papel político que en estos momentos jugó la CSA fue decisivo. José Barreiro, consciente de la importancia que tenía la renovación de la CE de la UGT, realizó un extraordinario esfuerzo para movilizar a los grupos asturianos presentes en las distintas agrupaciones en el exilio, con el fin de lograr que la mayoría de los delegados presentes en el Congreso apoyasen las tesis renovadoras. El resultado no pudo ser más halagüeño: «renovación del equipo del exterior» —que se reduce a cinco a partir de ahora— «a base de compañeros nuevos y más jóvenes»; pero además: «ahora el

poder de decisión reside en los compañeros de España, puesto que la CE se compone de 14 miembros, de los cuales sólo 5 residen en el extranjero» (carta de José Barreiro a Bernardo Díaz del 16 de agosto de 1971).

El proceso renovador continuará en el XII Congreso del PSOE (1972) y se lleva a cabo en la dirección trazada por el XI Congreso de la UGT. Por entonces habían empezado a aparecer en Asturias los jóvenes andaluces, Felipe González y Alfonso Guerra, que en reuniones organizadas en el puerto de Tarna (las primeras de las que tenemos noticias, a través de la correspondencia de Barreiro, datan de 1970. Curiosamente, el líder asturiano se refiere a ellos llamándoles «los predicadores de Tarna») tratan de poner al día la organización asturiana, a la vez que cogen el tren del esfuerzo renovador, impulsado por los asturianos del interior y del exilio, que los llevará a la dirección del partido en el Congreso de Suresnes de 1974, donde Felipe González fue elegido primer secretario. Es a partir de entonces cuando el PSOE, con sus dirigentes ya en el interior, inicia un intenso programa de reorganización y propaganda con evidente éxito nacional y regional.

Epílogo

Pues bien, a pesar de esa inagotable dedicación al mantenimiento y desarrollo del socialismo nacional y regional (el penúltimo ejemplo fue habilitar 75.000 pesetas para la adquisición de la cabaña-albergue de Peña Mayor, con el propósito de que los socialistas asturianos pudieran disponer de un lugar idóneo en donde impartir cursos de formación), la Comisión Socialista Asturiana, estatutariamente instituida en un Pleno Nacional que celebró el PSOE poco después del Congreso de 1944, fue perdiendo sentido una vez desaparecido el franquismo, lo que, por otra parte, coincidió con el agotamiento físico y fallecimiento de sus principales mentores.

Entrando en el fondo de la cuestión, diremos que aquellos compañeros echaron de menos, no sin cierto disgusto, que no se hubiese precedido formalmente a la disolución de la Comisión Socialista Asturiana. Pensaban que podría haberse efectuado, en los primeros años de la transición, mediante un acto público de rendición de cuentas y de reconocimiento, no de sus méritos, sino de los contraídos por cientos de asturianos anónimos que con su esfuerzo hicieron posible la existencia de la Comisión Socialista Asturiana.

Pero los entonces jóvenes dirigentes de la Federación Socialista Asturiana, en aquellos turbulentos años de comienzos de la transición democrática, vivían demasiado inmersos en los innumerables problemas inmediatos y en las cuestiones que iban surgiendo cada día, ante las cuales debían improvisar respuestas. Creemos que éste es el motivo de

que no percibieran la necesidad sentida por sus veteranos del exilio y que, en consecuencia, no hubieran procedido entonces de acuerdo con lo que aquellos compañeros estaban deseando.

Sólo la apertura de varios trabajos de investigación sobre la historia reciente del socialismo asturiano, efectuados en la Fundación José Barreiro, ha hecho que rebroten unos recuerdos y surjan unas inquietudes. Consecuentemente, nació en diversos sectores del socialismo asturiano la necesidad de que la FSA procediese (quizá un poco tarde) a satisfacer una indiscutible deuda histórica, que los socialistas de hoy y de siempre tendrán con aquellos incansables luchadores.

Introducción al libro El socialismo asturiano en el exilio. Actos de homenaje a la Comisión Socialista Asturiana, editado recientemente por la Fundación José Barreiro.

LIBROS

PROPUESTAS MINIMAS

Miguel PORTA PERALES

Hans Magnus Enzensberger
Perspectivas de guerra civil
Traducción de Michael Faber-Kaiser
Editorial Anagrama
Barcelona, 1994

André Glucksmann
El undécimo mandamiento
Traducción de Anna Poca
Editorial Península
Barcelona, 1993

Dónde estamos? ¿Qué podemos hacer? O lo que es lo mismo: ¿cómo es nuestro presente? ¿Cómo podemos mejorar este presente? Estas son preguntas que formulamos y reformulamos una y otra vez. Hans Magnus Enzensberger, en *Perspectivas de guerra civil*, y André Glucksmann, en *El undécimo mandamiento*, nos ofrecen su versión de los hechos y su propuesta alternativa para vivir un poco mejor (o un poco menos mal) y más dignamente (o menos indignamente).

El análisis de Enzensberger gira alrededor de una de las constantes del ser humano: la violencia. Y es que para el alemán, y para ello no creo que se haya de ser experto etólogo, el ser humano es el único primate que se ha dedicado, y se dedica, a matar a sus congéneres de una forma premeditada y sistemática, casi nos atrevemos a decir que de una forma *científica*. Y pruebas, precisamente, no nos faltan. ¿O es que no recordamos las guerras, genocidios y matanzas diversas que adornan nuestra historia, tanto la pasada como la reciente? Puestas así las cosas, no es exagerado afirmar, como hace Enzens-

berger, que la especie humana tiene la mala costumbre de destruir, e incluso aniquilar, todo lo que odia. Y la destrucción y la aniquilación continúa hoy como ayer. Y, no, no se nos habla de otra guerra como la de la ex Yugoslavia, sino que se nos habla de otra guerra menor que poco a poco se ha ido instalando en el seno de nuestras sociedades desarrolladas: la «guerra civil molecular», según la terminología que Hans Magnus Enzensberger utiliza en este su último trabajo.

Según Enzensberger —en un trabajo que se lee de un tirón y seduce al lector desde la primera página—, la guerra civil, en la actualidad, no es una cosa exclusiva de los países del Tercer Mundo o del antiguo bloque comunista, sino que ya ha hecho acto de presencia en nuestras metrópolis. Y, atención, los sujetos principales de esta guerra civil molecular (molecular, porque el protagonismo no ha llegado todavía a amplias capas de la sociedad) no son sólo los terroristas, los mafiosos o los narcotraficantes, sino otros: ciudadanos normales y corrientes que, de vuelta y porrazo, se transforman en *hoo-*

ligans, incendiarios, destructores o locos asesinos. En resumen, la guerra civil que empieza a azotar nuestras sociedades (una guerra autista, estúpida, sin convicciones, ideología y finalidad que quema papeleras, neumáticos, contenedores de basuras, cabinas telefónicas, escuelas y dispensarios, o agradece y asesina ciudadanos de otras razas) viene de la mano de unos nuevos vándalos que han surgido en nuestro educado y desarrollado Occidente.

¿Dónde buscar la explicación de este fenómeno? Descartando la teoría de la generación espontánea, Enzensberger cree que la Bosnia en miniatura en que pueden transformarse las calles de nuestras grandes ciudades encuentra su explicación en un haz de factores: el odio irracional a lo que es diferente (cualquier diferencia se convierte así en un «riesgo mortal»); el autoodio (el *Rambo* más estúpido sabe que su guerra particular conducirá «su propio país irremisiblemente a un vacío económico»); y la falta de perspectivas (la violencia colectiva no es sino «la reacción desesperada de los perdedores ante su situación económica sin futuro»).

¿Cómo evitar que la deflación se contagie? La *solución* no es en absoluto fácil. Y es que hoy los vándalos están de *moda* (salen en unos

medios de comunicación que parecen estar orgullosos y satisfechos de relatar o retransmitir alguna matanza, son entrevistados y con frecuencia presentados como héroes o antihéroes, etcétera), y no resulta nada difícil escuchar que la culpa nunca es del criminal, sino del entorno, la sociedad o el sistema.

¿Qué hacer? Enzensberger, ante las agresiones y las víctimas realmente existentes, propone que nos despidamos «de las fantasías de omnipotencia moral» y que nos decidamos a «establecer prioridades». O lo que es lo mismo: se trata de asumir sin complejos que no todo es posible para dedicarse prioritariamente (ayuda alimenticia y material, intervención política, etcétera) a aquellas víctimas que pueden ser, por así decirlo, *salvadas*. El ensayista alemán reconoce que la alternativa es «desagradable» y tiene su «lado oscuro», pero —viene a preguntarse y a preguntarnos— ¿qué otra alternativa viable existe en un mundo que se nos ha revelado absolutamente limitado? Y Enzensberger concluye: Todo caso extremo pone de manifiesto el atormentador callejón sin salida al que debe enfrentarse hoy en día la ética de la responsabilidad».

Probablemente el análisis de nuestra realidad propuesto por Enzensberger peque de

exceso de generalización y de catastrofismo. En cualquier caso, dicho análisis tiene el valor de provocar y/o llamar la atención sobre una conducta patológica emergente que ya resulta preocupante y que nadie sabe cómo atajar. Y si el análisis puede no ser compartido por muchos, la alternativa irritará a muchos más. ¿Salvar a los que se supone pueden ser salvados y olvidarse de los que se supone no pueden ser salvados? Dura, muy dura, y muy difícil de digerir, es la propuesta de nuestro autor. ¿Otro izquierdista que se pasa a la derecha y a la reacción?, como ya ha sido apuntado. «Que nadie se autoengañe», concluye Enzensberger. La polémica está servida.

André Glucksmann, por su parte, nos brinda un análisis del presente que se detiene fundamentalmente en la crítica de los diversos totalitarismos e integristas (sean o no de rostro humano) que existen en nuestro tiempo. Un trabajo que el francés completa con una propuesta mínima que no tiene otro objetivo que el de, por así decirlo, enfrentarse a los males del mundo. En la vertiente crítica del libro, Glucksmann pone en evidencia un buen número de los, digamos, *tics* hoy existentes. El francés, por ejemplo, señala que el integrista no se encuentra únicamente en los países exóticos, sino que en el seno

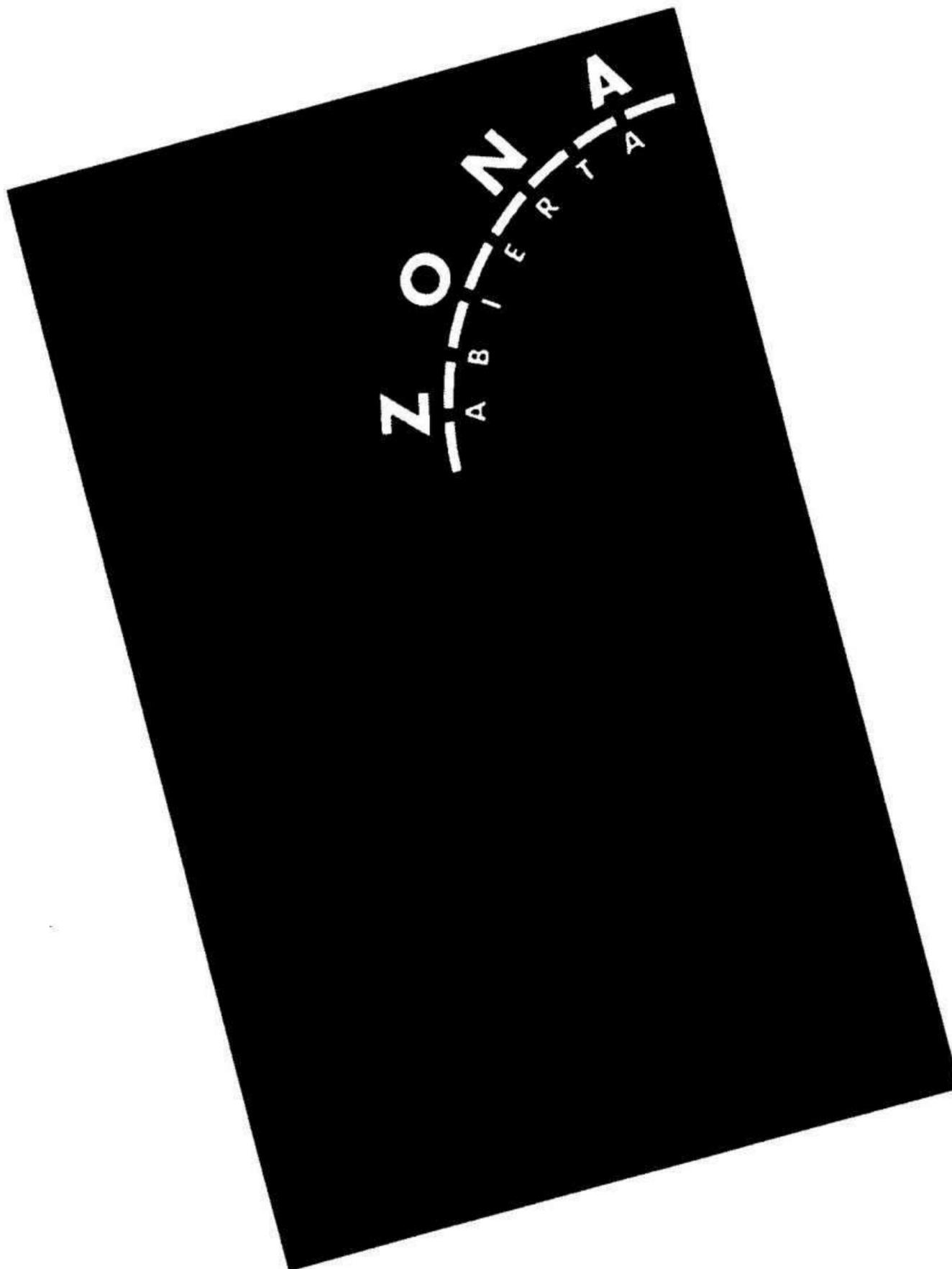
de nuestras sociedades más desarrolladas también surge un integrismo fundamentalista (ya sea disfrazado de izquierdismo, de ecologismo, de tercermundismo, etcétera) que sataniza y condena aquello que escapa a los rígidos esquemas mentales de la revelación y/o iluminación recibida. Y haciendo compañía al integrismo, las sociedades occidentales —constata Glucksmann— también segregan una buena cantidad de huellas totalitarias entre las cuales destacan el maniqueísmo, la falsificación de la realidad a mayor gloria de los intereses más particulares, la imposición más o menos sutil de una Gran Promesa utópica y supuestamente *científica* que está por encima del bien y del mal, etcétera.

El undécimo mandamiento, ya lo hemos dicho más

arriba, va más allá de la mera (y certera) crítica y se adentra en la siempre problemática, y frecuentemente resbaladiza, cuestión de las alternativas que habría que tomar; aunque, de hecho, el autor no propone alternativas en el sentido fuerte del término, sino que tan sólo intenta responder a la típica pregunta de qué hacer en una situación como la nuestra. André Glucksmann, pesimista, se contenta proponiendo tres cosas: aceptar que no existe ningún buen Dios (lean utopía, ideología, etcétera) que nos lleve al paraíso; darse cuenta de que el hombre es un ser nada beatífico que fomenta la inhumanidad y el desorden; y no callar ante lo que es inhumano, es decir, enfrentarse a todo lo que es inhumano («Que nada de lo que es inhumano te sea extraño»), es el undécimo mandamiento con el que An-

dré Glucksmann resume su propuesta).

En *La estupidez*, Glucksmann hablaba de la necesidad de una moral de la extrema urgencia que paliara las indignidades del presente. En *El undécimo mandamiento*, la necesidad de esta moral continúa estando a la orden del día. ¿Una moral —una propuesta— mínima e incierta que se aleja de los discursos fuertes de ciertos personajes e ideologías? Sí. Ciertamente. Pero, esta moral y/o propuesta (además de ser ya urgente) tiene un par de ventajas nada despreciables: evita los efectos perversos de las morales y las ideologías radicales, y posibilita el vivir con dignidad y sin falsas ilusiones. Estamos en una coyuntura en la que —realidad obliga— no nos podemos permitir el lujo de despreciar determinadas propuestas. Aunque sean mínimas.



PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN (CUATRO NÚMEROS)

ESPAÑA: 3.200 Ptas.

EUROPA: 4.000 Ptas.

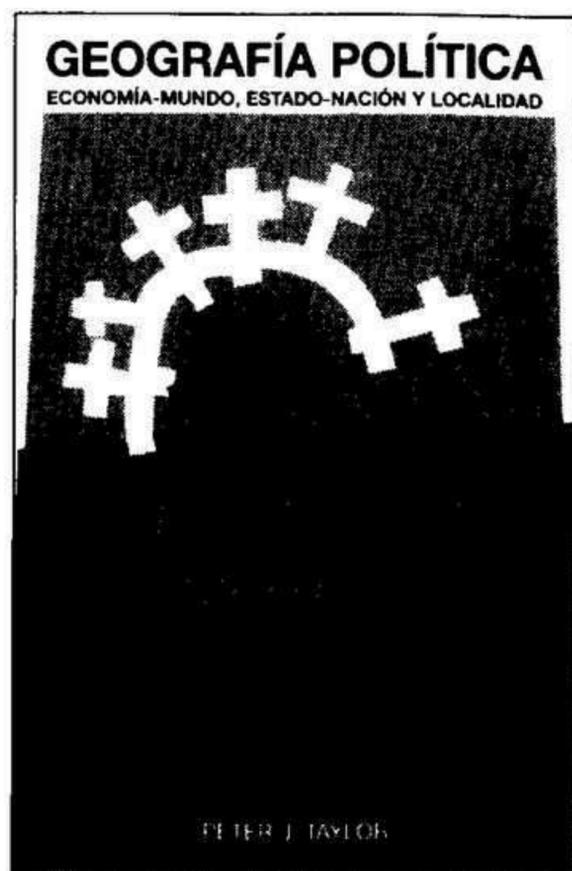
AMERICA: 6.200 Ptas.

Forma de pago:
Talón Bancario o Giro Postal

Redacción y Administración:
Monte Esquinza, 30, 2.º dcha. Teléf.: 310 46 96
28010 Madrid



TRAMA Editorial



Geografía Política Economía-Mundo, Estado-Nación y Localidad *Peter J. Taylor*

360 páginas

2.950 ptas. (IVA incluido)

Si en algún momento se pudo pensar que la Geografía Política había quedado relegada al desván de los trastos, ahora no sería posible entender tal desdén. El fin de la guerra fría, la aparición de numerosos Estados nuevos en el mapa político mundial, o la consolidación del proceso de integración territorial supranacional en Europa occidental son cambios tan importantes en la geografía política que puede

afirmarse, sin lugar a dudas, que difícilmente habrá otro momento tan interesante como el actual para dedicarse a su estudio.

Peter J. Taylor ha contribuido de forma trascendental a la renovación de la Geografía Política, reconstruyendo una disciplina con sólidos fundamentos, tanto en la Ciencia Política como en la Geografía, que asume críticamente su pasado e intenta mirar hacia adelante. El contexto teórico de esta obra de Taylor se inscribe en el proyecto de análisis de sistemas mundiales, que propugna Immanuel Wallerstein, el cual le permite interrelacionar e integrar el análisis de los problemas globales con los problemas locales sin olvidarse del papel del Estado.

Pedidos:

TRAMA Editorial, S.L.
Doce de Octubre, 11 - 7º A • Tfno/Fax: (91) 573 87 81 • 28009 MADRID

Forma de pago:

Talón bancario o giro postal

La balsa de la Medusa

Número 30-31

1994

REVISTA TRIMESTRAL

N. Chomsky, *Chiapas en Nueva York*. A. de Prada, *Necesidad de corrupción*. J. Brihuega, *Más sobre arte y política*. A. F. Polanco, *¿Qué hacer? (Sobre Beuys, Botero y todo lo demás)*. M. Scholz-Hänsel, *El Santo Niño de la Guardia*. A. Sarrión Mora, *La solicitud en confesión*. P. Casariego Córdoba, *Cuaderno Blanco y Azul [extractos]*. M. Monmany, *Signos de vida*. J. Candeira, *Bienvenidos a la galaxia virtual*. M. Foucault-P. Boulez, *Hagan su gusto señores*. G. Abril, *La nostalgia del texto*. M. Gotor, *E. Young-Bruehl, Hannah Arendt*. G. Cano Cuenca, *E. Lynch, Dioniso dormido sobre un tigre*. R. Tijeras, *Primeros pasos de las investigaciones sobre Guerra, Rubio, Roldán y Filesa, y su reflejo en los tribunales*.

Edita Visor Dis., S. A.

Redacción, administración y suscripciones

C/ Tomás Bretón, 55

Teléfono 468 11 02

28045 MADRID

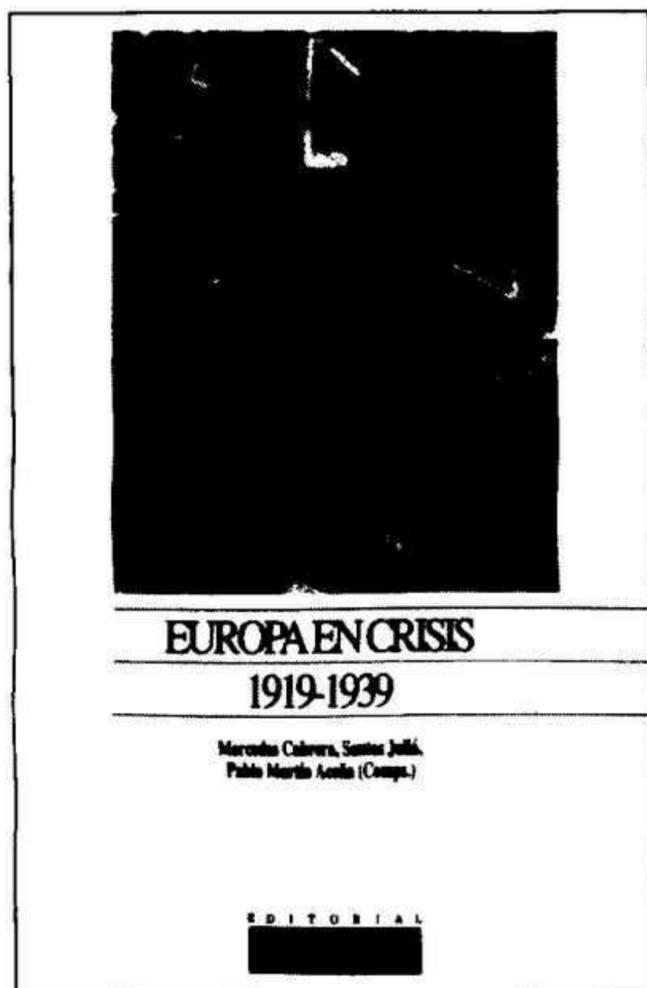
Precio del ejemplar, 800 pesetas. Precio número doble, 1.600 pesetas.

Suscripción anual (4 números): España, 2.900 pesetas.

Europa, 4.000 pesetas. América, 4.500 pesetas.

E D I T O R I A L

PABLO IGLESIAS



EUROPA EN CRISIS (1919-1939)

**Mercedes Cabrera, Santos Juliá, Pablo Martín Aceña (Comps.)
Derek H. Aldcroft, Gabriel Tortella, René Rémond, Mercedes Cabrera,
Shlomo Ben Ami, Adrian Lyttleton, Peter Temin, Pablo Martín Aceña,
Richard J. Evans, Luis Angel Rojo, Francisco Cabrillo, Enzo Collotti,
Aldo Agosti, Nuria Puig, Juan J. Linz, Javier Tusell, Santos Juliá, Luis Arranz,
Juan Pablo Fusi, Ludolfo Paramio**

360 págs.

2.500 ptas. (IVA)

Este libro reúne las ponencias y comentarios presentados en el seminario *Europa en crisis*. El objetivo fue abordar los principales acontecimientos económicos, políticos y sociales que caracterizaron la vida europea de los años veinte y treinta. Para ello se invitó a prestigiosos especialistas que ofrecieron los resultados de sus investigaciones, así como novedosas y estimulantes interpretaciones sobre la historia europea más reciente. Aunque los trabajos examinan el período de entreguerras desde perspectivas distintas, todos ellos tienen un determinante común: tratan de explicar la crisis general (política, social, cultural, económica) de la sociedad europea, que se abrió con la I Guerra Mundial y se cerró temporalmente con una segunda contienda que de nuevo tuvo al continente como principal escenario.

Pedidos:

**Monte Esquinza, 30, 2º dcha.
Telfs.: 310 46 96 y 310 47 98**

**Forma de pago: talón bancario
o giro postal**



Esta es una de las bibliotecas más grandes del mundo.

En la más pequeña de nuestras bibliotecas está la Biblioteca Nacional, centro depositario del patrimonio bibliográfico y documental de España y una de las bibliotecas más importantes del mundo.

Mediante un nuevo sistema informático al que pueden conectarse todas las bibliotecas e investigadores del país, ahora es más fácil acceder a la base de datos de la Biblioteca Nacional desde cualquier parte. De esta manera

se podrá conseguir todo tipo de información o una reproducción de cualquier documento.

La Biblioteca Nacional, además de ser la Cabecera del Sistema Español de Bibliotecas, es un centro vivo de cultura, que cuenta desde ahora con nuevos espacios para el público. Más abierta. Regulada con nuevas normas de acceso. Llena de auténticos tesoros.

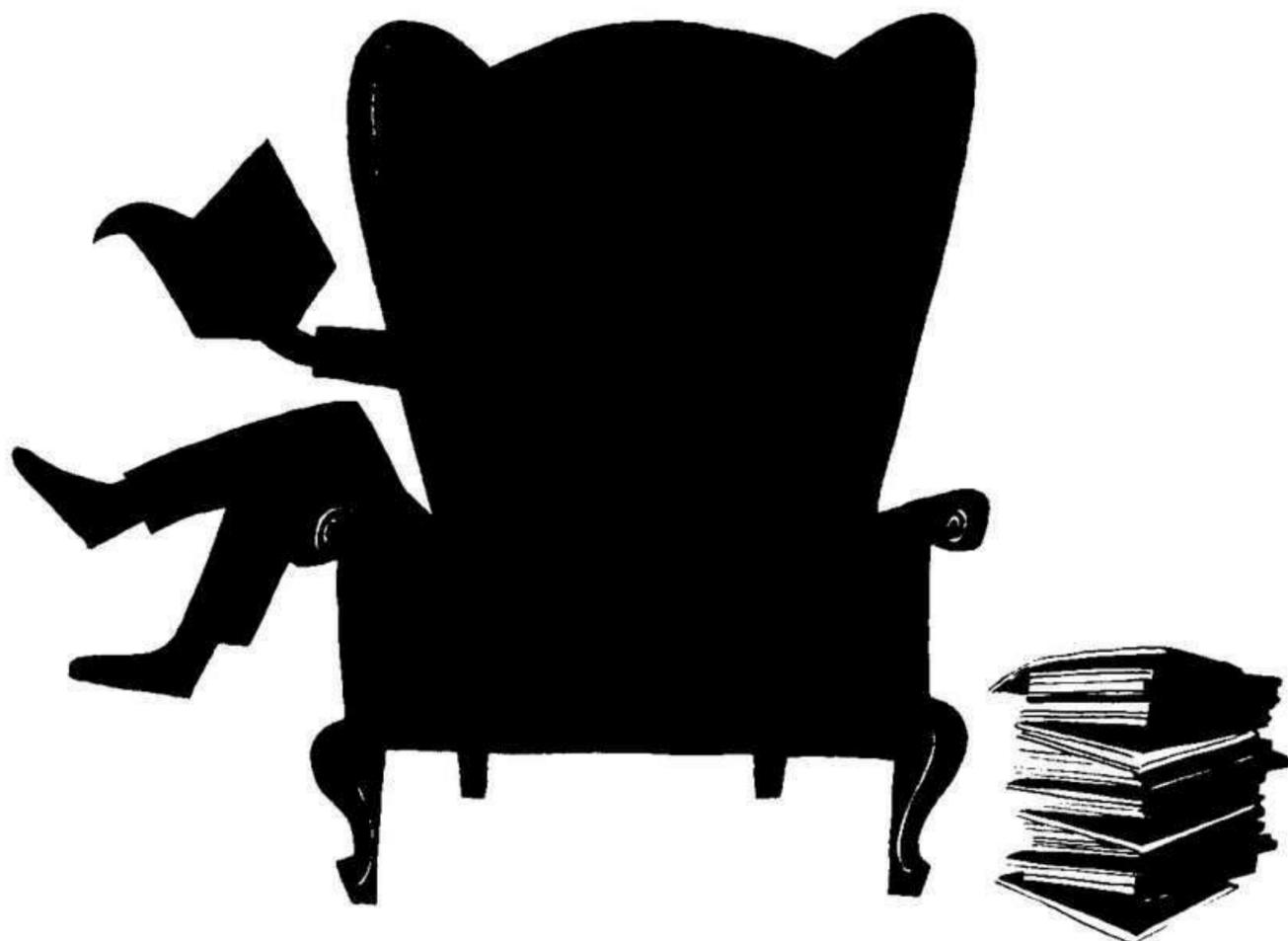
Todo ello al servicio de su biblioteca más próxima.



MINISTERIO DE CULTURA
BIBLIOTECA NACIONAL

Con todas las ideas del mundo

La cultura pasa por aquí



A&V	CD Compact	Delibros	Lápiz	Revista de Occidente
Abaco	El Ciervo	Dirigido por...	Leer	Revista Atlántica
ADE	Cinevideo 20	Documentos A	Letra Internacional	Scherzo
Afers Internacionals	Claridad	Ecología Política	Leviatán	Síntesis
Ajoblanco	Claves de Razón Práctica	ER	Lletra de Canvi	Sistema
Album	CLIJ	El Europeo	Nuestra Bandera	El Socialismo del Futuro
Alfoz	Creación	Fotovideo	Nueva Revista	Suplementos Anthropos
Anthropos	El Croquis	Gaia	La Página	A Trabe de Ouro
Archipiélago	Cuadernos de Jazz	Grial	El Paseante	Turia
Arquitectura Viva	Cuadernos Noventa	Guadalimar	Primer Acto	El Urogallo
L'Avenç	Cuatro Semanas y Le Monde	El Guía	Quaderns d'Arquitectura	El Viejo Topo
La Balsa de la Medusa	Diplomatique	Hora de Poesía	Quimera	Viridiana
Bitzoc	Debats	Insula	Raíces	Zona Abierta
La Caña		Jakin	Reseña	

Diseño: ■ Tau



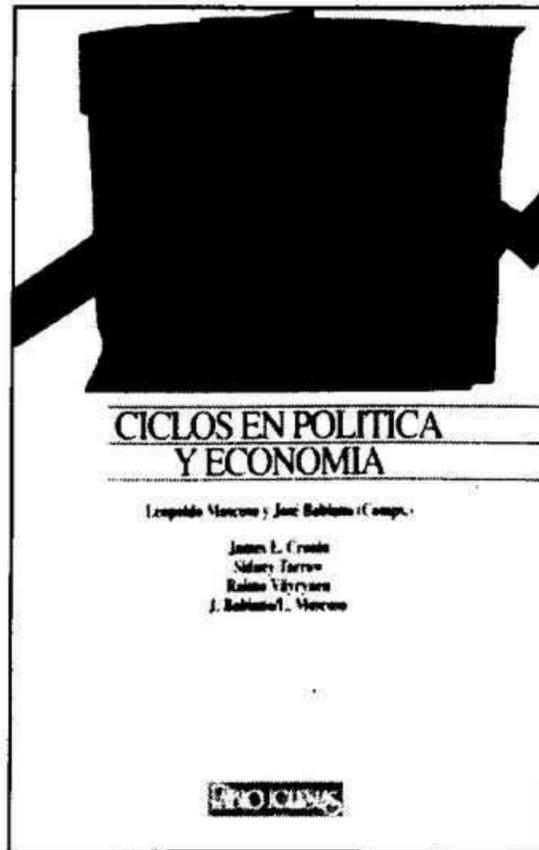
Asociación de Revistas
Culturales de España

**Exposición, información,
venta y suscripciones:**

Hortaleza, 75
28004 Madrid
Teléf.: (91) 308 60 66
Fax: (91) 319 92 67

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



CICLOS EN POLITICA Y ECONOMIA
Leopoldo Moscoso y José Babiano (Comp.).

176 págs.

El presente volumen recoge, con modificaciones menores, el contenido íntegro del número 56 de la revista ZONA ABIERTA (1991). El hilo conductor de los diferentes textos es la aparente interrelación entre los ciclos económicos largos (identificados en la obra pionera de Kondratiev) y los ciclos de conflicto social e internacional que parecen acompañarles, como causa o como consecuencia de las propias oscilaciones económicas. Desde los años setenta, y muy especialmente en los ochenta, coincidiendo con la fase depresiva de una de tales ondas económicas largas, se ha desarrollado una creciente revitalización de las teorías de los ciclos, de algunas de cuyas aplicaciones se pretende dar cuenta en los textos que componen este volumen.

Pedidos:
Monte Esquinza, 30 - 2.º dcha.
Teléfs.: 310 46 96 y 310 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal

ISONOMÍA

REVISTA de Teoría y Filosofía del Derecho

Si desea suscribirse, favor de enviar este cupón a Revista ISONOMÍA, Instituto Tecnológico Autónomo de México, Departamento Académico de Derecho, Av Río Hondo No. 1, Tizapán, San Ángel, C.P. 01000 México D.F. Tel: 628-40-00 Ext. 3759 Fax: 628-40-77.

Adjunto cheque o giro bancario Núm. _____
por la cantidad de _____
(cantidad con letra) _____
a nombre de **REVISTA ISONOMÍA** por el importe de mi suscripción por
dos años (cuatro números) a partir del número _____

Nombre (Name) _____

Dirección (Address) _____

Código Postal (Zip Code) _____

Ciudad (City) _____

Estado (State) _____ País (Country) _____

Teléfono/Fax (Phone/Fax) _____

Fecha y Firma (Date and Signature) _____

REVISTA ISONOMÍA es una publicación semestral coeditada por el
IETAM y DISTRIBUCIONES FONTAMARA, S. A. de C. V.

SUSCRIPCIÓN POR DOS AÑOS:

México: NS\$120. (Nuevos Pesos). Extranjero: US\$60. (Dólares).



EN ESTE PAIS NO HAY QUIEN MANDE MAS.

No hay quien lo haga como nosotros. De puerta a puerta. Siempre de la forma más segura, con seguro de transporte incluido. Con los mejores precios. Y siempre de la forma más rápida con Paquexpres. Con sólo una llamada pondrá en marcha todos los medios necesarios para llegar a cualquier punto de España. Un gran equipo de especialistas asegura el seguimiento informatizado de su envío.

Mande lo que mande hágalo con Paquexpres. En mano. De puerta a puerta.



PAQUEXPRES
RENFE

PARA LO QUE USTED MANDE.



(902) 22 20 22



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

TARIFA (4 números)

España	2.000 ptas.
* Europa	3.200 ptas.
* América	4.200 ptas.

* Por correo aéreo

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

Adjunto talón.

FORMA DE PAGO:

Giro postal n.º

Nombre _____

Dirección _____

Ciudad _____ D. P. _____

Provincia _____

Suscripción a LEVIATAN números

Adjunto talón.

FORMA DE PAGO:

Giro postal n.º



Leviatán

Revista de hechos e ideas

C/. Monte Esquinza, 30
28010-MADRID

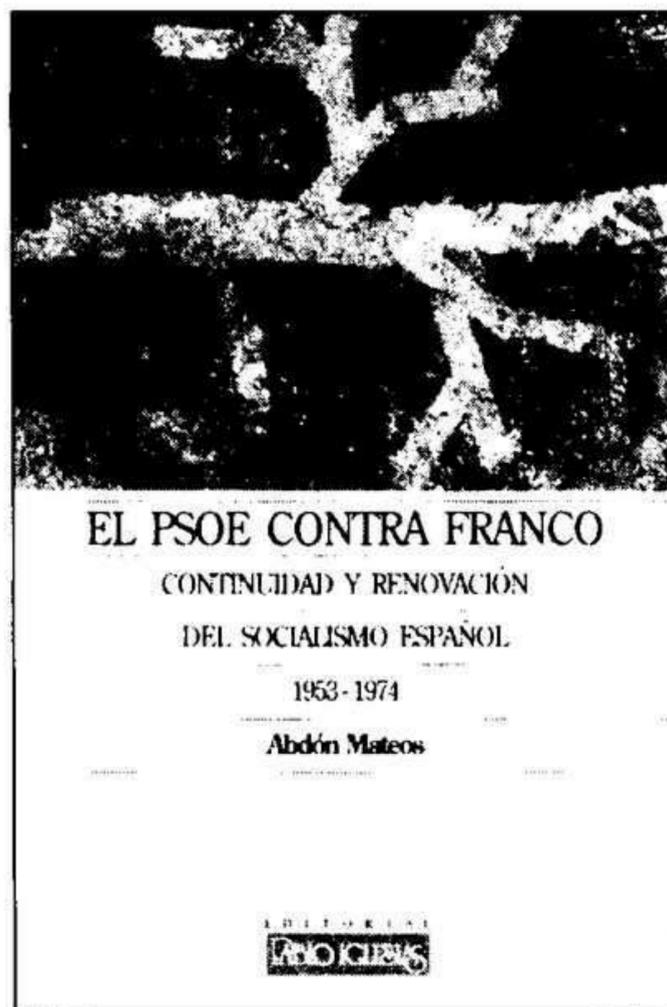
TARIFA (4 números)

España	2.000 ptas.
* Europa	3.200 ptas.
* América	4.200 ptas.

* Por correo aéreo

E D I T O R I A L

LABIO IGLESIAS



EL PSOE CONTRA FRANCO
Continuidad y renovación del socialismo español 1953-1974
Abdón Mateos

504 págs.

3.850 ptas. (IVA)

Frente a la visión convencional según la cual la trayectoria del partido y sindicato socialistas durante la dictadura franquista se resume con términos como fraccionalismo, decadencia y refundación, **EL PSOE CONTRA FRANCO** explica los esfuerzos para asegurar la continuidad de las organizaciones y de los ideales del socialismo democrático, amenazada no sólo por las rupturas históricas que supusieron la represión y el cambio social, sino también por el temporal desencuentro entre los dirigentes del exilio y de la clandestinidad de posguerra y unas nuevas y radicales generaciones de antifranquistas, que sólo encontrarían acomodo en el PSOE y en la UGT con el decisivo triunfo del proceso de renovación desde el final de los años sesenta.

Abdón Mateos, profesor de Historia Contemporánea de la UNED, realiza un detallado análisis de la historia interna del movimiento socialista, de las relaciones con otras fuerzas –desde los monárquicos a los comunistas y nacionalistas–, de la política hacia España de las internacionales afines, de la presencia en las protestas sociales y del contrapunto represivo franquista.

Pedidos:

Monte Esquinza, 30 - 2.º dcha.
Teléfs.: 310 46 96 y 310 47 98

Forma de pago: talón bancario
o giro postal



Precio de este ejemplar: 500 Ptas.